

D. LOS REGLAMENTOS DE LAS HIJAS DE MARÍA

En paralelo con los textos constitucionales citados más arriba, el Fundador puso en marcha textos reglamentarios. El Reglamento general fue escrito entre finales de 1815 y el mes de mayo de 1816. Después siguieron el de la Madre Superiora y el de la Maestra de novicias.

8. REGLAMENTO DIARIO [CALENDARIO]

Como una especie de introducción al gran texto del Reglamento general (documento n. 9), se halla, en un manuscrito aparte, AGMAR 38.5.2, una Sección titulada Reglamento de los días de todo el año y de las devociones que se les vinculan. El manuscrito lo componen un conjunto de dos hojas, cada una de ellas doblada en dos y formando un fascículo de 8 páginas (21 x 33,5 cm.), de las cuales solo las 4 primeras están escritas.

[1]

SECCIÓN

Reglamento de los días de todo el año
y de las devociones que se les vinculan

Días ordinarios y de cada semana.

- 5 h: Levantarse. Hacer la cama, ir a la oración común en la iglesia.
- 5 h½: Oración seguida de la oración mental sobre el punto dado la víspera.
- 6 h: Cada una se apresura a empezar su tarea preparada desde la víspera. Las novicias se dedican a la escritura, exceptuadas las empleadas por la Maestra en las pruebas y los trabajos.
- 7 h: La Misa, a la que deben asistir todas a menos de una dispensa expresa de la Madre Superiora.
- 7 h½: Algunos versículos de cánticos. Oficio Parvo del Sagrado Corazón de María. ¼ [de hora]: lectura o acción de gracias para las que han tenido la dicha de comulgar.
- 8 h: Desayuno en común en el refectorio. Lectura de vidas de Santos Patronos o Patronas [del] mes o de la semana.
- 8 h½: Dedicación a cada empleo o en el orden de la casa. Las novicias estudian la doctrina cristiana.
- 9 h: Clase, talleres, trabajos, en todas partes a la vez en torno a tres horas.
- 11 h¾: Examen, Angelus, Gloria Patri, Ave Maria y Sea hecha, alabada¹.
- 12 h: Primer turno de comida en el refectorio para las que no tienen cuentas que rendir ni servicio que prestar.
- 12 h½: Segundo turno de comida en el refectorio para las que no estuvieron en el primero. Bendición, lectura y acción de gracias en los dos turnos.

[2]

- 1 h: Recreo en común o trabajo ligero.
- 1 h½: Lección de canto. Método de dar las clases y la instrucción. Las novicias y las jóvenes profesas reciben la lección de lectura en latín y francés.

¹ Oración con indulgencia para los Congregantes y citada aquí según el *Manual del Servidor de María*, edición de 1815, p. 108: «Sea hecha, alabada y eternamente exaltada la justísima, altísima y amabilísima voluntad de Dios en todas las cosas».

- 2 h: Clase, taller, trabajos en todas partes a la vez hasta las cinco menos cuarto.
- NOTA. A las tres se trasladan en espíritu al Calvario sin interrumpir el trabajo. El viernes a la misma hora se ponen de rodillas con la misma intención. Este ejercicio se hace todos los días al sonido de la campana.
- 4 h $\frac{3}{4}$: Preparación de los deberes para el día siguiente y momento de estudio.
- 5 h a 6: Despedida de las clases y de los talleres, según la longitud de los días.
- 5 h $\frac{1}{2}$: o a la salida de las clases y de los talleres, $\frac{1}{2}$ hora de adoración ante el Santísimo Sacramento. Todas deben dedicarse a ello a menos de una dispensa expresa de la Superiora.
- 6 h: o a la salida de la adoración, escritura, cálculo, gramática, en la sala de recreo.
- 7 h $\frac{1}{4}$: o a la salida de la escritura, se tiene el rosario por la intención dada por la Madre Superiora, el Angelus, *Gloria Patri*, *Ave Maria* y *Sea hecha, alabada*, etc.
- 7 h $\frac{1}{2}$: En el refectorio, cena, lectura martirologio. Sigue el recreo o alguna pequeña tarea hasta la hora siguiente.
- 8 h $\frac{1}{2}$: Para el viernes solamente, la culpa.
- 9 h $\frac{1}{4}$: En la capilla, $\frac{1}{4}$ de hora de examen, oraciones, lectura del punto de meditación para el día siguiente.
- 10 h: Acostarse en todos los dormitorios, salvo las celadoras que cumplen su deber.

[3]

REGLAMENTO
para los domingos y fiestas

En lugar de ir a los empleos y abrir clases y talleres, después del desayuno se tiene una media hora de buenos propósitos, lo que llega hasta las nueve.

Los niños de las clases se llevan a Misa. Cada Madre o Hermana no empleada puede leer, escribir o rezar.

- 10 h: y explicación. Es en torno a una hora libre.
- 11 h $\frac{3}{4}$: examen y el resto como los días ordinarios hasta la hora de las clases o dos horas libres excepto para las novicias, que emplean una parte en repasar las lecciones de la semana sobre la doctrina cristiana.
- 3 h: reparación del honor del Sagrado Corazón de Jesús. Lectura, etc.
- 3 h $\frac{1}{2}$: vísperas seguidas de saludo al Santísimo Sacramento los días permitidos.
- 5 h: conferencia a cargo de una de las Madres, primera en grado, sobre la fidelidad a la Regla, sobre la doctrina cristiana.
- 6 h: meditación en la iglesia de media hora.
- 6 h $\frac{1}{2}$: recreo. El rosario y el resto, como los días ordinarios.

ALGUNAS FIESTAS DEL AÑO

Navidad y vísperas de Navidad

La víspera de Navidad², a las seis de la tarde, colación sin lectura, recreo. Siete menos cuarto en la capilla, el examen, el rosario, lectura del punto de la meditación para el día siguiente.

Si se quiere, acostarse sin desnudarse hasta las diez. A las diez, levantarse al son de las campanas. Dos Hermanas se pasearán por los dormitorios cada una de ellas con un cirio en la mano y cantarán: [*Os anuncio una gran alegría, porque hoy os ha nacido el Salvador del*

² Este texto sobre la celebración de Navidad sigue el horario, las oraciones y ceremonias tal como están redactadas por LESTONNAC, *Reglas y Constituciones*, o. c, p. 182-184, artículo IX de las «Reglas para la sacristana».

mundo; Cristo os ha nacido: venid, adoremos]³. Este canto deberá prolongarse hasta que se haya terminado el levantarse por completo. A las diez y cuarto, en el coro, Maitines del Oficio u Oficio de Nuestro Señor, [4] seguido del *Te Deum*. A medianoche exacta, la santa Misa, comunión general si el sacerdote dice solo una Misa; si celebra dos, la comunión en la segunda. A continuación Laudes, después ir a una sala común para calentarse. Acostarse hacia la una. El día de Navidad, levantarse a las seis; a las siete, la Misa.

Semana Santa

En los Ramos, cantar a dos coros lo que indica la rúbrica en la distribución de las palmas.

Desde las Tinieblas del Miércoles Santo hasta el Oficio cumplido del Sábado Santo, que termina con las vísperas inmediatamente después de la Misa, silencio continuo sin ningún recreo.

Cada día, desde el miércoles en el Oficio de Tinieblas, después del *Respice*, golpear con un pequeño bastón o [con el libro] de Horas durante el tiempo de una *Ave Maria*. Mostrar la luz que se había tapado.

El Jueves Santo, a las diez la Misa, sonando juntas todas las campanas. Se paran al final del *Gloria in excelsis*. Se lleva el Santísimo Sacramento al monumento, cantando el *Pange lingua*, que inicia el sacerdote y que se hace a dos coros. Dos religiosas oran ante el monumento en la reja del coro y se relevan de hora en hora.

El Viernes Santo, a las nueve y media, las religiosas, tras haberse descalzado, se dirigen de dos en dos al lugar en que se ha puesto la Cruz y, después de tres reverencias a la distancia marcada, la adoran mientras que, a dos coros, se cantan los «Improperios», los versículos y responsos. La marcha se hace en orden de dignidad y dentro de ella por fecha de recepción, comenzando por las Madres, las profesas, las novicias para la profesión y las Hermanas conversas. A las tres de la tarde, la reunión en el Calvario se hace en la iglesia.

El Sábado Santo, a las nueve y media, la Misa; en el *Gloria in excelsis*, comienzan a sonar todas las campanas⁴.



9. REGLAMENTO GENERAL DE LAS HIJAS DE MARÍA

Este es el Reglamento general, del que solo tenemos, en los manuscritos que conservamos, un texto incompleto que se acaba, en los dos casos, a mitad de una frase, en la misma palabra. El texto está redactado por el sr. David Monier. El P. Chaminade lo valoraba mucho y aceptó su redacción. Este documento puede datarse al comienzo de 1816, porque en su carta del 6 de diciembre de 1815, el P. Chaminade habla todavía en futuro del Reglamento general⁵, aunque con la perspectiva de un futuro cercano. Aquí publicamos el texto clasificado como AGMAR 38.5.3, que lleva en la cubierta: «Para el Secretariado general del Sr. Chaminade». Es un fascículo de 50 páginas (23 x 34,5 cm.), de las que están escritas 35. Un segundo ejemplar se conserva en AGMAR 38.5.4.

³ *Nuntio vobis gaudium magnum quia natus est nobis hodie Salvator mundi; Christus natus est nobis: venite, adoremus.*

⁴ Este texto para la Semana tiene la misma fuente que el de Navidad, pero el autor, salvo los horarios, solo hace un resumen de un texto más largo, que se encuentra en LESTONNAC, *Reglas y Constituciones*, o. c, p. 184-189.

⁵ G. J. CHAMINADE, *Cartas I*, n. 59 (6.12.1815) a Adela de Trenquelléon: «Haré lo mismo con el Reglamento general». Madrid, Servicio de Publicaciones Marianistas, 2012, p.170.

Disponemos también de un autógrafo del P. Juan Chevaux, que ha traspuesto a masculino este documento, titulándolo Reglamento general para uso de los Hijos de María. Como los dos ejemplares de las Hijas de María, también termina en medio de la misma frase. El P. Chevaux hizo esta transcripción en dos libretas unidas, de 11 x 17 cm., con un total de 78 páginas escritas. Este manuscrito en encuentra en AGMAR 61.1.1.

[1]

REGLAMENTO GENERAL
PARA USO DE LAS HIJAS DE MARÍA

Disposiciones o Definiciones generales

El Reglamento general comprende todas las reglas relativas a la ejecución y el sostenimiento del Instituto, no en algunos casos singulares y en los oficios de detalle que se dejan para instrucciones y reglas particulares, sino para todo aquello que concierne, en común, a los miembros del Instituto.

El Reglamento general así definido abarca:

- 1º la manera de vivir en el interior, según la dimensión moral y religiosa;
- 2º y todo lo que concierne a los trabajos y a los diversos ejercicios;
- 3º a las comunicaciones permitidas con el exterior;
- 4º a algunas necesidades primeras de la vida;
- 5º al gobierno de los bienes, frutos e ingresos;
- 6º a la obligación general y a la manera de guardar las reglas.

El Reglamento solo trata de la ejecución y el sostenimiento; en ningún caso, puede anular las reglas del Instituto; debe interpretarse él mismo por estas reglas y, en caso de necesidad, ceder ante él por completo.

El *Instituto* no admite ningún cambio ni añadido; el *Reglamento general* no admite tampoco cambio; pero se le pueden añadir las reglas concernientes a los Superiores y a los Oficiales principales para la dirección de sus oficios, sin que esas adiciones puedan cambiar nada de fondo en las reglas de la Comunidad.

La manera de vivir, en las seis dimensiones que abarca el Reglamento, es a la que se obliga a guardar toda persona que entra en la asociación; debe conocerlas antes de pronunciar los votos, haberlas meditado y no comprometerse sino con pleno conocimiento de causa.

La que solo pronuncie votos temporales, podrá conocer del *Instituto*⁶ únicamente las dos partes tituladas: *de las personas y del gobierno*; pero las que sean admitidas a los votos perpetuos deberán conocer las otras dos, tituladas *del objeto y de los medios*, es decir, el Instituto entero.

Las personas que sean admitidas a los votos temporales o definitivos, manifestarán en el acto de los votos que han tenido conocimiento del *Reglamento general* entero [2] y de la parte del *Instituto* que hayan conocido de hecho.

DE LA MANERA DE VIVIR

Sección primera

Sobre la dimensión moral y religiosa en comunidad

1. En el sentido moral y religioso, la manera de vivir tiene reglas diferentes en relación a los Superiores, a las personas iguales y a sí mismo.

Los Superiores, en general, se diferencian de la Madre Superiora en particular: las consideraciones respecto a estos dos aspectos no son las mismas.

⁶ Puede tratarse del *Pequeño Instituto* o del *Gran Instituto*, pues tienen la misma estructura.

§ 1º: Reglas para los Superiores en general

2. Toda manera de vivir debe referirse, en la comunidad religiosa, al progreso y perfección de los sujetos comprometidos en religión dentro de los fines u objetos propuestos. La manera de vivir con los Superiores entra en estas perspectivas, más esencialmente sin duda que cualquier otra.

3. Las deferencias y el respeto por la dignidad, por el rango y por la edad, porque todo esto es lo que está contenido en la palabra Superior, son disposiciones necesarias e indispensables para que nazca el orden y se mantenga en todos los aspectos. Dios dio jefes a las tribus de Israel, ha constituido reyes sobre los diversos pueblos y ha colocado pontífices a la cabeza de su Iglesia santa. Dios quiso que no hubiera sino confusión en todo lugar en donde no se reconociera un poder respetado.

4. Por lo tanto, es con miras a la obediencia a la voluntad de Dios por lo que las Hijas de María, en cualquier rango en que se encuentren situadas, tendrán para sus Superiores y Superioras en general el más profundo respeto. Su voz debe ser la voz de Dios.

5. El respeto se testimonia al saludar, en el encuentro, escuchando y al dirigir la palabra; se nota en la compostura, en la contención del gesto, en el silencio, en la timidez involuntaria o en la reserva que no difiere de la timidez.

6. Los signos más comunes de respeto a una Superiora son no sostenerle nunca la mirada, permanecer de pie en su presencia y, si invita a sentarse, inclinar la cabeza y aceptar el favor sin responder, lo que debe hacerse igualmente con todo favor que se digne ofrecer.

7. El testimonio más seguro de respeto es obedecer desde que la Superiora haya hablado y esto sin tardar, sin modificación y sin murmurar. Si se puede objetar algo, es solo después de la obediencia. Se encontrará en la religión el motivo de someterse incluso a una decisión rigurosa.

[3] 8. Cada una de las Hijas de María tiene que esperar comunicaciones más suaves de parte de sus Superioras en los diversos grados; son la dulzura, la caridad, el consuelo, las ayudas y en ocasiones la luz lo que se debe pedir a su Madre y a sus jefes espirituales, destinados por la gracia de Dios a conducir el rebaño completo a la gloria y a la salvación.

9. Los diferentes jefes tienen en las Reglas de sus diversos oficios la manera de cómo deben comportarse para fortificar, sostener y hacer avanzar a cada una de las religiosas en las vías de la perfección. Aquí solo se expone la manera según el cual cada hermana debe comportarse para tener respecto a sus jefes todos los beneficios de la vida común religiosa.

10. Los mayores beneficios le llegarán a cada una de las Hermanas del comportamiento que hayan tenido con la Madre Superiora. Además, lo que se va a decir sobre ella puede también decirse de los jefes subordinados, en todos los casos en que representan a la Madre Superiora.

§ 2º: Manera de comportarse con la Madre Superiora

11. Cada una de las Hijas de María tiene el derecho y el deber de ir a hablar con la Madre Superiora sobre sus necesidades y sus dificultades en el camino de la salvación, dar cuenta de su interior y preguntarle sobre las vías que debe seguir para los fines de su vocación.

12. La buena manera de usar de ello es buscar con frecuencia estas entrevistas salutíferas y de este modo hablar cara a cara con la Madre Superiora, con gran hábito de confianza, de franqueza y de abandono.

13. La Madre Superiora les hará preguntas a las que sean demasiado tímidas o bastante inexpertas como para explicarle el fondo de su alma con facilidad. Las demás se prepararán con un examen, tras haber invocado al Espíritu Santo y la asistencia de la Santísima Virgen y de los santos.

14. La entrevista deberá girar generalmente sobre los puntos siguientes:

- 1º sobre el contento mayor o menor que se tiene en la propia vocación, en su oficio y en su empleo actual;
- 2º Sobre las inclinaciones, se puede decir las pasiones a veces, que se sienten, las turbaciones que se experimentan, las tentaciones de las que se sufre el ataque;
En estos diversos casos, se debe decir si ya se ha hablado de ello, a qué personas, qué consejos se han recibido, las dificultades encontradas en el combate, las que quedan por superar;
- 3º Sobre la causa de estos aprietos, si se la ha podido conocer, sobre las circunstancias en las que se han notado.
¿Hay algo en el espíritu que oponer a tal o cual disposición del *Instituto*, del *Reglamento general* o de las reglas particulares?
¿Existe aversión natural o sugerida contra alguna de las oficiales bajo la cual [4] se está colocada, contra el convento o contra algunas personas de las que lo habitan?
¿Se siente repugnancia al recibir las órdenes de tal o cual oficial o a tratar con ella?
¿Ha habido explicaciones o disputa sobre alguno de estos accidentes?
- 4º Sobre el mal y el bien de sus ejercicios y hábitos.
¿Qué modo se tiene de rezar, de meditar y de mantenerse en el espíritu de oración mental?
¿Cómo se hace el examen particular o el examen general?, ¿los ejercicios de la confesión y de la comunión?
¿Qué familiaridades se han tenido? ¿En qué podían desembocar? ¿Por qué conversaciones y lecturas se ha quedado más afectada?
- 5º Sobre las consolaciones y sobre las cruces que se experimentan.
¿Hasta qué punto se está penetrada del espíritu, del gusto y del amor a la pobreza, la castidad, la obediencia, el claustro, el celo por mantener y propagar las costumbres cristianas y la fe católica, etc.?
¿Cómo llegan y se soportan las mortificaciones, las injurias, las afrentas y los disgustos de todo tipo, a los cuales se está expuesta?
- 6º Sobre las vías de perfección que nos son abiertas por la gracia; sobre las de perdición en las que se teme haberse comprometido.
¿De dónde han venido los remedios, los consuelos y la fuerza con los que se ha sido ayudada, apoyada y sostenida, al menos hasta este día?
¿En qué ocasiones y en qué se ha sido sorprendida por las sequedades, las largas distracciones, el desánimo y el olvido de marchar hacia el fin de la gloria y de la salvación?
15. Cada una de las religiosas encontrará en los detalles de su vida y de sus necesidades espirituales todas las modificaciones que pueden acompañar entrevistas de este tipo.
16. Esta manera de vivir y de comportarse con la Madre Superiora se les hará cada vez más provechosa, a medida que aporten toda la confianza, toda la sinceridad y un abandono completo.
17. Es necesario que las Hijas de María sean, respecto a su Madre Superiora, lo que es un enfermo que descubre todo su estado a su médico, lo que es un niño que pide su alimento acostumbrado a una tierna Madre.

§ 3º: Sobre la manera de vivir
con las otras religiosas

18. Las Hijas de María quieren vivir juntas con unión y caridad, con las miras de trabajar por su salvación y ayudar a la de las demás.

19. El hábito de una vida común, además de que debe embellecerlo un fondo de religión y de virtudes, espera y exige recíprocamente de cada una [5] de las Hermanas detalles, buenos oficios, conversación breve y graciosa y discreción en todo.

20. Cuando la Madre Superiora está presente en cualquier lugar, el saludo solo le es debido a ella, y las otras Hermanas no deben nunca saludarse las unas a las otras.

21. En toda otra ocasión, se saludan con atención y deferencia. Ceder el paso u otras señas más notorias se practican con las Superiores o las de más edad, con toda sencillez; cuando la edad y los rangos se van igualando, cesa toda ceremonia. La humildad, sin aparecer, encuentra en ello su lugar; cuando se disputa por ponerse más abajo, se deja de ser humilde.

22. Las atenciones pueden testimoniarse con signos más habituales y más seguros: estar de acuerdo, nunca incómoda, jamás obstinada, evitar decir burlas o cosas ofensivas, ni disputar con nadie; a un ademán de ofensa, oponer con naturalidad una palabra de caridad; a la crítica al prójimo, una consideración religiosa, y siempre las virtudes que nos enseñaron Jesucristo y María sobre el falso relumbrón que se ha contraído solamente en el mundo.

23. La exclusión de visitas a una habitación o a la celda de otra, no impide siempre ir a ella con el permiso de la Madre Superiora para cumplir una orden o para algún buen oficio.

24. Cuando se va con permiso a una habitación o a una celda, se debe llamar discretamente a la puerta. La que está dentro responderá con estas palabras: *Salve, Maria*.

25. Solo se debe abrir la puerta tras esta respuesta, y la visitante al abrir debe decir: *Benedicta in mulieribus*.

26. La puerta de la habitación o de la celda debe permanecer abierta durante todo el tiempo de la visita.

27. Cuando se tiene permiso para ir a visitar a una Hermana enferma, las reglas anteriores siguen vigentes si ella está en la habitación, con la justa adecuación que puede exigir el mal; hay reglas particulares para la enfermería.

28. Solo hay que visitar a las enfermas para tratar de alegrarlas y edificar con la moderación que exige su estado; no abrumarlas; hablar más bajo que de costumbre, etc., etc. y evitar que la visita sea perjudicial en vez de ser saludable.

29. También es otro buen servicio advertir si le falta algo a la enferma; porque hay que notarlo siempre para aquellas que se olvidan de sí mismas y que no se dan cuenta de que algo les falta. Si la regla debe cumplirse en todas las necesidades y en todos los lugares de reunión, debe ser recordada sobre todo en las necesidades de las enfermas.

30. Solo se debe hablar con un tono moderado sobre las razones de dos sentimientos diferentes: si no se tiene otro objetivo que el amor [6] por lo verdadero, pronto las opiniones se deducirán siempre con dulzura y modestia.

31. Por lo demás, no se contestará ni se disputará. Si se habla de cosas actualmente necesarias, que las materias de opinión solo se expresen como de pasada y en pocas palabras.

32. No se debe dirigir la palabra a las Hermanas que están en su probación o en un silencio impuesto.

33. Fuera del tiempo de los recreos, hay que evitar que un encuentro fortuito se convierta en la ocasión de largos discursos o de palabras inútiles.

34. La discreción pide que una religiosa no se inmiscuya en un oficio, cuando no está llamada a ello ni los reglamentos ni la Superiora la han puesto bajo su inspección.

35. La reserva que hay que poner para no inmiscuirse en un oficio del que no se está encargada, debe comprometer también a no mandar nunca ni reprender con superioridad a las personas cuya conducta no nos ha sido confiada.

36. Las dos reglas precedentes no impiden nunca que las ancianas y las que han sido oficiales den oportunamente consejos caritativos sobre temas del oficio que les es conocido, sin por ello inmiscuirse en él.

37. Igualmente entra en el orden de la caridad y de la discreción desaprobando una falta grave de la que se ha sido involuntariamente testigo y advertir a tiempo a la Madre Superiora o a la primera oficial a quien se considere con rango suficiente para restablecer el orden.

38. Los juegos de manos, las carreras y toda clase de peleas que hieren la gravedad y comprometen la modestia tienen, desde su comienzo, el carácter de la indiscreción y hay que alejarse de ellos o evitarlos con prudencia.

39. Por último, el más alto ejemplo de discreción religiosa es no abrazarse las unas a las otras, sino cuando la causa es santa y loable. La Madre Superiora, el día de su elección⁷, da el beso de paz a todas sus hijas; se recibe igualmente a las que han tomado el hábito o han profesado sus votos; se abraza a las que el bien común o una orden superior fuerzan momentáneamente a salir y alejarse; se las acoge con viva alegría a su vuelta; los demás casos quedan determinados por el momento y siempre con el ejemplo y el permiso de la Madre Superiora.

§ 4º: De la manera de vivir en sí misma
o consigo misma

40. Cada una de las Hijas de María debe considerar un deber ser [7] sencilla en todo, verdaderamente humilde y servir a Dios en todas las cosas.

41. La sencillez religiosa consiste principalmente en no asociar miras humanas y miras celestes, ni nada de doble conducta que muestra la complicación y el embrollo de estos dos fines mal combinados.

42. No se abraza la abnegación, la cruz y la pobreza de la vida monástica para encontrar en ella satisfechos sus gustos, su descanso y su vanidad.

43. El corazón nunca es sencillo en sus búsquedas contradictorias. Por edificante que fuera el exterior, por totalmente persuasivas que [fueran] las palabras, quien ha hablado ha sido el exterior y la boca, pero el corazón dice otra cosa. En la singularidad de los gustos, en el refinamiento de tal o cual necesidad, ¡hay tanto en que equivocarse a veces! Sea, por ejemplo, la petición de un confesor particular sin motivo grave... No es nada en apariencia, pero ya se ha entrevisto que no se caminará más por el sendero del rebaño: esta doble manera de ver disfrazada y equívoca hace desear el cambio de un Superior o de un uso, otras veces de una regla. El corazón sencillo habría marchado hasta el final sin detenerse, el que no lo encuentra dificultades en cada punto.

44. Con un corazón verdaderamente humilde, siempre se deseará los empleos más humildes; también, si no se han podido rechazar aquellos en los que la Providencia nos ha puesto, el sentimiento de nuestra insuficiencia garantiza que haremos todos nuestros esfuerzos para elevarnos a la altura de nuestros deberes temidos y no ambicionados. Igualmente en las mortificaciones, las más secretas serán preferidas a aquellas que tengan cierto brillo o alguna publicidad. La cosa más deseable respecto al mundo es permanecer en el olvido.

45. Servir solo a Dios en todas las cosas y tener el cariño y la intención por ello es una condición inevitable en la manera de vivir de las Hijas de María. ¿Quién ha servido mejor a Dios que su santa Madre? ¿Y quién debe seguir sus huellas si no son su Hijas de adopción?

46. Las Hijas de María, en primer lugar, tienen que observar el empleo adecuado de su tiempo, según las reglas que las gobiernan. Es necesario que cada hora, cada momento, cada ejercicio, cada día y cada solemnidad estén colmados del objeto al que han sido destinados.

47. Junto al empleo del tiempo, para el cual deben contar sin cesar con ellas mismas, sus hábitos deben reposar sobre algunas virtudes que la vida común hace preciosos, pero que el espíritu de religión destaca y santifica.

48. La modestia, signo externo de un corazón humilde, está en primera fila; se halla en la mirada, en el gesto y en la actitud del cuerpo, y huye de toda libertad fuera de lugar.

⁷ El manuscrito dice «erección».

49. La temperancia de la palabra y la contención en todos los [8] propósitos vienen en segundo lugar; es sabio y prudente saber moderar los propios discursos. En las muchas palabras hay mucho mal.

50. La dulzura, que no acepta ningún germen de cólera, lo ahoga y lo previene en el corazón del otro: es inapreciable en cualquier sociedad humana.

51. La paciencia, que nos hace encajar los males que no hemos podido prevenir o que nos da la fuerza de perseverar en nuestro estado, es necesaria más de una vez tanto en la vida ordinaria como en la vida común.

52. No es solo porque la sabiduría humana ha considerado preciosas estas virtudes en todas las asociaciones, por lo que las Hijas de María deben considerarlas un deber. Han sido alabadas por el Espíritu Santo, y Jesucristo y María nos han dado de ellas los más bellos ejemplos.

53. Las virtudes del claustro se han hecho también necesarias para las Hijas de María. Esas virtudes las comprometen a hábitos que corresponden a ello y que forman parte esencial de sus vidas.

54. El voto de castidad comporta la renuncia a las locas alegrías del mundo; de ahí se desprende que en los hábitos de la nueva vida es preciso perder esa ligereza que el mundo ama tanto solo porque encubre un gran número de sus vicios.

55. De ahí viene que es necesario abandonar esa petulancia a la cual el mundo nos animaba y nos alentaba el mundo, para que cayéramos en el precipicio antes de haberlo visto.

56. Hay que sustituir estos hábitos perversos o peligrosos con el aplomo de un sentimiento mejor concebido, el hábito de ver bien y juzgar bien. Lo que trae con el tiempo una gravedad sabiamente temperada, risueña con razón y jamás afectada.

57. Los propósitos, el caminar, las maneras, los ojos bajos y las manos quietas, todo debe llevar el carácter de la inocencia y distinguir a las Hijas de María, las esposas de Jesucristo.

58. El mismo voto recomienda a las Hijas de María una extrema decencia en todo lugar, en cada hora de su vida y en algunas tareas en que quizás tengan que ocuparse.

59. No estar nunca en su habitación sin tener las ventanas cerradas o suficientemente veladas, aunque escondida a las estrellas del cielo, mantenerse decentemente cubierta, no salir jamás de la puerta sin estar vestida, como una esposa que va ante su casto esposo; por la limpieza sobre su persona y sobre las pocas cosas de las que dispone, por la conveniencia [9] y el buen arreglo en todo, mostrar un símbolo del orden y de la pureza interior. Por último, muchas otras cosas adornarán a la virgen con su sencillez, como el lirio que glorifica al Señor en una tierra a la que no se acerca nadie.

60. La obediencia debe igualmente hacerse hábito de la vida y se debe dar cuenta, en algunos aspectos, de ello a sí misma.

61. Obedecer a la primera señal, incluso cuando no se estaba sobre aviso; al primer toque de campana, dejar lo que se tiene entre manos; y lo que es más notable, a la primera señal suspender una oración mental en la que Dios hablaba a nuestro corazón, unir siempre la una a la otra la orden y la obediencia, así es como los votos cumplidos aportan luz y no dejan turbación alguna tras ellos; así es como el celo cuenta consigo mismo.

Si se está impedido para cumplir la orden, poner igualmente prontitud en advertir a quien puede arreglar el asunto.

62. La prontitud convertida en una segunda naturaleza no lo es todo; además hay que obedecer con cariño por la obediencia, sin buscar las miras ni las intenciones de la Superiora que da la orden, sin murmurar nada, rompiendo la propia voluntad, sometiéndola, como si esa orden no tuviera otro objeto que probarnos llevándonos la contraria.

63. No hay necesidad de decir que esa sumisión es para los casos en que la cosa ordenada es notoriamente lícita.

64. Un tercer grado de obediencia al que hay que llegar, es aquel en que esta virtud tiene por objeto las mortificaciones sensibles o incluso la privación de ciertas cosas cuya

necesidad se creía indispensable, como sería, en el campo de la salud, pedir ropa o un velo; en enfermedad, la preferencia dada a un médico o a un tipo de tratamiento; en convalecencia o en cualquier otro tiempo, un apetito irregular fuera de las comidas; en todos estos casos y otros parecidos, el primer deber es pedir y proponer; sumisa a la voluntad de Dios por medio de los Superiores y siempre presta a obedecer, cualquiera que sea la respuesta: concesión, remisión a otro momento o rechazo, el signo de la obediencia brilla en una alegría igual y constante. Santa disposición opuesta a la tristeza, a la melancolía y a la taciturnidad, insistencias molestas para nuestra propia manera de querer y sentir.

65. Si se recurre de un Superior a otro, antes de nada decirle la negativa del primero y las causas, si se saben. Exponer el error que se cree hallar en ello y atestiguar la propia santa alegría por la contradicción experimentada.

66. La pobreza y el voto que de ella se hace tienen también sus influencias sobre los hábitos por adquirir.

67. Una vez aceptada voluntariamente la pobreza, una Hija de María cambia todos sus hábitos sobre las propiedades de uso. No debe tener ya nada en dinero o en efectos ni en reserva ni con ella, ni en manos de otro.

68. Incluso no puede sin permiso de la Madre Superiora tener **[10]** un mueble o una puerta con cerradura, por insignificante que sea un signo así para un lugar en el que no hay nada.

69. Por otra parte, las Hijas de María no pueden sin permiso de la Superiora cerrar la puerta de su habitación por dentro cuando se han retirado a ella: está prohibido todo símbolo que haga aparecer como propio un lugar o una cosa.

70. Menos aún pueden atribuirse nada de lo que es de la casa o de lo que está puesto en las otras celdas.

71. Reciben sus vestidos y su ropa blanca de la oficial que mantiene la lavandería, tal como se explica en el reglamento particular de este oficio.

72. Por lo demás, si algo usado normalmente por las conventuales le llegara a faltar a una de ellas y nadie se hubiera dado cuenta en su lugar, le está permitido pedirlo, sea verbalmente sea por escrito, y deberá conformarse con la decisión que se tome en el caso en que la cosa le sea negada, debiendo mirar esta decisión como voluntad de la Providencia.

73. Se hará igual con los libros considerados útiles para su progreso espiritual; cada una de las Hermanas no podrá tener a la vez sino un pequeño número de ellos, que se cambiará tras el tiempo indicado para su uso.

74. La abnegación de toda propiedad basta para advertir a cada Hermana de no hacer ninguna marca, escritura ni señal de posesión en los objetos y en los libros que se le hayan confiado.

75. El voto de clausura, puesto que se realiza de hecho, no pide sino el apego constante de la voluntad a esta promesa y no un hábito que entre en la manera de vivir. Las pruebas y las dificultades, si surgieran a este propósito, caerían en la jurisdicción del Superior eclesiástico sobre la ejecución del Instituto.

76. El único hábito que debería contraer sobre este voto la Hija de María, se refiere al caso en que una orden la hubiera obligado a salir por causa juzgada por los Superiores; en ese caso, entraría en su voto que suspirara [de alivio] tras su entrada en el lugar que se le hubiera designado como residencia.

77. El voto de instrucción en las costumbres cristianas y la promesa de guardarlas ellas mismas, entran en todo lo que se ha dicho sobre el objeto de los votos y de los hábitos que ellos requieren.

78. La promesa de entregarse a esta santa instrucción y de hacerse dignas de ello con la ayuda de la gracia, solo puede mantenerse con los trabajos, las renunciaciones y la manera de vivir que conducen a tan grandes fines.

Sección segunda

Continuación de la manera de vivir en el interior de la comunidad. Trabajos y ocupaciones; ejercicios de religión **[11]** y de recreo. Lecturas diversas. Penitencias.

§ 1º: Reglas sobre los trabajos y ocupaciones

79. En la vida monástica el trabajo no es menos necesario que la oración. Habitualmente, valdría más restringir esta que faltar a aquel. El ejemplo de los primeros modelos de la vida monástica y el sentimiento constante de toda la Iglesia en este punto no dejan duda alguna.

80. La falta de trabajo conduce a la ociosidad, la disipación o el aburrimiento, los mayores enemigos de la perfección religiosa.

81. El trabajo debe ser habitualmente serio y en silencio, a menos que el jefe haya permitido cantar cánticos. Fuera del tiempo de los cánticos, cada una puede rezar al trabajar.

82. Un trabajo rutinario es fácil. Permite la oración que se hace al mismo tiempo sin distracción; el pensamiento se acostumbra a concentrarse y la pureza del corazón se forma mejor que en la mayor parte de los demás ejercicios.

83. Los trabajos penosos no deben emprenderse sin causa. Son provechosos cuando es preciso romper los apetitos de naturaleza y el ardor de la juventud, y en esos casos deben también ser vigilados y moderados de forma adecuada.

84. Los trabajos relativos a los oficios de lo temporal deben bastar ordinariamente para alimentar a las trabajadoras más ardientes, variando sus ocupaciones; recurso al que quizás no habrá que recurrir con demasiada frecuencia.

85. El trabajo manual será suficientemente provechoso si se le considera como una pena impuesta por la ley divina, y una se entrega a él con firmeza y constancia. Es preciso, recordando al primer ser humano, que una parte notable de cada día nos encuentre encorvados sobre los trabajos.

86. No se debe trabajar menos de siete horas efectivas cada día y el trabajo debe ser suficiente para que, en caso necesario, dé abasto para la subsistencia sin estar a cargo de nadie. Quien no quiere trabajar, no quiere comer, según la expresión de un gran santo [cf. 1 Tes 3,10].

87. Los primeros religiosos en los correspondientes conventos de los dos sexos fabricaron esteras, cestos, cuerdas, telas, papel, etc., pues preferían estos recursos a bienes raíces que comportaban preocupaciones, apego mayor, querellas y procesos, y mil ocasiones de relajación. Los oficios nuevos proporcionan mayores recursos; requieren elegir.

88. Jesucristo trabajó en un oficio oscuro, los Apóstoles siguieron su ejemplo y trabajaron en distintos oficios; los religiosos de todos los tiempos han sido sus imitadores. El trabajo los mantendrá en la pureza de su institución **[12]** mejor que el estudio, que se presta fácilmente a opiniones poco necesarias y es nocivo para la gran estabilidad bajo pretexto de perfección.

89. A fin de cumplir las siete horas y más de trabajo, que son pedidas, hay que aportar desde el principio toda la puntualidad y prontitud recomendadas en otro lugar por la obediencia (n. 61).

90. En segundo lugar se necesita que, sin preocupación, la aplicación a la obra sea rápida; que se efectúe sin titubeos y sin dudas. Al final del tiempo indicado, la tarea se deja lo mismo.

91. Al entrar, cada una ocupa la plaza que se le ha designado una vez por todas en su primera admisión al taller; se mantiene en ella con recogimiento hasta el momento en que el jefe haga el signo de la invocación a Dios.

92. Cada una se pone de rodillas, sigue la invocación ordinaria, responde y emprende la tarea que está preparada ante ella.

93. La que llega tarde, irá a su puesto, hará ella sola la invocación y se pondrá a trabajar sin ninguna explicación.

94. La que tenga necesidad de ser guía o informada sobre la tarea durante el trabajo, o a la que le falte algún material, levantará su brazo como señal a la altura de la cabeza y sin afectación; la jefe le dirá: diga; pedirá y la jefe satisfará la demanda o designará a aquella que deberá informarla, y la información se hará entonces en voz baja.

95. Si la señal del brazo tiene por objeto pedir permiso para salir, la demandante, al hacer la señal, se pondrá de pie y la jefe le dirá: salga, o le advertirá de que debe esperar.

96. Cuando la jefe quiera hablar con una sola, la llamará por su nombre; cuando tenga que hablar a todas o se tenga un acto conjunto, dará unos golpes; en un caso y otro se debe estar pronta, atenta y conformarse con la orden del momento.

97. El trabajo terminará con un acto de alabanza a Dios; cada una de las trabajadoras, tras dejar su tarea en su puesto, se dirigirá sin tumulto al acto de vida que tenga que seguir.

98. Las ayudantes de la oficial en jefe visitarán rápidamente cada tarea y la plegarán, observando la obra que estuviera mal hecha y señalando de qué mano es.

99. Las que hubieran llegado tarde, se acercarán a la oficial y la dirán la causa o la excusa del retraso; la oficial tomará nota, si lo considera conveniente, para su informe a la Superiora o a la Madre de trabajo y de los talleres.

[13] 100. Las ayudantes informarán de la tarea mal confeccionada o de las faltas que hubieran percibido en el orden y la compostura durante el trabajo; la oficial tomara nota igual que antes y con el mismo objeto, si el caso parece merecerlo.

101. Las que hubieran confeccionado mal la tarea o hubieran incurrido en falta, serán llamadas para explicarse en el tiempo libre más próximo o durante el tiempo del recreo ante la Oficial en jefe o ante la Madre de trabajo y de talleres. Si hay lugar para censurar su falta de atención o su defecto de buena voluntad, escucharán con sumisión y humildad, y manifestarán su propósito de hacerlo mejor.

102. Si el mal está ocasionado por falta de capacidad, la Oficial del taller adoptará con su jefe inmediato el medio de dirigir a otro objeto distinto al sujeto que no ha podido hacerlo mejor.

103. Si a la voluntad mal dispuesta se uniera la terquedad y las reincidencias, se informará a la Madre Superiora, que tomará medidas según su oficio.

104. Los trabajos que no pueden hacerse en común, pero que son objeto de los oficios de lo temporal, serán vigilados por la Madre de trabajo y de talleres, a fin de que las Hermanas empleadas no tengan ocasión de ociosidad ni de vanas ocupaciones, y de que por otra parte no haya ninguna sobrecarga que no sea socorrida adecuadamente con un número suficiente de ayudantes.

105. La regla más general debe ser que el trabajo es el reposo de la oración y la oración el reposo del trabajo.

106. La segunda regla será que el trabajo sea aceptado como pena por el pecado de nuestro primer padre Adán.

107. La tercera regla, que el trabajo se cumpla como condición de la vuelta al amor de Dios y lo llevemos a cabo en la proporción de nuestros deseos a ese amor.

§ 2º: Los ejercicios de religión

108. En los ejercicios de religión la criatura humana se hace émula de los ángeles y no debe aportar a ellos nada que no sea celeste.

109. El momento de un ejercicio de religión es un momento de retiro. Es preciso abandonar los lazos terrestres y vivir solo para Dios y solo en Dios.

110. No hay que creer que los ejercicios de penitencia y otros actos que purgan el alma deben turbar este estado, porque esos ejercicios son solo el instante de despojarse del hombre viejo y de disponer el alma a tomar el vestido nupcial para presentarse al Esposo.

111. No debe asustar la misma resistencia que la naturaleza o el tentador **[14]** opondrían a esta preparación; hay que usar las propias fuerzas, recurrir al consejo siempre disponible a recibir según el Instituto, invocar la gracia divina y salir más puro de esa lucha, que solo es pasajera.

112. Suponemos, pues, que en el momento de cada ejercicio religioso se olvidará todo lo que se ha aprendido de los seres humanos y que solo se retendrá lo que se sabe de Dios, con la disposición de avanzar más en esta ciencia divina.

113. Cada oración del momento será la del corazón, pero del corazón que no tiene otro objeto que su Dios y que se ha abandonado a él.

114. Es preciso que los salmos se reciten con el alma que tenía David, penitente, o agradecido a Dios o exaltando su magnificencia sobre toda la tierra.

115. Las oraciones de la Iglesia se pronunciarán en espíritu de unión con esa asamblea universal de fieles que hace violencia a las puertas del cielo y recibe en ella al Espíritu Santo.

116. Las oraciones particulares se harán solamente con espíritu de humillación y a fin de no ser la única criatura que omite pedir a Dios el pan cotidiano y su ayuda contra la tendencia al mal.

117. Después de la oración, que se divide entre las diferentes horas del día pero que en todo tiempo debe tener el mismo espíritu, se encuentran los actos de purgación del alma: examen, confesión y espíritu de penitencia.

118. El examen debe hacerse con la inquietud de un propietario que supone que hay un nido de serpientes en sus grandes y vastos establos; nunca lo ha examinado lo suficiente, nunca ha procurado suficientemente que todas las salidas queden cerradas. El trabajo del día ha acabado; es solicitado de nuevo por su propio espíritu; se levanta en medio de las tinieblas y quiere asegurarse que su vigilancia no le ha traicionado.

119. Así todas las antiguas pasiones y esos apetitos de todo tipo que surgen del orgullo o de la lisonja tan fuertemente buscadas por nuestros sentidos, trepan, salen a la luz, se insinúan a pesar de que se los rechaza y, no atreviéndose a manifestarse con claridad, se esconden en el misterio y atacan todas las virtudes que la gracia y un largo trabajo parecían mantener fuera de todo alcance. El espíritu está pronto a aceptar la seducción y la naturaleza es débil: *velad y orad para no caer en la tentación* [Mt 26,41].

120. La confesión tiene sus reglas enseñadas por la santa Iglesia y es necesario seguirlas religiosamente, pero al seguir su espíritu, es preciso que sea absoluta, no como la del esclavo que teme sobre todo el castigo, sino como la de un hijo querido a su padre **[15]** cuando un momento de olvido le ha hecho descuidar toda la amplitud de la piedad filial. No le ha dedicado su primer pensamiento al despertar; no ha corrido bastante pronto o con suficiente alegría al momento en había que acogerlo; el objeto que lo retenía era un vapor, una sombra; una ridícula satisfacción personal era el objeto de ese retraso, etc. Se detesta la negligencia y el error, se vive solamente para amar y alabar a aquel que merece él solo que se le ame y se le alabe.

121. El espíritu de penitencia se halla en la amargura de un corazón sinceramente contrito. Para un corazón que sabe amar, no hay ninguna falta ligera, porque en toda ofensa el amor extremo se siente herido. La penitencia se halla en el disgusto del corazón, que se reprocha haber cometido la ofensa contra aquel que no debería haber sido ofendido de ninguna manera.

122. La demostración de una penitencia exterior es para la edificación del prójimo y para probar el propósito que se tiene, a pesar de la indignidad en que se está, de alabar y glorificar a Dios y de obtener el perdón de las faltas que se han cometido.

123. La resistencia a una penitencia exterior es el efecto más extraordinario de un orgullo ciego, que rechaza querer reconocer que la naturaleza es excesivamente frágil y que solo Dios merece ser soberanamente alabado.

124. Las penitencias que tienden a subyugar los sentidos o a domar tal pasión, deben quedar secretas, no siempre serían edificantes para el prójimo ni estarían siempre exentas de

orgullo para el corazón que piensa controlarse a sí mismo y no atribuye su propósito y su resolución a la gracia tanto como es necesario; pero tales penitencias solo deben hacerse bajo el discernimiento de un sabio y prudente director, que sabrá liberarlas de toda ilusión y del peligro que su brillo, incluso involuntario, tendría para el corazón penitente y para los demás.

125. Una vez explicadas las oraciones y los ejercicios de purificación del alma, el resto de los ejercicios de religión son los de reconciliación y de amor.

126. La reconciliación perfecta está en acercarse a la santa Mesa, en la que la naturaleza se anonada, en la que Dios se identifica con el alma que lo recibe dignamente. El momento que precede al beso de paz, ese mismo beso de paz y los instantes que lo siguen no son conocidos por los ángeles, si no es como testigos. Es el triunfo de la gracia y de la naturaleza humana.

127. Los ejercicios de amor siguen al de la reconciliación y es el momento sobre todo en que el amor del ser humano a Dios es divino en su fuerza y por su amplitud; es el amor de Jesucristo a su Padre depositado en un corazón humilde, que arde por él y que se eleva con ese fuego sagrado hasta el trono de Dios Padre.

128. Los ejercicios de reconciliación y de amor igual que [16] los de purificación del alma se mantienen por la oración mental a la espera de que los sacramentos los revivifiquen con más ardor cada vez, si esos intervalos se emplean en renovarse y en perfeccionarse para merecer la gracia ante Dios.

129. Es así como se hace realidad esa palabra de los santos Fundadores del estado monástico: que no se va a la perfección por caminos imperfectos y que en la vida religiosa, según la amplitud de los consejos de Jesucristo, no está permitido bajo ningún aspecto permanecer como un cristiano mediocre.

§ 3º: Los recreos

130. En una regla destinada a la perfección evangélica, no se deben santificar los recreos menos que los demás ejercicios de la vida. Pero los ejercicios de recreo pueden alejarse más fácilmente que los demás del fin común, que es la santidad de todos los actos.

131. Se deben clasificar como recreos peligrosos para el estado de santidad en las personas del sexo femenino las peleas, las carreras, los juegos de manos, contorsiones, bufonerías y otras cosas de este tipo, que pueden no ser malas en sí mismas, pero que con demasiada frecuencia han dado la ocasión para ello. En estas cosas siempre existe exceso en el empleo de esos medios naturales y más que indiscreción.

132. El ejercicio claustral no tiene por qué disminuir en nada el entusiasmo del espíritu, pero las locuras y las risas inmoderadas están más allá del entusiasmo; es el abandono entero a una satisfacción de la naturaleza que debe ser contenida no menos que otra. La disposición a la alegría entra en el número de las cosas dichosas, pero su uso debe ser moderado.

133. La conversación entra igualmente en el rango de las cosas que pueden ser buenas o malas, según su modalidad. Se cree generalmente que san Pablo ha censurado una especie llamada en griego *eutrapelia*⁸, palabra que los latinos entendieron en otro sentido y al cual no siempre le hicieron sufrir la misma censura, lo que a veces ha arrojado dudas demasiado generales sobre el tema de saber en qué la conversación es lícita o está prohibida.

134. Sin examinar los diversos sentidos de la palabra primitiva, que se debe abandonar para evitar el equívoco, la conversación deja de ser buena no solo cuando degenera en chabacanerías sino desde que aparecen agitación de espíritu, tentación de hablar mal, bromas

⁸ El término significa en griego «buen humor», «burla fina». San Pablo lo usa una sola vez en Ef 5,4: «Lo mismo para los propósitos vergonzosos, el lenguaje insensato, la chabacanería: todo eso no es nada conveniente; dedicaos más bien a la acción de gracias». El latín de la Vulgata ha traducido *eutrapelia* por *scurrilitas*, que significa en latín «chabacanería».

picantes y juicios sobre temas que no son de nuestra incumbencia, como [17] los asuntos de Estado, los de la Iglesia y otros que son materia de noticias públicas; noticias en las que son muy escasas las cosas edificantes, que son las únicas útiles a los monasterios.

135. No obstante, los recreos no deben ser totalmente rechazados y son un respiro en la aplicación del espíritu y a veces de la fatiga del cuerpo. El recreo debe ser una manera agradable de comentar las acciones o los propósitos; un humor alegre y bromista acompañado por el cuidado para no ofender las conveniencias ni las personas, constituye todo el fondo para ello. No se contarán historias fabulosas ni representaciones imaginarias (san Buenaventura), sino todo lo que puede entrar en lo gracioso: fineza, alegría, pensamientos ingeniosos, palabras oportunas, todo eso, con tal de que Dios y el prójimo no sean ofendidos, puede ser objeto de descanso de hecho o de propósito.

136. Para las conversaciones, el tono tiene que ser moderado, el talante afable, acompañado del encanto de la dulzura y de la bondad, más bien que de lo que se llama placentero y excesivo; siempre sin rudeza, siempre humilde, incluso cuando por deber de un oficio se impone una corrección.

137. Si en lugar de contar algo, se tiene que preguntar o responder, se pregunta evitando el tono contencioso, la apariencia de un esfuerzo por hacer caer al otro en confusión; se le contesta sin prevención y sin alarde. No hay que interrumpir al que se explica, ni apresurarse a hablar, recibir la instrucción sin vergüenza; enseñar sin dificultad y sin sacar ventajas de ello; explicar de quién se ha sabido; procurar a las demás satisfacción y nada sino la edificación.

138. Los recreos no son solo un descanso en la aplicación del espíritu (n. 135), sino que pueden ser aptos para fortificar la mente y el corazón; es lo que hay que esperar de ellos, sobre todo en tiempos en que la gravedad de los actos de la jornada atempera el buen humor, como son los tiempos de retiro y los de renovación de votos. Las charlas en los recreos se vuelven más esencialmente relativas a la perfección y a los diversos temas de ejercicios, pudiendo cada una contar la manera en que ha sido afectada o hubiera querido serlo: entonces las charlas se vuelven en cierto modo más religiosas o bien se centran en verdades más serias en el orden de la religión.

139. En todas las épocas el recreo es apto para mostrar cómo se debe conversar con las demás Hermanas en espíritu de unión y de caridad, de manera que su charla nos sea provechosa y que la nuestra lo sea para ellas; es en lo que una se puede perfeccionar cada día con el ejercicio bien entendido del recreo.

140. Santiago ha dicho que quien no sabe controlar su lengua con el freno de la caridad y de la devoción no merece nunca el nombre de religioso [cf. Sant 1,26]. Es sobre todo en los recreos cuando hay que prestar atención a esta máxima: la caridad no debe ser mínimamente rozada y en todo lo que se dice debe mezclarse un tono de devoción.

141. A las conversaciones sobre distintos temas edificantes tales como [18] la imitación de Jesucristo, la de Nuestra Señora, la vida y los milagros de los santos, las virtudes que se deben estudiar y los vicios de los que hay que huir, las verdades de la religión, los deberes con el prójimo, etc., etc., se añadirá a veces un volver, un recuerdo sobre el espíritu del Instituto, sobre las virtudes que se recomienda en él, sobre el destino y los distintos peligros de las gentes del mundo, sobre la mayor pureza de la vida religiosa, sobre los pensamientos y opiniones recomendables de las religiosas ausentes o fallecidas cuyo ejemplo ha sido más memorable, etc., y sobre todo lo que pueda edificar y recrear⁹.

142. Hay que desterrar de los recreos: tristeza, melancolía, taciturnidad, cóleras, impacencias, disputas, burlas, murmuraciones, calumnias, ligereza y excesiva libertad en las maneras. No hay que ser terca, ni incómoda, ni charlatana, ni enojosa ni importuna; conservar

⁹ Este párrafo y el siguiente pueden haber recibido cierta inspiración de LESTONNAC, *o. c.*, pp. 274-276 («Las cosas de las que las religiosas de Nuestra Señora deben hablar en sus recreos») y p. 276 («Lo que deben evitar en el recreo»).

una gravedad suficiente al caminar, al pasear y al actuar; guardar un tono de voz moderado; no ofender jamás a nadie ni con palabras ni con gestos; tener afecto por las que nos hacen caer en la cuenta de nuestros defectos.

§ 4º: Lecturas particulares

143. Las lecturas de las que se trata son una forma de recreo que al mismo tiempo puede servir de remedio y de alimento del alma; se harán durante los recreos para aquellas que estén dispensadas de asistir a ellos, o en algún momento libre de trabajo.

144. Estas lecturas siempre serán escogidas por la Madre de celo, que debe conocer el estado de cada alma en la comunidad y saber lo que le es más conveniente.

145. Las ocasiones de cambiar, para un individuo, el recreo por la lectura son todas en las que un sujeto está tocado por alguna afección, alguna turbación o algunas tentaciones en que necesita recogerse más intensamente, o bien aquellas en las que daría mal ejemplo o algún tipo de escándalo a las demás.

146. Se podrá consultar al director sobre la naturaleza del remedio o de la lectura conveniente; la Madre de celo concederá toda la amplitud de la caridad compasiva a aquella de sus hijas que esté afectada por esta desgracia.

147. Habrá lecturas particulares para todas las que puedan aplicarse a ellas en ciertas horas del día, fijadas por el reglamento de la jornada e independientemente de los recreos; esas lecturas se enmarcan en el orden de la dirección de cada religiosa. Las Hermanas conversas que no saben leer, escucharán juntas una de estas lecturas confiada a la Madre [19] que las dirige; tratarán, por lo general, sobre la perfección monástica.

§ 5º: Diversos ejercicios

148. Se ha debido ver que las novicias iban a ejercitarse con los diversos jefes de oficios temporales; esos ejercicios son normales durante el noviciado y la regla no quiere que ninguna de las alumnas queden dispensada de ellos. Acabado el noviciado, esos mismos ejercicios pueden ser impuestos o concedidos.

149. Son impuestos como penitencia y por faltas de varios tipos, de modo tal que la pena siempre pueda ser por su naturaleza adecuada para la corrección del pecado. Los detalles de la aplicación se encontrarán indicados en parte en el título sobre los ejercicios de penitencia.

150. Los ejercicios en los oficios temporales se les conceden a las religiosas que tienen necesidad de ellos, como serían trabajos físicos fuertes a un temperamento que pide actividad; ocupaciones agradables y suaves a personas débiles o valetudinarias; la laya del jardín en el primer caso y el cultivo de ciertas plantas o de unas flores en el segundo pueden servir de ejemplo.

§ 6º: Penitencias

151. Igualmente las penitencias pueden ser de regla ordinaria, mandadas u obtenidas; en todos los casos, se deben preferir a las austeridades corporales las penitencias que someten el orgullo del espíritu y que dominan los sentidos.

Penitencia en la regla ordinaria

152. Además de los ayunos prescritos por la Iglesia, se deben situar en el rango de las penitencias ordinarias los ayunos y las abstinencias que se hacen en ciertas solemnidades adaptadas por el Instituto.

153. Los días de ayuno especial en la regla del Instituto son: la víspera de la renovación de votos y el tiempo de oración de las cuarenta horas¹⁰.

154. Los días de abstinencia son¹¹: los tres que preceden al miércoles de ceniza.

155. No es el número de ayunos y abstinencias lo que hay que temer o buscar, sino la causa que las ha hecho establecer y el motivo que determina su observancia. Los ayunos establecidos por la Iglesia son de precepto; fueron instituidos para las necesidades universales de los fieles y de la Iglesia. La Iglesia ha establecido algunos de ellos para las necesidades particulares en ciertos lugares o para tiempos o circunstancias determinadas.

Cada Instituto ha prescrito también algunas abstinencias, además de las que eran de precepto. Esas abstinencias y esos ayunos deben ser para satisfacción de los pecados de la comunidad de la que se es miembro, de toda la Iglesia que no forma sino un solo grupo, y de aquellos que ha cometido uno mismo. Se deben adoptar también las abstinencias y los ayunos como medios de [20] domar la carne, de castigar el cuerpo y reducirlo a esclavitud. Cualesquiera que sean las causas del ayuno, etc., y su objeto, se debe observarlos desde el momento en que son de precepto y de Regla.

156. Se propone un solo ejemplo a propósito de la fidelidad a la observancia del ayuno, el de san Fructuoso condenado al martirio. Eran las diez de la mañana cuando se le conducía a él; era un viernes, día de estación y ayuno. Algunos fieles por un movimiento de caridad vinieron a ofrecerle un brebaje destinado a fortalecerle. «No es aún la hora de romper el ayuno», les respondió y continuó su camino (3^o siglo. San Fructuoso¹², obispo de Tarragona en España).

157. Aunque el recitado de las oraciones y los diversos Oficios en la Iglesia sean en casi todo actos de penitencia y de satisfacción, al mismo tiempo que contienen alabanzas al Señor, se deben destacar como tales de modo particular y considerar como penitencia el acto de reparación al Sagrado Corazón de Jesús y al Santísimo Sacramento del altar, que se practica todos los domingos antes de vísperas.

158. Es en espíritu de penitencia como se hace la culpa cada viernes a las ocho y media de la tarde y como debe leerse el Capítulo general la víspera de la renovación de votos. La culpa es la confesión pública que cada religiosa hace de sus faltas. Para evitar todo escándalo, la confesión se hace en ciertas circunstancias a la Madre Superiora, que hace inscribir la falta que cree que debe publicar y la da a conocer en la lectura de la tarde. El Capítulo es el estado de los hábitos y de las faltas de cada una de las Hermanas nominativamente designada, cometidas por acción o por omisión, en los ejercicios de la iglesia o de otros lugares de reunión, particularmente contra las reglas de la Orden y la práctica de las virtudes claustrales.

Penitencias mandadas

159. El Ordinario del lugar, el Superior espiritual y la Madre Superiora pueden ordenar penitencias generales en las calamidades públicas, con ocasión de algún penoso escándalo, y en otros casos en que la piedad de la comunidad se ve movida a implorar la misericordia de Dios.

160. Las penitencias mandadas son más habitualmente individuales. Son impuestas por la Superiora a las Hermanas y Madres que recientemente han caído en faltas conocidas por la comunidad. Se ha dicho «recientemente», porque es poco útil reavivar las faltas antiguas. Se añade que se trata de faltas conocidas por la comunidad, porque las faltas no

¹⁰ Esta segunda precisión queda sustituida en el manuscrito AGMAR 38.5.4 por «el viernes de cada semana».

¹¹ Aquí el manuscrito AGMAR 38.5.3 interrumpe su texto en el artículo 154. Completamos este con AGMAR 38.5.4.

¹² San Fructuoso sufrió el martirio el 21 de enero de 259, con sus diáconos Augurio y Eulogio. San Agustín les dedica el sermón 273.

públicas hay que castigarlas sin dar ocasión al escándalo y se arreglan en el tribunal de la Penitencia.

161. Las penas quedan a discreción de la Madre Superiora, que usará de ellas con caridad y para la mayor enmienda de la que hubiera caído en falta.

[21] 162. Aunque por lo general sea conveniente castigar la falta con un acto tomado de la virtud opuesta: la vanidad por la humillación, el halago de los sentidos con la mortificación, la insubordinación con una profunda obediencia, y así para el resto, no obstante, si ocurre que la falta proviene de una mezcla de imperfecciones opuestas que ocultan la causa principal y primitiva, es la agudeza de la Madre Superiora la que debe ver la fuente, sin cansarse en establecer de una manera ostensible la relación con la pena. Bastará con que advierta a la penitente en las entrevistas particulares, como si ocurriera, por ejemplo, que el malestar en el trabajo y la indolencia procediera de la vanidad ofendida en aquella que, en cualquier intento, lo hubiera hecho mal o se hubiera visto sobrepasada; aquí sería el orgullo y no la indolencia lo que habría que atacar, etc., etc.

Cualquier falta grave o el hábito de una falta leve

163. La culpa leída de modo extraordinario en el refectorio y la nota para ser llevada al Capítulo general más cercano pueden ser penitencias impuestas y que las culpables deberán escuchar con espíritu de resignación y de arrepentimiento.

Insubordinación, desobediencia, obstinación

164. Las penitencias más inmediatas serán que la Madres sean puestas a prueba en el noviciado o bajo las Hermanas conversas; para las Hermanas novicias o las conversas, que retrocedan de rango; incluso que los jefes queden subordinados más o menos tiempo según la gravedad del hecho; que las Hermanas profesas lleven el hábito y el velo corto, que las Hermanas de este último hábito sean privadas de una parte de él.

Sugerencia peligrosa, complot propuesto o aceptado, ejemplo contagioso

165. En otros casos, se separará a la pecadora de la compañía en la iglesia, en las salas de reunión y de trabajo, en el recreo e incluso en el dormitorio, graduando los signos de reprobación y su duración según la importancia del hecho.

166. Cuando el sujeto caído en una falta no se halle en un caso que dé lugar a hacerlo retroceder o a separarlo, los castigos más habituales serán los siguientes:

mal acuerdo, incompatibilidad, mal humor, indiscreción, abstinencias equívocas: comer en la mesa penitencial, en la parte baja de la mesa común o en medio del refectorio, sin otra privación o con ella, incluso a pan y agua.

orgullo: besar los pies de las demás Hermanas, o de aquellas que se nombre para ello.

ligereza, olvido, disipación en las oraciones, etc.: rezar a Dios en medio de la sala, con las manos juntas o con los brazos en cruz.

una falta ligera contra la obediencia, la modestia y otros temas incluidos en los votos: recomendarse a la oración de otras por caridad y como limosna.

falta de delicadeza, vanidad o corrección: llevar el vestido y los carteles de mortificación¹³.

167. Las penas de los tres artículos precedentes pueden ser mandadas de modo acumulativo si la Madre Superiora lo cree provechoso; son impuestas a discreción así como también se las puede sustituir por otras poco más o menos del mismo género; tienen por objeto la corrección de los hábitos o de las desviaciones de poco alcance, no son obstáculo a penas más graves, cuyo derecho queda remitido a la Superiora por el *Instituto* y las otras Constituciones monásticas.

¹³ En algunas comunidades religiosas los carteles de mortificación eran cartones en los que cada persona llevaba una mortificación que hacer. En el caso presente, ¿iban unidos a la ropa?

[22] Penitencias que pueden ser conseguidas

168. Ninguna Hermana, de la clase que sea, podrá imponerse penitencias personales para las que no haya obtenido permiso expreso de la Superiora, ni deberá practicarlas más allá del permiso dado.

169. La penitencia voluntaria solo será concedida para el tiempo en el que no las haya de regla y de observancia ni mandadas; en cualquier otra ocasión y tiempo no se deberá conceder sino por motivos que se refieren a la gloria de Dios, a la corrección de sí misma y a la edificación del prójimo. En todos los casos, se mantendrán dentro de los límites de una santa discreción.

170. Las penitencias podrán concederse como reiteración de otras penitencias ya mandadas y cuando la penitente haya dado muestras de no haber producido las disposiciones de humildad, de obediencia y de arrepentimiento que debía producir.

Disposiciones comunes a las penitencias mandadas
y a las penitencias por obtener

171. Las penitencias mandadas no se considerarán como hechas y no cesarán y las pedidas no se concederán, si las penitentes no dan señales manifiestas de compunción y de arrepentimiento en las faltas cometidas; y, si el endurecimiento continúa, se las hará pasar a penas más graves, de grado en grado, incluso a las penas indicadas en el *Instituto*. Las excusas, las reconciliaciones y los otros pasos y confesiones que tiendan a restablecer la edificación, etc., no han sido incluidas en el rango de las penas con motivos justos, pero todas esas cosas están en la línea de la satisfacción y señales de arrepentimiento.

Sección tercera

Relaciones con el exterior:

Locutorio, escritos y correspondencia, regalos recibidos o hechos,
salidas mandadas, buena reputación que guardar

§ 1º Locutorio¹⁴

172. Nunca se puede ir al locutorio sin permiso expreso de la Superiora.

173. Solo se puede ir a él si se va acompañada **[23]** por una asistente nombrada expresamente, si la Superiora lo ha creído conveniente, o designada como asistenta de servicio y para las necesidades habituales.

174. Nunca podrá una asistente servir a la vez para dos visitas ni para dos conversaciones.

175. La que ha sido llamada al locutorio, deberá en primer lugar dirigir su intención a la gloria de Dios y a la edificación de las personas a las que se le ha permitido recibir; para ello, al ir al locutorio, pronunciará lo suficientemente alto como para que su acompañante las oiga las siguientes palabras: *Pon, Señor, una guardia en mi boca y en mis labios, para que mi lengua no cometa ninguna falta* [cf. Sal 104,3-4] y recitará el *Ave Maria*.

176. Llegará al locutorio sin precipitación y con la compostura de la modestia (ver en las reglas particulares las de la modestia religiosa). Hay que añadir que en el locutorio y en otras relaciones con el exterior las manos se mantendrán ocultas.

177. En el locutorio la discreción es más necesaria que en cualquier otro sitio; consiste en no hablar más que del tema que se trata y decir solamente lo que es preciso.

¹⁴ Varios artículos de este apartado se inspiran en LESTONNAC, o. c., «Instrucción para ir al locutorio», pp.277-279.

178. Solo se debe hablar en él de cosas santas, convenientes al estado y a la profesión religiosa, de modo que, si al principio se escuchan los propósitos de las personas que nos visitan, pronto se les dé nuestro sentido y se pueda decir, como ha afirmado un santo Fundador (san Ignacio) hablando de la conversación con los seglares: «Entrar con ellos, pero hacerles salir con nosotros».

179. No se dedicará nada de tiempo a los rumores públicos, a las noticias de la ciudad y objetos de curiosidad, de los que no se puede esperar ningún fruto y cuyo primer y más seguro uso es olvidarlos y no hacerles eco.

180. Se dirán algunas palabras sobre la piedad, las buenas obras, acercarse a los sacramentos y exhortaciones religiosas; sobre temas que pueden llevar al prójimo a hacer el bien; pero todo ello brevemente, estando vigilante, como bien convencida de que en el locutorio se pierde más en pocas horas que lo que se ha ganado en el claustro en mucho tiempo.

181. Hay que abordar el tema de la visita, tratarlo y después pedir permiso para retirarse, si se está honrada por un Superior, y tomarlo o darlo una misma, si son iguales o inferiores en el orden civil.

182. Sobre tono, modales y propósitos deshonestos, si pudiera haber equívoco, cambiar el tono, los modales y los propósitos; si el visitante responde mal, despedirse sin grandes cortesías; si cambia de tono y el tema por tratar exige continuarlo, rogarle que prescinda de todo lo que podría ofender [24] al estado, a la Casa en que se está y a la santidad de Dios que en ella se reverencia.

183. En todos los casos, permanecer en el locutorio lo menos posible; tener una santa impaciencia por volver al retiro y, con esta intención, elevar su alma a Dios.

184. Si la campana llama a algún ejercicio, rogar que se considere bueno acudir a él; si la persona que hace la visita es de dignidad, pedirle el permiso como una gracia, atestiguándole sentir no poder aceptar de ella otro favor.

185. Acabada la visita, se deberá dar cuenta enseguida a la Madre Superiora, que será dueña de remitir el informe a otro momento. Si llama algún ejercicio, ese deber se cumplirá después del ejercicio. La Hermana visitada y su acompañante podrán ser escuchadas juntas o por separado; si se ha recibido algo, se enviará al secretariado (artículo 200, más abajo).

186. Una y otra deben decir en su informe si se ha recibido o dado algo; si ha sido abiertamente o en secreto; si no se ha sobrepasado en el propósito o en el gesto algo contrario a las reglas de la discreción o de la santidad; si ha habido edificación y modestia.

187. Las Hermanas novicias tendrán las mismas reglas para el locutorio, pero deben estar acompañadas en él por su Maestra o su Submaestra.

§ 2º Escritos y correspondencia

188. Ninguna religiosa ni otra persona destinada a la Religión, desde las postulantes y novicias hasta las Oficiales más elevadas en grado, podrán recibir o enviar tarjetas, cartas, instrucciones, memorias y observaciones, extractos u otros escritos y copias de escritos, paquetes y mensajes de cualquier tipo que sean, sino por medio de la secretaría general.

189. Las que quieran escribir deberán pedir y obtener el permiso de la Madre Superiora, dándole a conocer la persona a quien se escribe, y el objeto y el motivo que se tiene para hacerlo.

190. Las cartas, tarjetas, memorias y otros escritos destinados a ser enviados, deberán además ser depositados abiertos en la caja del secretariado destinada a recibirlos.

191. Las cartas y todos los escritos así remitidos serán leídos y examinados por la Madre de celo o aquella que sea encargada de ello en [25] su lugar; a las piezas que sean consideradas de carácter religioso y adecuadas para ser enviadas a sus direcciones, se les podrán una contraseña en el secretariado y serán selladas con el sello de la comunidad, sin que pueda haber otro sello en el convento ni a disposición de nadie.

192. Todos los paquetes, cartas, tarjetas y mensajes, sean los que sean, que vengan del exterior, serán igualmente llevados al secretariado, en donde deben quedar en depósito hasta que la Madre o aquella que sea designada en su lugar los haya revisado, y hayan abierto las cartas y los paquetes cerrados y haya podido juzgar por su contenido si deben ser remitidos a su dirección.

193. Las cartas y tarjetas y escritos diversos que llegaran entre la ropa o disfrazados bajo otras envolturas no deberán entregarse y habrá que mantener bajo vigilancia a aquellas a los que esos objetos estuvieran dirigidos, si parece que existe alguna inteligencia, lo que se examinará muy de cerca si la correspondencia parece, por otra parte, peligrosa.

194. Igualmente serán retenidos los escritos, cartas, tarjetas y otros objetos llegados de fuera o destinados para enviar, todas las veces que de su inspección resulte que su objeto no es el amor de Dios, la caridad del prójimo y la abnegación de sí misma, o que en la manera de expresar estos sentimientos habría algo fuera de lugar o inconveniente.

195. La Madre de celo tendrá la facultad de devolver aquellos escritos en los que haya una ligera inconveniencia, previniendo a la religiosa de la que procede el escrito para hacer la corrección deseada.

196. Los escritos de dentro destinados a ser entregados a sus autores y los que vengan de fuera que estén en el caso de ser enviados a sus señas respectivas, serán, antes de ser entregados, cerrados con el sello interno de la comunidad y marcados con una contraseña distinta a la de los escritos y cartas salientes.

197. Los escritos, cartas y tarjetas retenidos tanto a la entrada como a la salida, incluidos los encontrados entre las ropas u disfrazados en otras envolturas, serán apostillados cada uno con una nota indicativa de las causas de la supresión del envío, para ser presentados así en un próximo informe de la Madre de celo a la Madre Superiora, y ser a continuación metidos en una caja de cartón secreta para recurrir a ellos en caso de necesidad.

198. Las faltas cometidas en la correspondencia, por envío o recepción intentados de escritos inconvenientes, serán materia de la culpa, en el Capítulo general o en otras penas establecidas por los reglamentos según el grado de culpabilidad.

199. La portera no podrá en ningún caso deshacerse de paquetes, cartas, tarjetas y mensajes de todo tipo, sino por el depósito que hará de ellos en el secretariado; tampoco podrá entregar a los mensajeros externos y en su puerta otros paquetes, cartas, tarjetas y mensajes que los que tenga de la secretaria, que irán provistos del sello de la comunidad; velará para que los habituales externos no introduzcan nada sino por medio [26] de ella.

200. Todo lo que se haga o se intente para mantener correspondencia, para hacer o recibir envíos por todo otro medio distinto que el secretario y de otra manera que públicamente, es una infracción al voto y a las reglas de la obediencia¹⁵, cuya pena debe castigar a todas las que hubieran tenido la debilidad de prestar ayuda y asistencia; las Hermanas conversas que se hallan más habitualmente en la situación de salir, será prevenidas por la Madre que las dirija.

201. Quedan excluidas del examen las cartas que estuvieran dirigidas al Superior inmediato o al Ordinario del lugar, así como las respuestas de estos contraselladas con su nombre y dignidad. Las cartas indicadas en este artículo quedan bajo la vigilancia de la Secretaria general; su apertura comportaría su destitución y la recaída la incapacidad para todos los empleos.

202. Las cartas dirigidas al Superior o al Ordinario serán remitidas a la Secretaria, que las contrasellará, las barrará en el cierre, las sellará y las inscribirá por número en un registro todo seguido sin espacios en blanco, indicando la fecha del envío, el nombre de la hermana que escribe y el del inmediato o el Ordinario al que comunica sus necesidades. La Secretaria

¹⁵ En LESTONNAC, o. c., todo lo concerniente a la correspondencia, cuyas prescripciones aparecen solo en el a. 37, p. 64, forman parte del largo capítulo XI sobre la obediencia, pp. 60-64.

dará copia del número a la hermana, si esta parece quererlo, y lo inscribirá también en la carta a enviar.

203. Las cartas del Superior inmediato o del Ordinario serán registradas de igual modo a su llegada y marcadas en la envoltura del número del registro, antes de su entrega, bien conciernan a la Superiora o a una de las hijas del convento.

204. La Madre Superiora velará por la franquicia en la correspondencia de los individuos con el Superior y con el Ordinario; dará cuenta de ello en las visitas eclesiásticas.

§ 3º: Regalos recibidos u ofrecidos

205. Ninguna religiosa podrá recibir regalos por poco valor que tengan, si no es en nombre de la comunidad y para la comunidad.

206. Los regalos para la comunidad no podrán aceptarse sino con el permiso expreso y previo de la Madre Superiora; las Oficiales podrán tener en este punto un permiso general; las demás religiosas deberán hacerse autorizar cada vez y antes de poder aceptar.

207. Si el regalo se ofrece de un modo distinto a un mensaje dejado en la puerta o si se da en mano, deberá ser llevado al secretariado, lo mismo que se le hubiera dado a la portera [27] si hubiera llegado por un mensajero.

208. Por pequeño que sea el regalo o por grande que pueda ser, no será aceptado sino en cuanto pueda ser empleado para las obras de celo o de caridad, sin pérdida ni peligro para el prójimo; en este sentido, cuadros y grabados, incluso por poco contrarios que sean a la decencia cristiana, no se deberán recibir ni siquiera para venderse y hacer un buen uso del precio. Ocurre lo mismo con muchos otros ejemplos que no hace falta proponer.

209. El más pequeño regalo supone en aquel que lo destina a la comunidad el propósito de unirse a sus obras, y en este sentido es por lo que hay que considerar al que lo hace como ayudante de la comunidad. Debe incluirse en las oraciones de los sufragios y en la denominación de los bienhechores y cooperadores.

210. Las dotaciones en fondos o en rentas, que son también regalos, solo serán aceptadas por la Madre Superiora, así como las fundaciones temporales o perpetuas que de ellas dependieran; la única regla por establecer a propósito de ellas es que no se las debe aceptar sino en cuanto el servicio que de ellas dependa no perjudique el régimen y los deberes religiosos establecidos por el Instituto.

211. Los regalos por hacer en nombre de la comunidad deben tender a la emulación de las virtudes cristianas, a la instrucción o al alivio del prójimo.

212. Se destinarán a la emulación los pequeños objetos a distribuir en las clases por el talento y el mérito; es preciso que el precio principal del mérito pueda recabar la atención. Estas distribuciones quedan confiadas a la Maestra de las clases bajo la dirección de la Madre de instrucción.

213. Para la instrucción se distribuirán entre la comunidad pequeños libros, sentencias, rosarios, cruces, reliquias, hábitos de la Virgen, etc., para las jóvenes al salir de las clases o conocidas por ser fervorosas y que mantuvieran algunos lazos de antigua amistad o de familia con las religiosas consagradas. La Madre de celo los distribuirá entre las religiosas para ciertos días de fiesta y en proporción a las personas a las que convendría ofrecérselos, sobre lo cual cada religiosa se entenderá con la Directora.

214. Las distribuciones semejantes a las indicadas en el artículo precedente podrán tener lugar entre las principales oficiales de las Congregaciones dependientes de la comunidad; la Madre de instrucción será la responsable última y decidirá las circunstancias en las que se puedan tener.

215. Cada vez que la comunidad tenga ingresos o fondos suficientes y disponibles, la Superiora, tras haber consultado a su Consejo, hará distribuir ayudas a los pobres a domicilio, o de una manera regular o en tiempos diversos: el pan, el caldo, las ropas y otros objetos de primera necesidad se incluyen en la orden del presente artículo y, cuando el convento

disponga de poco, es preciso que no omita dar según sus medios, siempre en secreto y sin que el mundo lo vea.

[28] 216. Las distribuciones reguladas en los artículos 213 y 214 se harán con ocasión de ciertas fiestas o solemnidades, como son la renovación de votos y los primeros días del año. La Madre Superiora podrá permitir que en esta última época se añadan los bombones hechos para la comunidad y distribuidos con este objeto.

217. Se podrá destinar al padre y madre y a los bienhechores de las religiosas consagradas ramos de flores por su fiesta patronal; se les podrá ofrecer a los bienhechores de la comunidad en la medida en que ello deba servir a mantener unas relaciones de justicia y santidad.

§ 4º: Salidas mandadas

218. Es algo propio del Instituto de las Hijas de María que, para hacer salidas, deben estar mandadas. El permiso a dar en las comunidades no claustrales no es a menudo sino un símbolo de la voluntad reconocida a la Superiora, una prueba de la sumisión y de la petición que ha hecho una Hermana que debe hacer una salida ocasional.

219. En la Regla de las Hijas de María el voto de guardar la clausura es perfecto para cada una de las religiosas; desear ver que cesa es una falta a este voto. Muy lejos de que alguna de ellas pueda pedir permiso para salir, es al contrario su deber pedir y rezar para no salir, cuando se llega a mandarle que lo haga y no salir de hecho sino por obediencia.

220. Cuando a una Hermana se le mande por las necesidades del Instituto tener relaciones con el exterior, deberá recibir de la Madre Superiora la orden indicativa del asunto que debe tratar, del lugar al que debe ir y del tiempo que puede emplear en ello.

221. Antes de poder salir, irá a pedir la bendición de la Madre Superiora y escuchará sus consejos; vera a continuación a la Madre de celo, que le dará la compañera que le haya indicado la Madre Superiora. La Madre de celo les hará a una y otra las observaciones y exhortaciones que crea convenientes.

222. Antes de permitir abrir las puertas, la Hermana destinada a la misión en el exterior será abrazada con ternura y caridad por todas las religiosas que la hayan podido acompañar hasta la puerta.

223. Las dos compañeras no se separarán nunca la una de la otra por ningún pretexto; se servirán de asistentes respectivamente y de consejo en caso de necesidad.

224. No deberán ir sino a los lugares designados en la orden de la Superiora y no ocuparse de otro asunto que del que **[29]** es motivo de la salida.

225. Todas las reglas de la vida interior y las de una santa discreción deberán acompañarlas hasta su vuelta (Ver las reglas del locutorio [artículos 172 a 187]).

226. Harán de modo para acortar la duración de su exilio; no sobrepasarán la hora que se les ha dado y en el momento en que entren, tras haber recibido de nuevo el beso de alegría y de paz de las que encuentren a su entrada, se presentarán a la Madre Superiora.

227. El informe se hará por las dos que han vuelto como en el caso del locutorio (artículos 185-186) y versará sobre los mismos detalles y las mismas circunstancias.

228. Las que han vuelto se dirigirán al coro para agradecer a Dios su vuelta, haberlas preservado de todo accidente y haberles dado el gusto por el retiro.

229. Si hubiera necesidad de una nueva salida para continuar los asuntos empezados, convendría mantenerse en el temor del Señor, implorar su paz y su misericordia, y elevarse con frecuencia a él hasta que el tiempo de la prueba haya pasado.

§ 5º: La buena reputación por guardar

230. El cuidado que hay que tener por la propia reputación no tiene como objeto el elogio de los seres humanos ni incluso obtener una suerte de recompensa de la virtud en este mundo. Tales miras estarían bien lejos de la tendencia a la perfección cristiana.

231. El objeto de esta preocupación esencial es glorificar a Dios en este mundo y edificar al prójimo olvidándose de sí misma.

232. Es con estas miras con las que se hace el bien en todo momento, en todo lugar, ante el mundo como si se estuviera sin testigo, siguiendo la regla, con seriedad por ser algo importante de la vida, santamente porque se lleva a cabo la empresa ante Dios; poniendo en cada cosa tal atención que la pasión de calumnia, rechazada ella misma, no se atreva a inventar falsamente para engañar¹⁶ faltas en las que nadie creería¹⁷.

233. Una falta leve o un olvido nos convierte a nosotros mismos en autores de la chispa que puede encender ante nosotros la llama de nuestra mala reputación y entonces debemos asumir principalmente nosotros las maledicencias de las que hemos proporcionado la materia prima, causando así un gran mal por haber descuidado nuestra reputación bajo el falso pretexto de que lo exterior no importaba nada y que era suficiente con la intención¹⁸.

234. La humildad cristiana no se opone en modo alguno a confesar las obras de luz, las obras de la fe y las obras de la perfección cristiana, cosas todas con las cuales Dios quiere ser glorificado en este mundo y en las cuales no se sabría glorificarlo bastante; son estos los puntos en los cuales [30] el verdadero cristiano debe permitir la más leve duda y no hacer nada que pueda alterar su reputación¹⁹.

235. Consentir en descuidar una práctica santa para no extrañar a las gentes del mundo y a fin de hacer decir que no se es tan devoto, es abandonar la propia reputación y asestar un golpe mortal a la perfección enseñada por Jesucristo.

236. Muy insensata sería la persona que, por el cuidado que pondría en obedecer las reglas con exactitud, temiera atraer sobre ella la falsa alabanza del mundo; lo que es del mundo, va contra Dios, y no es del mundo de donde viene sinceramente la aprobación de las cosas de Dios. Los que las aprueban y están dispuestos a imitarlas, son de Dios y es un efecto de la manifestación de las obras atraer al prójimo a Dios; los que las censuran o no las juzgan sino con burla y falsedad son aquellos contra quienes es necesario el cuidado de la reputación, y no por ello se hiere la humildad cristiana. Es el caso en el que todo cristiano es un soldado. Es el caso en el que cada cristiano tiene su fuerza en el Espíritu de Dios.

237. Hay que cuidar la propia reputación hasta el punto de que nadie, sin ser un mentiroso, pueda acusarnos de haber faltado a nuestra creencia y a los actos que son su consecuencia²⁰.

¹⁶ El verbo francés que se emplea es *controuever*, que significa «inventar falsamente para engañar». El final de esta frase significa, pues, «que la calumnia no se atreva a inventar falsamente faltas en las que nadie creería».

¹⁷ Al margen se lee: *Beatus est qui tam sancte tamque graviter disposuit vitam suam ut et sinistri aliquid ne fingi quidem possit dum adversus obstrectatorum libidinem pugnat meriti magnitudo ne fingere quisquam ausus est quod a nullo putat esse credendum*. El sr. Monier ha llevado a cabo una traducción parafraseada de este texto, que es el final enrevesado de este artículo 232.

¹⁸ Texto latino apuntado al margen y parafraseado en este artículo: *Ne ex nobis scintilla procedat per quam adversus nos sinistre flamma conflatur alioquin frustra irascimur obstrutatoribus nostris, si eis ipsis obstrutandi materiam suministramus*.

¹⁹ Al margen de este artículo se lee: *Consoletur conscientia nostra quae tum maxime tuta est... cum ne occasionem quidem se male sentiendi delit sanctus*. Hieronimus, *Epist. select*: 20 liv. 2 p. 34. Algunos atribuyen esta carta de san Jerónimo a san Paulino.

²⁰ Al margen de este artículo se lee: *Nos modo id agamus ut male de nobis nemo loqui absque mendatio possit*. (San Jerónimo, *ibídem*). El artículo 237 es una traducción libre.

238. Si ocurriera que, tras haber cuidado así de conservar nuestra reputación, es sin embargo calumniada y somos de este modo, sin quererlo, el escándalo de los que quedarían engañados por ello, recemos por la conversión de aquellos que llaman al bien mal; a la luz, tinieblas; a la dulzura, amargura; que Dios retire de encima de sus cabezas su maldición; recemos para que esta tentación no nos haga declinar del bien; alegrémonos en el Señor que predijo que a causa de él se diría de nosotros toda clase de mal, prometiéndonos que ello se acabaría volviendo en dicha para nosotros. [*¡Ay de vosotros, que llamáis al mal bien y bien al mal, que hacéis de las tinieblas luz y de la luz tinieblas, de lo amargo dulce y de lo dulce amargo (Is 5,20)*]²¹.

239. En diferentes épocas el mundo ha ofrecido a los confesores de la fe honores, bienes temporales y la dispensa del martirio, si aceptaban hacer un simulacro de la aprobación del mal o solamente pasar por no ser cristianos o no cumplir sino sus observancias más secretas; es la petición que el mundo no deja de hacer cada día: sacrificarle la propia reputación, que debe conservar todo nuestro cuidado. [*Dichosos seréis cuando os maldigan y os persigan y por mi causa digan falsamente todo tipo de mal contra vosotros (Mt 5,11)*]²².

240. En el camino de la perfección no son solamente sobre los principios esenciales de la fe sobre los que debe guardarse la reputación de las personas religiosas; también es necesaria la reputación de todos los frutos de la luz que derivan de ella, como son las virtudes cristianas y esa pureza de las virtudes morales santificadas por el cristianismo.

241. Venidos de parte de un alma cuya veracidad siempre fue reconocida, un sí o un no se imponen; el signo, la hora o un tono de voz se hacen obedecer, si proceden de ese alma cuya inflexibilidad en un oficio es invariable; la dulzura, la bondad que no han sido desmentidas nunca, atraen la confianza de los corazones más atormentados o más temerosos. Las virtudes **[31]** son como un cúmulo de todas las armas preparadas; la reputación es como la muralla que, rodeando a esas armas, les da seguridad contra los ataques y las hace cien veces más respetables en la defensa y en el ataque. El menor detalle omitido en la propia reputación puede convertirse en una brecha en la muralla.

242. En las relaciones con el exterior, el cuidado previo de la reputación y las disposiciones adecuadas para sostenerla son tan esenciales que esas relaciones deben ser descuidadas o abandonadas por completo desde el momento en que la reputación pueda ser equívoca o estar comprometida, por ligero que fuera el ataque, lo que hace intuir cuánto podría dañar al objeto del Instituto la falta de precauciones a este efecto.

243. Cada una de las Hijas de María debe estar decidida a aplicarse a las virtudes y a la perfección cristiana de manera que, si es difícil y penoso llegar a ella, los malvados no tengan un pretexto para rebajar el celo y el empeño que ellas habrán puesto en ello durante su vida, como si fuera una semilla confiada a las buenas obras, que renacerá bajo otras manos más perfectas²³.

Sección cuarta

Las necesidades de la vida común

Alimentación, ropa, otras necesidades, privaciones,
estado de salud, de enfermedad, de debilidad, de vejez.

²¹ Al margen de este artículo se lee: *Vae que dicitis malum bonum et bonum malum ponentes tenebras lucem et lucem tenebras ponentes, amarum dulce et dulce amarum (Is 5,20)*.

²² Al margen de este artículo se lee: *Beati estis cum maledixerint vobis et persecuti vos fuerint et dixerint omne malum adversus vos mentientes, propter me [Mt 5,11]*.

²³ En el margen de este artículo se lee: *Quod si assequi difficile atque nimis arduum est, saltem hanc adhibemur vitae nostrae diligentiam ne mentes occasionem inveniant detrahendi*. Jerónimo, *ibídem*. El pasaje: « si es difícil... en ello durante su vida » es una trasposición libre del texto de san Jerónimo citado en el margen.

§ 1º: Alimentación y lo que ella comprende²⁴

244. Los alimentos deberán ser suficientes para personas que trabajan, pero estarán compuestos de carnes y cosas comunes.

245. En el espíritu del artículo precedente, el servicio de la vida corporal será como sigue.

días ordinarios

En el desayuno, una rebanada de pan y leche; se puede añadir café con moderación.

En la comida, la sopa, una porción de carne o pescado, una porción de legumbres y una fruta o lactinico, confitura, etc.

En la cena, los domingos, martes y jueves: carnes asadas o pescado que no sean pesados.

Los lunes, miércoles, viernes y sábado: huevos y legumbres o ensalada, en cantidades suficientes.

[días] extraordinarios

En la comida, los días de fiestas anuales de Nuestra Señora, o de recepciones, **[32]** un plato más.

días de ayuno

NOTA. El ayuno es voluntario y solamente de devoción. No puede hacerse cuando hay ya alguno en la semana, ni entre Pascua y Pentecostés. En los demás tiempos queda fijado exclusivamente los viernes.

En la cena del viernes: la ensalada y el postre.

En la colación, un cuarterón de pan, una fruta o legumbre, ensalada, etc., sin poder acumular dos cosas; el pan sin ser tasado para aquellas que no estén en edad de ayunar.

El Viernes Santo

En la comida, viernes santo, legumbres, tubérculos y frutas sin pescado.

246. Las carnes usadas serán: el buey, la ternera, el carnero, el cordero, el cerdo fresco o confitado según las estaciones. Poca carne de otras especies.

247. La ración de carne o de pescado fresco y salado no podrá, antes de la preparación, ser de menos de cuatro onzas²⁵ por boca, ni mayor de cuatro onzas y media.

248. Los restos de comida serán recogidos limpia y cuidadosamente, para ser distribuidos cada día a los pobres, salvo las reservas para uso de la casa.

§ 2º: La ropa

249. El vestido será común, modesto y pobre, suficiente sin embargo para proteger al cuerpo de los efectos insalubres de las diversas estaciones.

250. El vestido comprende los hábitos, la ropa interior y todos los complementos necesarios a la persona para que pueda decirse que está vestida.

251. Cada Hermana tendrá un hábito y un recambio ajustado a su talla y marcado con su número. La ropa interior será común y marcada con la marca uniforme de la casa. Los complementos y los recambios seguirán los números de la persona.

²⁴ El autor se inspira, aunque simplificándolo y adaptándolo, en el texto de LESTONNAC, o. c., «Orden y reglamento para la alimentación tanto ordinaria como extraordinaria», pp. 215-220.

²⁵ En aquella época y en Francia la onza equivalía a 30,6 gramos.

252. Los vestidos de invierno se pondrán el día de Todos los Santos; los vestidos de verano hacia la Pascua, según la temperatura que reine y los días en que la Madre Superiora haya dado la orden a la Hermana ropera.

[33] 253. El hábito de las Madres religiosas será el considerado como el hábito completo de la Orden; los tejidos para cada pieza distinta de ropa serán uniformes para todas, en la medida en que sea posible.

254. Las Hermanas novicias se distinguirán por el velo y por alguna variación en el tejido y en el largo del hábito.

255. Las Hermanas conversas no llevarán velo; llevarán el hábito de un tejido más resistente y más corto.

§ 3º: Otras necesidades distintas que la ropa

256. Las diversas necesidades comprenden el mobiliario, los utensilios y la ropa diferente de los vestidos. Cada uno de estos suministros se constituirá en primer lugar con los mismos objetos que aporten las religiosas admitidas en la casa, de los bienes comunes, sin que ninguna pueda llamar suyo lo que haya ofrecido como limosna al convento, debiendo tomar únicamente el uso de lo que le sea destinado bajo las órdenes de la Superiora.

257. En la medida de lo posible, los suministros de todas las necesidades que se tratan en este apartado, serán en el futuro y poco a poco transformados en adquisiciones que sean uniformes.

258. El mobiliario se compondrá solo de los muebles indispensables: una cama sin ninguna apariencia de pompa y sin molicie, pero suficientemente provista; una mesa, cuatro sillas a lo más, un crucifijo, una pila de agua bendita; una imagen de la Santísima Virgen, la de la patrona y algunos otros santos y santas de devoción. Algunas tablas como estantería y algunos pequeños efectos.

259. Los utensilios se reducirán a los que sean útiles para la limpieza del lugar y de la persona, incluidos una jarra de agua y una palangana para lavarse las manos y la cara.

260. La ropa distinta de los vestidos no deberá comprender casi nada más que las sábanas, la toalla y los paños para quitar las pelusas²⁶ y el polvo.

261. En este estado, la mayor necesidad de cada Hermana será la del orden y la limpieza, signo ordinario de la delicadeza propia del sexo femenino, que aplicarán a su habitación y a sus personas con facilidad y que les está permitido procurarse sin lesionar otros deberes; como si preparasen sus dormitorios y sus celdas tan indignas para recibir en ellas a Jesucristo.

[34]

§ 4º: Privaciones

262. La vida religiosa es una vida de privaciones en el sentido del mundo y, si se tienen en cuenta los apetitos, de la naturaleza. Es una vida totalmente celeste cuando cada privación natural es una dulzura para el alma y nos acerca cada vez más a los bienes verdaderos. Pero en el presente capítulo la palabra privación se refiere solamente a los hábitos de la vida y en tanto en cuanto la naturaleza puede y debe soportarlas para los fines propuestos.

263. Las privaciones no tienen por objeto atenuar las fuerzas del cuerpo y las facultades del espíritu; sino solo contener los diversos apetitos en una justa medida. La regla general es no vivir para usar todas las cosas, sino usar solo adecuadamente cada una de ellas y en tanto solo que es preciso para actuar bien.

264. La riqueza de los hábitos, la molicie en el dormir, la búsqueda de platos, la saciedad en la comida y otras cosas análogas son totalmente opuestas al espíritu del Instituto;

²⁶ La palabra francesa es *bourrier*, que es explicada en nota como «cosas menudas y suciedad que se quitan al limpiar». [*Ramasse-bourrier* es «recogedor» (N. T.)].

pero las privaciones en las que se abstuviera una de una limpieza suficiente en el vestido, de una cama para los momentos de reposo, de platos que se sirven para todas o de la cantidad necesaria para la subsistencia serían privaciones mal entendidas, que perjudicarían más o menos los medios y los fines del Instituto.

265. Las privaciones de tal género que fueran mandadas o concedidas en reparación de abusos contrarios, no deberían serlo sino en la medida de una prudente discreción; los miembros del Instituto no deben imponérselas secretamente a sí mismas. Si la Providencia las hiciera inevitables por acontecimientos inesperados, habría que aceptarlas bendiciéndolas.

266. Todas las privaciones de cosas que la educación, las antiguas relaciones, el lujo y las costumbres habían transformado en necesidades, entran en la vida de mortificación y en el voto de pobreza, dos causas que deben hacer amar la amplitud y la duración de semejantes privaciones.

267. También hay privaciones para el corazón y la mente, que son esenciales para complementar la regla; privarse de todos los propósitos que ofendan a otro y de aquellos que halagan nuestra vanidad [35] y nuestro amor propio, tal como puede verse en las reglas de los recreos (artículos 132 y siguientes).

268. Una de las privaciones para la que es más constantemente necesaria la atención, es la de la voluntad personal. El hábito de un tal estado es el cumplimiento del voto de obediencia.

269. Si la privación que se hace de las frivolidades, de algunos afectos y de algunos gustos terrestres, si el espíritu de curiosidad que ya no se tiene la ocasión de mantener y satisfacer pueden turbar²⁷



10. REGLAMENTO DE LA MADRE SUPERIORA

Tras el Reglamento general, he aquí el de la Madre Superiora general. Este texto fue redactado por el sr. David Monier durante el año de la fundación de las Hijas de María. Se sabe que al final de diciembre de 1816 la Madre de Trenquelléon poseía este Reglamento²⁸. Al leerlo, no puede uno impedirle ver a la Madre Fundadora, que lo puso en práctica durante los doce primeros años, siendo el alma de la comunidad de Agen y del Instituto entero. El texto se halla en AGMAR 38.8.1, pp. [1-18] en una libreta de 12 x 18 cm.

[1] 1. La Madre Superiora es el alma de la comunidad por el ejemplo, por los consejos y por la vigilancia.

2. Es el alma de la comunidad por el ejemplo, de modo que respecto a esto es de desear que llegue a ser objeto de veneración y que gobierne más con las virtudes que con la autoridad.

3. Confianza en Dios, amor al Instituto y deseo de su propia perfección, este es el espíritu que la Madre Superiora debe inspirar y mostrar permanentemente a la comunidad.

4. Ejemplo en el amor a todos sus deberes, se aplicará [2] constantemente al estudio de las cosas espirituales al mismo tiempo que al estudio del gobierno que se le ha confiado y a los asuntos que de él dependen en todos los sentidos.

5. En el estudio de las cosas espirituales, asidua a la oración mental y atenta a descubrir los caminos que conducen de esta a la perfección religiosa, verá escritas en todo ello

²⁷ Todos los manuscritos de los que disponemos terminan con esta palabra, prueba de que el *Reglamento general* se quedó sin terminar.

²⁸ CHAMINADE, *Cartas I, o. c.*, n. 81, 30.12.1816, p. 209.

estas palabras: obediencia a los Superiores, observancia de las Reglas, imitación de los grandes ejemplos, edificación y consuelo del prójimo.

6. Cuando la obediencia de la Madre Superiora al Superior es, por así decir, sobreabundante, es cuando obtiene a la vez orden y consejo; es lo que previene el mal antes de que haya nacido, lo que permite que ella procure el remedio en cuanto hace falta; es la andadura de la que [3] conviene dar ejemplo y que todas deben tener más y más cercano para caminar hacia la perfección.

7. La observancia de las reglas por la Madre Superiora es más poderosa que las reglas mismas. ¿Quién pretenderá excusarse de los ejercicios, de las prácticas y de las abstinencias; quién podría desear distracciones y preferencias en las cosas comunes cuando todas las cargas de un gobierno no le dan pretexto para ello a la Madre Superiora?

8. Se admiten excepciones a las observancias con la opinión combinada del médico, del confesor y algunas veces de las Consejeras. Esto tiene que ser por causa de necesidad humana o por necesidad de alguna obra incompatible y que es más [4] esencial al espíritu del Instituto, pero la verdadera [excepción] es rara y su abuso es peligroso. Y no es nada extraordinario aceptar esa excepción solo por obediencia y cuando se está forzado a someterse a ella.

9. La imitación de los grandes ejemplos que se debe proponer la Madre Superiora se limitan principalmente a dos: el de Nuestro Señor Jesucristo y el de la Virgen, su santísima Madre, ambos dos modelos de misericordia, de amor, de dulzura y de caridad.

Que estas imágenes sirvan de ejemplo a aquella que debe gobernar aquí abajo a las Hijas de esta Madre adoptiva.

10. Como edificación y consuelo de los subordinados, la Madre Superiora será siempre la primera en aceptar y abrazar lo que contraría más [5] las tendencias del corazón y el orgullo de la mente, mortificaciones de las inclinaciones naturales, humildad, modestia, paciencia, discreción, etc.

11. Que se la encuentre en todas partes: en la Misa, en la mesa común, en los recreos, en los ejercicios de todo tipo, a veces descendiendo a los empleos menos relevantes de la comunidad.

12. Con su ejemplo sostendrá a las que están agobiadas, enseñará a todas que el trabajo, de cualquier tipo que sea, absuelve al pecador ante la justicia de Dios y santifica la vida del justo.

13. Es el alma de la comunidad con el consejo. Es con el consejo de la Superiora como deben comportarse perpetuamente aquellas a las que ha repartido los diferentes oficios.

[6] 14. Cada Madre y cada Hermana tienen por igual la facultad de ir a consultar a la Madre Superiora en sus necesidades personales.

15. A fin de dar abasto, en la medida de lo posible, a tantas demandas, la Madre Superiora ha debido aplicarse a comprender bien el Instituto, los Reglamentos generales y cada uno de las Reglamentos particulares. No le ha bastado con leerlos y meditarlos; ha debido consultar las cosas menos claras y todas las dudas con los Superiores más formados.

16. No basta con que esté instruida a fondo en todas las Reglas; además es necesario que ella pueda hacerse oír y que puedan explicarse ellas mismas todas las Hermanas de la Orden y todas las personas que tengan que consultarla.

[7] 17. Su acogida afable debe inspirar confianza. Se mostrará siempre dispuesta a escuchar a cada una en su oficio o en sus problemas, sus inquietudes y sus tentaciones personales, por pequeñas que sean las observaciones, y todas las respuestas deben llevar el signo de un verdadero cariño.

18. En el caso de que se trate de asuntos muy importantes, tomará nota por escrito para volver a reflexionar sobre ello, y dejará tiempo para la respuesta, según sea esta más o menos urgente.

19. Con este medio, su consejo llegará a tiempo y de modo conveniente a la comunidad en general y a cada una de las personas que forman parte de ella.

20. Es el alma de la comunidad por la vigilancia²⁹ que hay que extender **[8]** en primer lugar a los oficios desde el primer nivel hasta el último, teniendo en cuenta que la vigilancia debe ser mayor y más habitual cuanto más importante y más habitual sea el empleo.

21. No es suficiente con haber dado a cada una de las Oficiales sus reglas: hay además que asegurarse que las conocen, que se preocupan de seguirlas y de hacerlas seguir y ejecutar, que no encuentran obstáculos en ello.

22. Para asegurarse de que las Oficiales conocen bien sus reglas, la Superiora exige que las lean con atención cada semana y a menudo ella está presente.

23. Para saber positivamente **[9]** si se ocupan en cada empleo de seguir y de hacer ejecutar las reglas, es preciso que la Superiora sepa llegar en el momento de la ejecución, observando y advirtiendo cuando es el caso, asumiendo ella misma por un momento el cargo de jefe.

24. En cuanto a lo que es un obstáculo, la Superiora sabrá mostrar [cómo] evitarlo por arreglo y prudencia o [bien] su autoridad dispensará de ello cuando haya concurrencia de obligaciones o sobrecarga preocupante, de modo que la dispensa se vuelva útil al Instituto y a la edificación.

25. Esta vigilancia se ejercerá sobre la Madre jefe de la oración, sobre la de las obras en el interior y en el exterior, **[10]** sobre la Madre principal de la instrucción, sobre la Maestra de novicias, sobre la de las Hermanas conversas, sobre las Directoras del internado y de las clases, y por último sobre las Madres y las Hermanas que dirigen los oficios de cualquier tipo que sean.

26. La buena elección de las Oficiales hará este trabajo menos penoso, sobre todo si es tal que no necesita frecuentes cambios de personas; que en cada puesto se excluya la ociosidad con la ocupación ordenada y que la sobrecarga encuentre adjuntas y ayudantes adecuadas.

27. La vigilancia de las personas por separado, comporta iguales detalles y penas, pero es una necesidad para la Madre Superiora llevarla a cabo.

[11] 28. Se trata³⁰ en esta atención que versa sobre lo personal, por así decirlo, de cada sujeto, de observar y llegar a conocer su natural, su educación y los dones de la naturaleza y de la gracia con los que está dotado, a fin de dirigir todos a la virtud y a los fines del Instituto, con prudencia y discreción, según la diversidad de los espíritus y de las inclinaciones.

29. Hay que tener cuidado de que la utilidad o la necesidad que tendría la Madre Superiora para entrar en una especie de familiaridad o de conceder gran indulgencia a algunos caracteres para el bien que se esperaría conseguir con ello, no comprometa a algunas personas a [no] considerar como exigencia y rigor para sí mismas la ejecución de la Regla.

[12] 30. Hay que vigilar mucho para que esta diferencia de conducta esté y parezca dirigida al mayor bien del Instituto. Jesucristo consoló a los Apóstoles [de la predilección] que mostró por san Juan; y por otra parte José supo perdonar a sus hermanos los celos que habían tenido contra él. Que estos ejemplos de la diversidad de vocaciones lo sean también del respeto que cada una debe a los signos externos que a veces a Dios le agrada dar a los que señala, en su seguimiento, según quiera elevarlos o humillarlos.

31. Una vigilancia general sobre la disposición de los espíritus y una vigilancia totalmente especial para algunos casos de excepción no dispensan a la Madre Superiora de una vigilancia temporal **[13]** tanto de las personas como de las cosas materiales.

32. Algunas Hermanas son mayores, están inválidas, enfermas, convalecientes o débiles. No piden nada, pero tienen necesidad de cuidados. La vigilancia de la Madre Superiora es su Providencia.

33. Las demás son demasiado jóvenes, tímidas, prestas a caer en la tristeza, llamadas a una mayor mortificación, etc. La Madre Superiora, según los tiempos, los lugares y las

²⁹ Los artículos 20 a 22 se inspiran en LESTONNAC, o. c., «Reglas de la primera Madre», n. 17, p. 98.

³⁰ Los artículos 28 a 30 se inspiran en *Ibid.*, n. 10, p. 93.

personas les dará, les ordenará si es preciso, los ejercicios corporales, los alivios y lo recreos que les proporcionarán una santa alegría.

34. Al consagrarse en el templo, **[14]** todas han renunciado a sus necesidades personales. Le corresponde a la vigilancia de la Madre Superiora proveer a todas los medios de limpieza, de decoro de las ropas y de la casa y de todas las cosas en las que la abnegación y la pobreza religiosa quedan al cuidado de ella sola.

35. La misma causa animará toda la vigilancia de la Madre Superiora para hacer cuidar la entrada de las pensiones y de otras sumas que podrían deberse a la comunidad, como también para proveer a que no se deje perder nada en el interior, provisiones y objetos de consumo que más valdría en todos los casos hacer distribuir entre los pobres.

36. Para terminar, un último tema de vigilancia le es ofrecido más especialmente **[15]** a la solicitud de la Madre Superiora: es activar el bien y alejar las ocasiones del mal.

37. En el Instituto tener celo por el bien y suscitarlo en las demás consiste en que hay que animar a la vez la oración, las obras y lo referente a la enseñanza. Hay que suscitar el celo sin rebasar las fuerzas de los que se emplea en ello y de modo solamente que no se vea en ningún sitio ningún signo de negligencia.

38. Nada coopera tanto a este común y saludable esfuerzo como una santa unión, una caridad que no deja lugar alguno a las **[16]** turbaciones y a las divisiones; o que, en todo caso, disponiendo los espíritus si hubiera algún fallo momentáneo a darse mutua satisfacción, volviendo a unir con más fuerzas lo que parecía querer separarse

39. Para³¹ alejar las ocasiones del mal, uno de los principales cuidados a guardar en el siglo en que vivimos, es la vigilancia a la entrada y a la salida, de libros, objetos de vanidad, juegos y planes, nuevas diversiones y otras cosas impresas, grabados y objetos de ligereza de los que el mundo se ocupa sin cesar.

40. La vigilancia de cartas, tarjetas y otros escritos que igualmente entran y salen, a menos que no esté dirigidos a los **[17]** Superiores, impedirá la circulación de muchas cosas vanas u ofensivas y de todo objeto prohibido por el espíritu de la religión.

41. Además, una última regla por guardar por la Madre Superiora, con el mayor rigor, es la de no recibir en la comunidad nada a título de custodia o depósito que pueda comprometerla con el gobierno o con simples particulares, pues el monasterio debe quedar al margen de las miras seculares y de las agitaciones del mundo.

42. La Madre Superiora, por lo tanto, permanecerá en el centro de la comunidad para ser su alma con el ejemplo, con el consejo y con la vigilancia.

[18] 43. Buscará constantemente los fines del Instituto y en esos fines, el bien de la comunidad, la perfección de las Hijas de María cuya dirección detenta, la exaltación de su Madre y la gloria de Dios.

44. Es sobre la Madre Superiora sobre la que, sin duda, reposará el fardo del Instituto, pero encontrará fuerzas en el fervor por la oración y no se relajará nunca en la aplicación y en la vigilancia en el gobierno.



11. REGLAS DE LA MAESTRA DE NOVICIAS Y DEL NOVICIADO DE LAS HIJAS DE MARÍA

Este texto es un trabajo redactado poco después del Gran Instituto (finales de 1816), porque supone conocidos los artículos 413 a 470 del mismo, que comenta y desarrolla. Son numerosas e interesantes las precisiones hechas aquí desde los orígenes sobre la formación de las postulantes y de las novicias.

³¹ Este artículo se inspira en *Ibid.*, n. 39, p. 106.

Clasificado en AGMAR 38.8.1, se trata de una libreta encuadernada de 11,5 x 17, 5 cm., que ocupa las páginas [19-113]. En AGMAR 38.8.4, páginas [1-10] se conserva un borrador autógrafo del sr. David Monier, titulado Reglas de la Maestra de novicias. Es el original de la segunda parte de este documento.

[19] Es en gran parte de la dirección de las Maestras de novicias de lo que depende el progreso de los sujetos que deben un día sostener el Instituto y hacer fructificar todas las virtudes de la religión.

Los trabajos del noviciado mal concebidos o mal regulados, aunque solo sea por un tiempo breve, son ocasión de traer, unos años más tarde, la ruina de las comunidades mejor fundadas aparentemente.

[20] El objeto esencial del noviciado es hacer a las novicias aptas para la vida religiosa, en el objeto y en los fines del Instituto.

La Maestra de novicias no puede llegar nunca a este doble objeto si no está dotada e imbuida de ciertas cualidades, de las que hay que hablar en primer lugar, y si no está llena de una serie de principios que tiene el deber de transmitir.

[21] § 1º: Maestra de novicias

La Maestra de novicias debe conocer los mejores libros³² que han tratado la vida espiritual, y habérselos hechos familiares. Se encontrarán algunos de los indicados... a continuación de los reglamentos.

Entre los diversos métodos que conducen a la perfección religiosa, debe preferir aquel cuya sencillez está al alcance del mayor número de personas.

Sea el que sea el método que siga, no debe nunca restringirse a él rigurosamente, sino con **[22]** las modificaciones que su propia práctica y la experiencia de personas que ha conocido bien podrán sugerirle, reservando para casos concretos lo que se aparta demasiado de la vía ordinaria.

La Maestra de novicias debe igualmente conocer bien el *Instituto* y los reglamentos generales y particulares de la Orden.

Es preciso que haya captado su verdadero espíritu y que sepa cómo llegar a unir la práctica de la oración mental, el ejercicio de las obras y la facultad de recibir y dar la instrucción cristiana.

[23] Es de desear que la más hábil en formar prudentemente a las Hermanas novicias sea también la más exacta en la práctica habitual de todas las virtudes y que se perfeccione en ellas cada día.

Por último³³, a estas cualidades, a estos talentos y a estas disposiciones pueden juntarse a veces esa dulzura y esa amabilidad que atraen a las alumnas, les hace gustar más todas las lecciones y canalizan, por así decir, su confianza y las llevan a descubrir su interior tanto más voluntariamente cuanto más ayuda y consuelos retiran de ello.

Una Maestra de novicias así dispuesta cederá fácilmente a los impulsos de una Madre **[24]** de la más elevada capacidad; la reemplazará en muchos aspectos.

Designará con esmero una ayudante³⁴ que sea fiel a la dirección regular de toda su conducta y versada en las cosas espirituales.

³² Este apartado se inspira en LESTONNAC, o. c., «Reglas de la Maestra de novicias», n. 6, p. 124. Siguen en las páginas 124-125, un «Catálogo de libros de los que debe servirse la Maestra de novicias». La lista prometida en nuestro texto no llegó a hacerse.

³³ Este párrafo se inspira en *Ibid.*, n. 3, p. 123.

³⁴ *Ibid.*, n. 4, p. 123.

§ 2º: Noviciado

El local del noviciado deberá ser, en la medida de lo posible, distinto y separado del resto de los edificios de la comunidad; pero estará situado en la misma clausura.

Si hay alguna dificultad **[25]** para realizar perfectamente esta disposición, será preciso al menos afectar al noviciado una sala particular de ejercicios, un dormitorio o cámaras separadas.

Será necesario que en el refectorio común, las novicias y su Maestra tengan una mesa separada; igualmente tendrán un lugar designado para el recreo, el coro y los otros lugares de ejercicios.

Si incurren en alguna falta³⁵ en esos lugares, cuando sean comunes por no poder tenerlos separados, no sufrirán penitencia alguna, a menos que la Madre Superiora la ordene ella misma, pero deberán someterse a ella en el noviciado, una vez que hayan vuelto a él.

[26] § 3º: Ejercicios de las postulantes

Al principio hay que acostumbrar a las postulantes al silencio, al recogimiento, a la obediencia y a soportar las mortificaciones.

Estas cuatro disposiciones, una vez hechas habituales, prepararán el camino al estudio de todas las demás virtudes.

La regla del silencio prohíbe a aquella a quien se la ha propuesto no solo la conversación de palabra, sino además cualquier comunicación por escrito recibido o enviado.

[27] No se guarda verdaderamente el recogimiento cuando la mente, en lugar de ocuparse de algunos puntos de vista sobre un tema o una reflexión propuesta, se pasea en diferentes recuerdos y en proyectos vagos y extraños, o permanece flotando, desocupada entre varias ideas inconexas y que se borran rápidamente.

Cuando el recogimiento es vago, por falta de ejercicio habitual, debe entonces centrarse en un tema muy general, como sería la imitación de las virtudes de la Santísima Virgen, la perfección de la vida religiosa, la bondad y las otras perfecciones de Dios, **[28]** el odio de nuestros pecados y otros temas religiosos, sin permitir a la mente volver sobre los apegos humanos y tomando nota de sus distracciones en este tema, a fin de poder corregirse de ellas.

La obediencia no consiste solo en cumplir tal como están mandados los diferentes ejercicios del noviciado, sino también en sufrir distintas condiciones, someterse a los trabajos que exigen las distintas necesidades, pasar así en calidad de ayudante bajo la autoridad de las diversas jefes de enfermería, de ropería, de la cocina y otros oficios, incluso los menos relevantes; obedecer en todo lo que está mandado, sin **[29]** alteración de mente ni de corazón y siempre con perfecta sumisión y gran caridad.

El soportar, que a veces se convierte en amor a las mortificaciones, somete el orgullo más escondido de la mente y la delicadeza de los sentidos. Una preferencia rehusada a quien creía merecerla; una acción denegada a quien pensaba mostrar cierta facilidad o cierto talento para ella; una regañina dada cuando se creía recibir un elogio; la privación de un mueble, de un vestido nuevo o que gustaba para sustituir un objeto parecido ya usado y desagradable, y mil cosas parecidas van abriendo lentamente el camino de la cruz allí donde nuestra debilidad tiene tantas dificultades para querer embarcarse en él.

[30] La postulante comenzará por seguir los ejercicios de piedad ordinarios; encontrará infaliblemente en ellos la fuerza y los consuelos que le harán amar las pruebas de su nuevo estado y la comprometerán a perseverar en él.

³⁵ *Ibid.*, n. 5, p. 123.

Se concederá a las postulantes un tiempo razonable de recreo y emplearán una parte de él en la lectura de algunos pasajes que la Maestra de novicias les designará: pueden servir a este objeto la *Imitación de Cristo* y las *Virtudes de Nuestra Señora*³⁶.

Las postulantes destinadas a ser Hermanas conversas, si no saben leer, escucharán la lectura.

[31] Las unas y las otras encontrarán ocupación por cuanto se las designará a algunos ensayos de lo que saben hacer, escritura, trabajo de aguja³⁷, etc. Las Hermanas postulantes se ocuparan en labores corporales y cada una por separado en la medida que sea posible.

Las cuatro primeras prácticas por enseñar a las postulantes, las del silencio, recogimiento, obediencia y soportar las mortificaciones, igual que todas las demás virtudes de las que tendrán que ocuparse después, se les deberán proponer con prudencia y discreción³⁸, según el estado, el ánimo y la fuerza de cada una de ellas. A este efecto, se las instruirá poco a poco **[32]** y con dulzura, de la manera conveniente para que se dirijan hasta el fin propuesto y para desprenderse de los obstáculos que el tentador redobla a veces en esta época.

Es preciso que la primera entrada por las vías de la abnegación y de la pobreza no repela a la naturaleza o la prive de fuerzas; estas son necesarias para cumplir las miras del Instituto.

Se comenzará por no halagar el cuerpo y no permitir que el espíritu se relaje; no dejar que se fortalezcan las pasiones ni las malas inclinaciones.

Una vez tomadas con las postulantes estas precauciones por parte de la Maestra de novicias, **[33]** es preciso no dejar pasar ocho días sin llegar a hacer con cada una de ellas un examen de su estado interior.

Se las habrá hecho avisar de ello por medio del confesor, y la Maestra que las dirige las avisará ella misma de que lo hagan con toda sinceridad en sus respuestas y de que el disimulo que pudieran poner en él compromete su conciencia³⁹.

Podrán bastar en el primer examen las miras que tienen para entrar en religión, las circunstancias externas que han concurrido a su propósito, la [facilidad] o las resistencias que experimentan para guardar el silencio y el recogimiento, **[34]** someterse a una obediencia completa y a las mortificaciones, algunas palabras sobre la abnegación de sí misma y sobre el espíritu de pobreza religiosa. No faltará asegurarse si el celo por su progreso en religión sigue igual, si disminuye o si aumenta.

Si en las respuestas de una postulante algún tema exigiera el secreto⁴⁰, se lo guardará severamente, si no es con la Superiora a la cual está permitido revelárselo, y con la cual sería mejor que la postulante quisiera encargarse ella misma de esa confesión, sobre lo cual convendrá **[35]** darle un tiempo suficiente para decidirse.

Si el examen no puede realizarse en una sola vez, se empleará en él tantas nuevas sesiones como sea necesario, incluso se dejarán notas escritas para llegar a conocer lo que hay que mantener, lo que es preciso reformar en la mente y en el corazón, en las prácticas y hábitos de la postulante.

La Maestra de novicias hará un informe a las Consejeras sobre si el sujeto en cuestión acaba la primera probación o la prolonga, lo que es ordinariamente lo más prudente.

[36] Si se prolonga la probación, en ese caso se deberá emplear a las postulantes en los trabajos y empleos de la casa, cuando no estén de retiro, manteniéndoles la regla de no comunicarse para nada con las personas del exterior y de guardar silencio con las de dentro.

³⁶ En LESTONNAC, o. c., «Reglas de la Maestra de novicias», a continuación del n. 6, en el «Catálogo de libros de los que puede servirse la Maestra de novicias» se indican: «Gerson, De la Imitación de Jesucristo; El libro de la *Imitación y virtudes de Nuestra Señora*».

³⁷ Esta primera parte del párrafo se inspira en *Ibid.*, n. 17, p. 129.

³⁸ El texto dice «dirección».

³⁹ *Ibid.*, n. 13, p. 127.

⁴⁰ *Ibid.*, n. 14, p. 128.

Es el momento de destinarla como ayudante a uno de los empleos de la comunidad, escogiendo para ella entre los oficios aquel cuya jefa posea cualidades y hábitos más análogos a la necesidad moral de la postulante.

Durante este tiempo, la Maestra **[37]** de novicias cuidará de mantener diversas entrevistas y al menos una conversación cada día con la postulante, para informarse de sus esfuerzos, de sus progresos y de sus retrasos en el estudio de la religión, ayudarla, dirigirla y socorrerla en la necesidad.

Tras un mes más o menos de pruebas la postulante será llevada al noviciado; se podrán mantener con ella algunas conversaciones sobre la humildad, sobre la modestia, sobre la pobreza religiosa, etc., etc., de las cuales virtudes las dos primeras se explicarán en la segunda probación y la última forma parte de los votos **[38]** de religión. (Ver *Instituto*, capítulo 6, libro 1º)⁴¹.

Se podrá hacer un tercer ensayo de la primera probación, tras un mes o dos, con nuevas pruebas en otro oficio distinto del primero, y en un tercero si el plazo es de dos meses; tras este plazo se recomenzará el retiro y el ejercicio para el examen. La Madre Superiora con el informe que se le hará y tras haber examinado al sujeto ella misma, si así lo quiere, decidirá despedirla o admitirla a título de novicia.

[39]

§ 4º: Actos civiles relativos al noviciado

El día en que sea admitida la postulante a tomar el hábito de novicia, firmará en un registro destinado a ello el acta de su admisión, en la que se hará constar si es recibida en calidad de Hermana profesa o Hermana conversa.

Igualmente firmará el estado detallado de los efectos que haya aportado. Para las dos actas citadas arriba y si la Hermana novicia no sabe firmar, se mencionará ello expresamente con **[40]** declaración que la Maestra de novicias ha firmado como si firmara en efecto por ella.

Las fórmulas de estas actas serán siempre parecidas para cada novicia y tal como se las encuentra al final del *Instituto*⁴².

§ 5º: Ejercicios del noviciado

Aunque las novicias no tengan necesidad de aprender el método antes de practicar los hábitos que alejan del vicio y que conducen a las más altas **[41]** virtudes y aunque la diversidad de espíritus en el noviciado obliga incluso a emplear con cada novicia una parte del plan adoptado de antemano, no hay que concluir que el método de dirigir pueda ser ignorado por la Maestra de novicias; al contrario, es consecuente pensar que las novicias no estarán nunca mejor guiadas como por la Maestra que conciba todo su trabajo bajo un pequeño número de puntos de vista, en los que encontrará fácilmente las reglas y las excepciones.

Lo primero que hacer respecto a las novicias **[42]** es asegurarse que tienen una cierta idea del modo como conviene rezar; en todo caso se la dará o bien se corregirá la manera imperfecta como hayan rezado hasta entonces.

Es esencial que el modo de rezar sea uniforme en los mismos ejercicios y en los mismos tiempos, que se considere un deber mantenerlo siempre y enseñarlo a las otras.

La oración vocal debe implantarse para todas las personas de la comunidad, en el mismo libro y no presentar más que una sola versión; el rosario debe enseñarse con uniformidad perfecta.

⁴¹ Remite al *Instituto de las Hijas de María* (documento n. 6 de este volumen) o *Gran Instituto*, 3ª parte, «Las personas», capítulo 6, «Los votos de religión en el Instituto».

⁴² De hecho estas fórmulas no se incluyeron al final del *Gran Instituto*.

[43] La oración con actos o invocaciones pronunciadas, lo que se llama oraciones jaculatorias, debe tener igualmente sus formas habituales y deberán por lo general aprenderse.

La meditación u oración mental se hará sobre el punto dado cada día a todas las novicias a la vez.

En general, los ejercicios del noviciado tienen por objeto enseñar la vida religiosa y las obras propuestas como fin del Instituto.

La vida religiosa que hay que enseñar a las novicias comprende los medios de disminuir día a día las imperfecciones y los de adquirir las virtudes; se subrayan **[44]** especialmente las prácticas que conducen a este doble fin, entre las cuales se encuentran el modo de examinarse a sí misma y el de someter a otra el efecto que se experimenta de las instrucciones recibidas.

El modo de examinarse y el de dar cuenta de la impresión que causan las instrucciones y del fruto, grande o pequeño que de ellas se sacan, [debe seguir, para las novicias, el método de la oración⁴³] que se ha debido regularizar o enseñárselo lo primero de todo.

Las prácticas del silencio, del recogimiento, de la obediencia y de soportar las mortificaciones, que habrán empezado a aprender como postulantes pero que deben perfeccionar por las pruebas en el **[45]** noviciado, figuran en el tercer nivel, no de importancia, sino de orden, para la instrucción de las novicias.

Ya se ha dicho que las reglas de la humildad y de la modestia habían debido proponerse en la primera prolongación de la probación; en el noviciado se debe proponerlas especialmente siguiendo la instrucción incluida en las reglas particulares nº...

Basta con decir aquí que estas virtudes religiosas deben enseñarse y practicarse sin tristeza ni melancolía, sin ninguna pereza ni nada que se parezca a la comodonería.

Para conseguir ayudar a todas según la necesidad moral que **[46]** pueden tener, hay que aplicarse a conocer a cada una en particular; atraerlas con dulzura, cuidarlas atentamente con conversaciones particulares, darles con ciertos miramientos los avisos que pueden obrar en ellas buen fruto y aplaudirles las confidencias que hagan sobre todo en lo concerniente a su conducta.

De este modo, las novicias trabajarán por su perfección, mientras que al mismo tiempo estarán sometidas a las pruebas de las diversas condiciones bajo las jefes de los diferentes oficios en que ejercerán las funciones de ayudantes, un mes bajo cada jefe, para llegar volver al noviciado y al examen.

[47] Mientras que la Maestra de novicias se ocupará sin descanso y con todos sus cuidados de sugerir a cada una de sus alumnas la virtud que le sea más necesaria, tampoco deberá perder de vista los fines del Instituto.

Para recordar los tres fines del Instituto a las novicias, se les dará una instrucción al comienzo de cada mes, y alternativamente de mes en mes, por las Madres de celo, de instrucción y de trabajo, siempre con la asistencia de la Maestra del noviciado.

La Madre de celo, que será la primera en empezar, expondrá **[48]** que el Instituto tiene por objeto esencial unir y combinar la oración mental, la instrucción y las obras.

Explicará cómo la oración mental debe ser el alma de la vida religiosa, pues el ser humano no es nada por sí mismo y no puede avanzar en sus cualidades útiles y en sus virtudes sino en la medida en que pida a la gracia su asistencia divina.

El ser humano que no ha buscado su luz y su descanso solo en Dios, no presenta nada más que turbación en el entendimiento, confusión en el corazón y desorden de todas las pasiones.

Jesucristo ha querido que **[49]** los cristianos pidan para recibir, que busquen para encontrar y que llamen para que se les abra, palabras que encierran el precepto, el consejo y todo lo que se debe esperar de la oración.

⁴³ La frase entre paréntesis falta en el manuscrito (AGMAR 38.81, p. 44). Ha sido incluida por un archivista.

La Madre de celo exhortará, por lo tanto, a las novicias a que busquen agradar a Dios, glorificarlo en todo y no tener otras miras que su voluntad y su agrado, buscar[lo] con respeto y humildad, unirse íntimamente a Dios en todas las actividades de la vida y especialmente en las de devoción.

Les dirá que es **[50]** cuando estén bien instruidas en las cosas espirituales, cuando no omitirán nada para adquirir los demás puntos de perfección que, con la gracia, las llevarán a la observancia entera de lo relativo al Instituto.

La Madre de instrucción, al comienzo del segundo mes, sin omitir lo que pueden la oración mental y las obras cristianas en una vida religiosa, presentará como segundo objeto del Instituto la instrucción que hay que adquirir y difundir.

Dejadles acercarse a mí, decía Jesucristo al hablar **[51]** de los niños que querían llegar hasta él, *porque a ellos les pertenece el reino del cielo* [Lc 18,16].

Hay que obedecer esta voz de nuestro divino Maestro y abrir a los niños la entrada que los acerque a su Salvador; se les llama y se les lleva de la mano hasta sus pies.

Es con estas miras con las que la Madre de instrucción recomendará a cada novicia aplicarse a aprender de memoria la doctrina cristiana⁴⁴, de la que tendrán que dar cuenta a su Maestra al menos una vez a la semana, **[52]** fijada el domingo, a las dos de la tarde.

Se les leerá la explicación en Belarmino, Granada, el Padre Émond Auger⁴⁵, etc.

La Madre de instrucción recordará que, según la doctrina de san Pablo [cf. 1 Cor 14,35; 1 Tim 2,12] y la práctica constante de la Iglesia, no se ha permitido a las mujeres enseñar los dogmas y explicar los misterios. Pero que pueden hacer recitar el catecismo, enseñar las oraciones, hacer la lectura de buenos libros, indicar la manera de prepararse bien a la confesión y de obtener una **[53]** santa comunión, escuchar dignamente la santa misa, rezar el rosario, santificar el tiempo y los recreos con propósitos convenientes y cantos santos, etc.

La Madre de instrucción recomendará con insistencia a las novicias la exactitud y la atención a las exhortaciones, a las lecturas y a las conferencias sobre todos los temas de los que deben servirse un día en la enseñanza a los demás para el fin del Instituto.

Una palabra sobre la necesidad de santificar algunos otros conocimientos referentes a las **[54]** artes civiles tales como la lectura correcta, la escritura, el cálculo y algunas tareas manuales inflamará quizás todas las mentes por este triple objeto y conduce a un solo fin: la oración mental, las obras y la semilla de la buena instrucción.

La Madre de trabajo vendrá el mes siguiente para recordarles la eficacia de la oración mental en cuanto que es más perfecta; pero advirtiéndolas de que, si la oración mental no está acompañada de buenas obras, se caería en un estado de ilusión que llegaría a ser funesto.

[55] Que si se tiene la dicha de estar en comunicación con Dios, por ejemplo por su inmensa caridad, es para volver con un celo y un coraje celeste, si fuera preciso, a socorrer a los miembros de Jesucristo sufrientes o en peligro de perecer, a provocar, solicitar para ellos ayudas que una misma no sabría darles, y hacer poner el fuego de esa misma caridad en los que se instruye o a los que una se acerca.

Si se ha cultivado la dulzura y la clemencia divina, es para llevar al seno de aquellos con los que se hace el peregrinaje de la vida **[56]** los rasgos principales y los colores más vivos que se han podido contraer al contacto con esa misma dulzura.

Persiguiendo así cada virtud, se hará ver en las obras que pueden relacionarse con ello cómo la oración mental es el remedio de las imperfecciones, la luz para los distintos talentos y el alma de todas las buenas acciones.

⁴⁴ Estos tres párrafos sobre la doctrina cristiana se inspiran en LESTONNAC, o. c., «Reglas de la Maestra de novicias», n. 33, pp. 135-136, que solo citan a «Belarmino y al Padre Émond».

⁴⁵ Por ejemplo, para BELARMINO (jesuita, 1542-1621), Explicación del Símbolo de los Apóstoles y de la Doctrina cristiana; para LUIS DE GRANADA (dominico, 1504-1588), Memorial del cristiano o también El Catecismo o Introducción al Símbolo de la fe; para el P. ÉMOND AUGER (jesuita, 1530-1591), Catecismo y Sumario de la Religión cristiana.

Por lo demás se debe hacer comprender a las Hermanas novicias que todas las acciones en la comunidad son de caridad, de buenas obras no solo para con los otros miembros del Instituto, [57] sino también en cuanto los trabajos manuales y corporales menos importantes son una participación en los trabajos destinados a las obras externas y a la instrucción cristiana.

Tampoco hace falta dejar que las novicias ignoren que, a pesar de la separación del mundo, las obras no son menos numerosas y menos importantes, tales como las comuniones atrasadas, la admisión en las clases de personas en peligro de ignorar de otro modo los caminos de la salvación, los trabajos emprendidos [58] gratuitamente en favor de las familias indigentes de los inválidos y de los enfermos; algunas ayudas en las salas o a domicilio, las reuniones de las clases de la Congregación de María y otras muchas cosas, no incluida la instrucción que produce una obra, antes de otras cosas parecidas; que si están estas obras animadas y sostenidas por el espíritu de la oración mental, deben no dejar vacío alguno en la vida transcurrida bajo las reglas del Instituto.

Las Madres de los tres fines del Instituto renovarán alternativamente y mensualmente estas instrucciones, [59] de las que se ha querido dar una idea más que imitar su desarrollo.

Ese día las novicias sometidas a pruebas en diversos empleos deben ser llamadas al noviciado.

La Maestra de novicias seguirá los planes que serán [trazados]⁴⁶ por las tres jefes, las cuales se pondrán de acuerdo entre todas y con la Madre Superiora. Se debe dejar a la prudencia de la Maestra de novicias mezclar convenientemente y para dar descanso a la mente de las [60] alumnas, las exhortaciones, las conferencias y las lecturas, y hacerlas alternativamente sobre el Instituto, sobre las Reglas que de él dependen y sobre las virtudes claustrales: incluso dispensarlas de ellas cuando hubiera habido instrucción cristiana en la iglesia.

Sobre cualquier tema que verse la instrucción, el método habitual consiste en hacer una lectura de un pasaje del que la Maestra de novicias da la explicación, añadiendo los desarrollos que pueda conocer [o]⁴⁷ que tome de algún libro acreditado, o del ejemplo de algún santo que fue dirigido [61] por el mismo espíritu en parecida vocación, o de la autoridad de algún personaje notable en la religión.

Los ejercicios del retiro durante el noviciado deben celebrarse al menos dos veces si son de quince días y al menos cuatro veces si son de ocho días, lo que queda a la decisión de la Madre Superiora según las circunstancias. El examen sigue a cada retiro. Tras la lectura del Instituto y de las Reglas comunes, se escribe el examen y las respuestas. Es deseable que el retiro esté destinado al mayor número; que sea dado por un sacerdote [62] acostumbrado a tratar las cosas espirituales y que conozca los fines y el espíritu del Instituto.

Las instrucciones y las pruebas no pueden suprimirse incluso cuando razones de salud u otras de menor importancia parecieran pedirlo, pero en todos los casos en los que la Madre Superiora lo crea útil, pueden eliminarse. A pesar de la regla del silencio y del recogimiento y de toda su importancia, se le deberá permitir a las novicias hablar de cuando en cuando con sus padres y otras personas conocidas.

[63] Estarán sometidas a la regla del locutorio, que pide que se esté acompañada por la Hermana que designe la Madre Superiora, y que los temas se traten con pocas palabras. Les podrá igualmente estar permitido a las novicias charlar entre ellas, si la Superiora así lo ha permitido por la presunción de que pueden contribuir a su progreso respectivo.

Si charlan sin permiso, deben ser sometidas a una penitencia y a no reincidir⁴⁸.

⁴⁶ El manuscrito dice «situados».

⁴⁷ El texto dice: «y».

⁴⁸ Estos cuatro párrafos se inspiran en LESTONNAC, o. c., «Reglas de la Maestra de novicias», nn. 39-40, p. 138.

[64]

ÚLTIMOS TRABAJOS DEL NOVICIADO

Una vez hechas las pruebas bajo los diversos jefes así como en los retiros, acabadas de desarrollar las tentativas para desarrollar las disposiciones a las virtudes religiosas y el celo para con los fines del Instituto, hay que preparar a los sujetos para los votos de religión.

Es el momento de desarrollarles por completo la obediencia y las santas mortificaciones, **[65]** la castidad y [la abnegación]⁴⁹ de toda loca alegría, la pobreza y la completa abnegación de sí misma, la clausura y la renuncia al mundo.

Se abrirá una semana de retiro.

La Superiora nombrará un confesor, con el que cada novicia hará su confesión general.

La Maestra de novicias tendrá que declararle a la Madre Superiora, sobre cada sujeto, si lo cree apto para el bien de la religión y la gloria de Dios; si tal novicia le parece sensata, juiciosa y dócil; si el mundo no la ha **[66]** mimado; si tiene inclinación a la vida religiosa y a prestarse a aprender de las demás, particularmente de la juventud; si tiene salud adecuada a este trabajo y a la vida del claustro.

A cada novicia se le propondrá un último examen, se recibirán sus respuestas por escrito y se las comparará con los exámenes anteriores.

La Superiora y las Consejeras tendrán que decidir si estas disposiciones han cambiado para bien o para mal, o si, siendo buenas, han perseverado.

[67] Si el informe de la Madre de novicias y la decisión de la Superiora y de las Consejeras fueran desfavorables, se advertirá a las personas que la habían entregado a la casa para que la retiren.

Si la decisión es favorable, se preparará todo para los votos.

REGLAS DE LA MADRE DE NOVICIAS⁵⁰

El día de la entrada de una postulante, la Maestra **[68]** de novicias, advertida de que está a la puerta y pide ser introducida, va en persona y en compañía de otras religiosas y las Hermanas novicias que designe.

Abierta la puerta a petición de la Maestra de novicias, la postulante es introducida y la puerta se cierra inmediatamente.

La Maestra de novicias abraza con caridad a la que llega, y todas las novicias y las hermanas presentes hacen lo mismo.

La Maestra de **[69]** novicias toma entonces de la mano a la nueva postulante, las siguen todas las que han asistido a la entrada y se dirigen así al apartamento de la Madre Superiora, que la bendice y le da su acogida maternal.

Desde allí, la postulante es llevada a los lugares en que están la Maestra de celo, la de instrucción y la de trabajo, cada una de las cuales le dice y hace todo lo que puede contribuir a la edificación.

Por último, la postulante es llevada al noviciado, **[70]** en donde la Madre de novicias la presenta a las que no habían sido designadas para la recepción en la puerta. Las Madres que no son del noviciado se despiden y se retiran.

En tal día está permitido conceder algunas señales de santa alegría a todas las novicias: como romper el silencio durante un cierto tiempo, conceder el perdón de alguna falta pasada, prolongar un recreo o conceder alguna otra suavización que pueda ser agradable a todas,

⁴⁹ El manuscrito dice: «la obediencia».

⁵⁰ A partir de aquí y hasta el final del texto, disponemos, además del manuscrito AGMAR 38.8.1, del borrador mismo del sr. David Monier, titulado «Reglas de la Maestra de novicias» clasificado como AGMAR 38.8.4, fascículo de 20 x 31 cm. de 16 páginas, de las cuales están escritas 10.

previniendo a la recién llegada que no [71] son en modo alguna cosas normales y que la única causa de ellas es la alegría de su entrada.

Por lo demás, la Maestra de novicias le hablará en general de las Reglas de la vida religiosa, según el Espíritu con el que la gracia quiera inspirarla. Se habrán tomado, si son necesarias para el nuevo sujeto, algunas disposiciones temporales.

Las reglas de la cena, de la lectura, de la oración de la tarde y de acostarse, así como las de levantarse y de las oraciones y ejercicios del día siguiente por la mañana se llevarán a cabo [72] con la postulante, que será dirigida y enseñada amistosamente.

Cuando la Maestra de novicias le haya propuesto practicar las reglas del silencio, del recogimiento, de la obediencia y de soportar las mortificaciones, adelantándole los frutos y las dulzuras, sin disfrazarle las dificultades que aumentan los esfuerzos del enemigo de la salvación, tratará de dejarla llena de coraje y de buenas disposiciones.

Cada día la Maestra de novicias o una de sus ayudantes [73] tendrá como tarea explicar a la postulante una de esas reglas, total o parcialmente, con el espíritu que se comenta a continuación.

La regla del silencio prohíbe a aquella a quien se le ha propuesto no solo la conversación de palabra, sino también toda comunicación por signos, exceptuados los de deferencia permitidos por el *Reglamento general* en los encuentros y que se limitan a un saludo amable o de respeto⁵¹.

La misma regla del silencio prohíbe toda comunicación por escritos enviados o por escritos recibidos.

La regla del recogimiento [74] es no dejar pasear vagamente la propia mente por recuerdos profanos, pero tampoco dejarla flotar largo tiempo en ideas generales de enmienda o de perfección que presenten una sombra de buenos propósitos pero que no son sino ilusión y no producen fruto alguno, mientras no se las concrete como la corrección particular de un vicio o la adquisición de una virtud.

Esta regla del recogimiento, cuando no puede cumplirse exactamente desde los primeros días por falta de ejercicio, debe atraer toda la atención de la Maestra de novicias [75] o de la ayudante encargada de la postulante.

En este caso se puede proponer a la postulante recogerse, por ejemplo, sobre la imitación que quiere hacer de las virtudes de la Santísima Virgen, pero a condición de que escoja una para su objeto final y de que dé cuenta del motivo y de los efectos que ha experimentado con ello; las virtudes de Dios, las perfecciones de la vida religiosa, el odio al pecado en general y muchos otros temas presentan las mismas ventajas de dejar al recogimiento planear, por así [76] decirlo, lo que se le puede permitir pero a condición de que se pose en una rama de libre elección.

A continuación, hay que llevar la mente a recogerse en torno a un tema más preciso, pero sobre un solo punto, que se contempla bajo dos o tres aspectos limitados.

El mayor vicio del recogimiento es que la mente, en lugar de seguir el objeto que se le ha propuesto, vuelva sobre apegos humanos y se alimente de ellos con complacencia; estos tipos de desvíos son tema de examen que es necesario no omitir; si fueran largos y frecuentes, se sustituiría el recogimiento con la oración vocal, las elevaciones [77] del corazón a Dios y los cantos sagrados.

La obediencia consiste en la completa abnegación de la propia voluntad y en la perfecta sumisión a todas las condiciones en las que a la Providencia le guste ponernos.

Para probar estas disposiciones en las postulantes, es de regla, tras haber experimentado en el noviciado lo que saben hacer y los talentos naturales para los que demuestran mayor aptitud, ponerlas en toda clase de empleos subordinados y a este efecto colocarlas bajo las [78] Oficiales que se desenvuelven exclusivamente en las cosas temporales menos relevantes.

⁵¹ Ver más arriba *Reglamento general* (documento n. 9), artículos 19-21.

La prueba bajo cada una de las jefas de estos oficios es aproximadamente de un mes, tras el cual la postulante es devuelta al noviciado, para fortalecerse en la instrucción y en las demás virtudes.

El espíritu de obediencia se consigue cuando la postulante obedece constantemente a todo lo que se le manda, bien sometiéndose, bien haciéndolo con afecto; es preciso en un caso y en otro que lo haga con santa alegría, con espíritu de **[79]** caridad y sin alteración ni repugnancia.

Soportar las mortificaciones debe ser la virtud de aquellas que están menos dispuestas naturalmente a la obediencia, aunque soportar las mortificaciones le conviene a todos los caracteres.

La disposición y el coraje para soportar las mortificaciones tienen por objeto someter el orgullo escondido en la mente y la delicadeza mundana de nuestros sentidos.

Se nos hace una censura cuando esperamos un elogio, se nos rehúsa una preferencia cuando **[80]** creíamos merecerla, se nos prohíbe una acción en el momento en que nos apetecía y en el que íbamos a mostrar nuestra habilidad y nuestro talento.

Por otra parte, puede ocurrir un caso tal como tener que [reemplazar], en caso de necesidad, un vestido de recambio o un velo nuevo por objetos usados que han servido a otras⁵².

Mil y mil cosas parecidas en las que nuestra sensibilidad es grande, están destinadas con frecuencia a abrirnos lentamente el camino de la cruz, en el que nuestra debilidad tiene tanta dificultad para comprometerse.

La enseñanza dada cada **[81]** día a la postulante sobre las cuatro disposiciones primeras para la vida monástica debe tener sus horas fijas, a fin de que la postulante pueda dedicarse en la medida de lo posible a los ejercicios y trabajos del noviciado y de la comunidad.

Para que los ejercicios comunes no se retrasen a causa de la postulante recién entrada, se la entrenará al principio en la práctica según la cual se hacen las oraciones habituales de la mañana y de la tarde, o en lo normal de la jornada, y se le enseñará la práctica del convento sin permitir que ella cambie ni una sola palabra ni el orden de ninguna oración.

[82] En las lecturas que se designarán, deberán entrar más habitualmente *La imitación de Jesucristo*, el libro titulado *Las virtudes de Nuestra Señora*, etc.

Las ocupaciones del mismo tipo que las que eran normales para la postulante antes de su entrada en la comunidad, no son solo asuntos de trabajos, sino también objeto de alegría y consuelo. Los hábitos rotos se convierten frecuentemente en germen y principio de la melancolía.

Otro medio de alegrar el espíritu de la postulante es enviarla durante unas horas como ayudante de uno **[83]** de los oficios con los que su gusto concuerde más, como podría ser la plantación de flores o de verduras, la ropería o la enfermería, según las estaciones y los trabajos temporales, al presentarla a ella la vida contemplativa peligros especiales, que hay que evita cuidadosamente.

La regla general (278)⁵³ de no desalentar nunca a la naturaleza humana ni privarla de sus fuerzas se añade a la de entrar, sin embargo, en las vías de la abnegación y de la pobreza sin vuelta atrás; y se concilian mutuamente.

Por la primera de las dos reglas, no se ordenará ni se permitirá, ni en general ni en **[84]** particular, ninguna otra austeridad; por la segunda, se limitará a darle al cuerpo lo que le es necesario sin prestarse a mimarlo.

⁵² El texto del manuscrito es de difícil comprensión. Dice así: «Por otra parte, de un vestido de recambio, de un velo nuevo, se los cambia por objetos...».

⁵³ Esta cifra remite al artículo 278 del *Gran Instituto*, redactado al principio en forma de cuadernos conservados en AGMAR 38.4.4. En la edición definitiva (documento n. 6) este artículo corresponde al a. 427.

Para no desanimar a la naturaleza ni privarla de sus fuerzas, se permitirá algún respiro moral al espíritu y al cuerpo; pero sin rodeos se impedirá que las pasiones y las malas inclinaciones puedan nacer y hacerse fuertes en él.

Los exámenes sobre el estado de la postulante no tendrán lugar sino después que se haya confesado con el sacerdote ordinario, el cual habrá sido avisado cada vez por la Maestra de novicias, a fin de que él [85] colabore con esta a llevar a la postulante a responder con toda sinceridad a los temas de examen, porque el disimulo en este punto no es simplemente una mentira sino una falta grave que compromete su salvación.

Si en las respuestas de la postulante un hecho, una revelación o una confesión exigiera el secreto, es obligación guardarlo religiosamente, si no es con la Superiora, que será informada por la Maestra de novicias, salvo que la postulante, que deberá ser avisada de ello previamente con miramiento y dulzura, no prefiere ella misma [86] llevar a cabo esta revelación a la Madre Superiora y contando con el secreto religioso de esta última.

Cuando se haga el informe de cada examen, se tomará nota sumaria de él, para saber, al final, si el celo por la entrada en religión permanece igual o cuáles han sido las variaciones en uno u otro sentido.

Si se constituye en tiempo del postulantado, la Maestra de novicias, mientras somete a la postulante a las pruebas bajo los jefes temporales de los diversos oficios, mantendrá con la postulante una conversación al menos diaria, para informarse de sus esfuerzos, de sus progresos y [87] de sus atrasos, dirigirla, ayudarla o disponer de otro modo si fuera necesario.

Cuando una postulante es recibida como novicia, se abrevia el ceremonial de su toma de hábito, para que no crea que ha llegado a su fin principal y no se detenga en las vías de la perfección. Por el contrario, es el momento de ponerse a la obra y de considerar como nada lo que se ha hecho hasta ahí para prepararse a ello.

La Maestra de novicias debe ser conocedora de que la diversidad de los espíritus y los diferentes métodos con los que los [88] sujetos han podido ser guiados antes de entrar en el noviciado, le hacen necesario disponer de las reglas sobre la conducta en la vida monástica, para conducir a ellas a sus alumnas; la práctica de la virtud, sus fines.

Si el tiempo del postulantado es demasiado corto o por cualquier otra razón no se ha podido enseñar a rezar a la postulante de una manera uniforme y según los usos adoptados en la comunidad, no se debe perder un instante para enseñarla tan pronto como esté en la categoría de las novicias y con toda la precisión recomendada en el Instituto.

[89] La Maestra de novicias, conocedora de los secretos de su vida espiritual, aplicará a cada alumna el método que sea más apropiado a sus necesidades. Para poder llegar a hacer esta elección, debe en primer lugar conocer el carácter y los hábitos de cada una de sus alumnas.

La práctica del examen a mediodía y por la tarde es singularmente idónea para entrar en los repliegues del corazón y conocer la profundidad de cada hábito, a condición de que se haga bien este examen.

Para lograrlo, la Maestra [90] de novicias debe hacer con ellas y para ellas los exámenes con el mayor detalle, poniéndolas en disposición de hacerlos solas más tarde. Podrá hacerlo a veces de hora en hora; es así como se persiguen las propias imperfecciones y como se ejercitan en la virtud que se desea adquirir.

La necesidad de perfeccionar en primer lugar a las alumnas en el silencio, el recogimiento, la obediencia y soportar las mortificaciones no puede dejarse al margen impunemente.

La⁵⁴ que no sabe guardar silencio, no sabe guardar su alma. El orgullo dicta [91] lo que deja escapar sobre sí misma y es difícil guardar la caridad cuando se habla de otro.

⁵⁴ A partir de aquí y hasta la página [104] sigue, pero con variaciones notables, el texto del *Gran Instituto*, artículos 53-84, tanto en la edición antigua en cuadernos (AGMAR 38.4.2) como en la que hemos presentado en el documento n. 6 (AGMAR 38.4.1).

La que no conoce el recogimiento, no conoce la virtud de Dios en el corazón del ser humano; sus sentidos están ocupados y su alma permanece presa de los objetos externos y perecederos.

La que no sabe permanecer bajo la obediencia y ceder sin resistencia, se encierra en su solo poder; no sabe colaborar con la potencia y las virtudes del jefe y de todos para los que se va a actuar. Vil criatura por sí misma, se queda, al aislarse, en lo que es; **[92]** por el contrario, obedeciendo a una comunión santa y numerosa, ella se convierte en imagen de esta y su acción tiene todo el poder de ella; es jefe de una línea fuerte y profunda; en cuanto desobedece, es un soldado caído y que se arrastra por tierra fuera de las filas.

La intolerancia y el no soportar las mortificaciones, en una vida en la que hay tantas, es otra imperfección cristiana, una falta de virtud que aísla igualmente a cada persona, no permitiéndole ocuparse sino de sí misma, como un ser humano sometido a picantes comezons, que no tiene voz para quejarse ni hechos para actuar sobre su **[93]** mal, desgarrándose en ocasiones y ocupando únicamente en sí a todos los que le abordan.

Además de estas razones naturales que caracterizan los cuatro puntos de preparación a la vida común, ¡cuántos otros motivos no encontrará la Maestra de novicias para las virtudes requeridas para entrar en el convento, si examina los libros santos y los grandes ejemplos de Jesucristo y de María, su santa Madre, Madre adoptiva de las Hijas del Instituto!

Jesucristo guarda silencio y recogimiento **[94]** durante la mayor parte de su vida; no se ocupó nunca de cosas exteriores, sino para hacer milagros; no habla a los seres humanos sino para instruirlos eficazmente; no permaneció menos sumiso y obediente para los trabajos más comunes de la vida y en el orden natural a San José, su custodio, y a la Santísima Virgen; las mortificaciones fueron el brebaje ordinario de su vida conocida; se recogía varias veces para prepararse a ella, obedeció hasta la muerte de cruz; verdadero Cordero de Dios, bebió el cáliz de las **[95]** amarguras sometiéndose a las ignominias y a la muerte, y gritando: ¡Dios mío, si es vuestra voluntad, que se cumpla vuestra voluntad!

La vida entera de la Santísima Virgen en la tierra es la lección del silencio, del recogimiento profundo, de una sumisión perfecta y de una larga cadena de mortificaciones inauditas que llevó sin murmurar hasta el pie de la cruz de su Hijo.

Si el silencio, el recogimiento, la obediencia y soportar las mortificaciones son las verdaderas preparaciones a la vida religiosa, la humildad, la modestia, **[96]** la abnegación de sí mismo y la pobreza o renuncia a las cosas del mundo son su consumación.

La humildad natural consiste en estimarse menos de lo que se vale, la humildad cristiana en conocer sus miserias, su nada, y verse en la verdad siempre digno de abajamiento.

La modestia es el hábito de velar o dejar desconocidas las propias ventajas del espíritu y del cuerpo, que no son sino sombras y, según la Escritura, vanidad de vanidades [cf. Ecle 1,1].

La modestia nace de la verdadera humildad y es su signo.

[97] La falsa humildad no es más que hipocresía y continua mentira, va unida al orgullo, mendiga los aplausos y solo se ocupa de sí misma, aunque diga lo contrario; consiste en muecas; es un artificio del amor propio, que se abaja para que se le ensalce.

La verdadera humildad es la que anonada al ser humano ante Dios; la que le hace sufrir las injurias, las afrenta y las persecuciones sin impaciencia ni murmuraciones, sin desear enaltecerse en su espíritu ni en el de los demás; ataca al amor propio y lo aniquila en el corazón; oscura y permaneciendo ignorada **[98]** por elección, no suscita ningún aplauso, se contristaría por ellos y es la base de sólidas virtudes.

La abnegación de sí mismo es la renuncia a su cuerpo y a su espíritu, la sumisión de todas las facultades a la dirección del Espíritu Santo y a su santa voluntad. El voto de castidad y la calidad de Esposa de Jesucristo pedirían esta abnegación, incluso si no fuera necesaria además a la perfección cristiana.

Lo pobreza, esa que viene del espíritu y que solo ella es entera y absoluta, es a las **[99]** cosas del mundo lo que la abnegación es a las facultades y cualidades personales: es la renuncia a todo lo que es inherente a la persona.

Todas las virtudes, de preparación o de consumación para la vida religiosa, no se adquieren en un solo día ni con un solo intento, sino por medio de cuidados asiduos y constantes esfuerzos por practicarlas.

Cada sujeto experimenta ordinariamente contrariedades, pruebas y tentaciones peligrosas; la Maestra de novicias debe mostrar el camino a sus alumnas; vencer las contrariedades con la dulzura, las pruebas más largas con la **[100]** constancia y las tentaciones de cada tipo de mal con la práctica de otras tantas virtudes contrarias.

Las novicias inclinadas a las virtudes designadas por sus estudios, enseñadas a cultivarlas y a perfeccionarse en ellas cada día, serán preparadas al estado religioso, pero les será necesario otro trabajo para establecerse sólidamente en los fines que se propone la Orden de las Hijas de María.

Los tres fines son la oración, la instrucción y el trabajo; están definidos por el *Instituto*.

El primer anuncio de estos tres fines por la Madre de oración habrá impresionado a las jóvenes **[101]** novicias, de tal modo que no deban perder ya su recuerdo, pero no es solo teóricamente y por especulación como serán formadas en los tres fines.

La Madre de novicias les anunciará que es preciso comenzar por formarse en la oración mental.

Pedir a Dios la fuerza de combatir cada uno de sus defectos, comenzar por el más peligroso, adquirir una ventaja cada día, un arma contra ese defecto, continuar la oración mental hasta que esté derrotado, y pasar todos los demás defectos importantes por la misma prueba.

[102] Pedir a Dios adquirir las virtudes necesarias en el orden que dirigirá la Maestra de novicias, no trabajar en la adquisición de las virtudes sino una detrás de otra, pero con perseverancia.

Levantarse del agotamiento y de la debilidad, defenderse o curarse del ardor desconsiderado o de la exaltación.

Cuando se ha terminado este largo ejercicio, recomenzar para purificar al alma de sus restos de manchas y tinieblas, y para perfeccionar una a una las virtudes más necesarias.

Tal será el trabajo continuo y siempre creciente de la oración mental **[103]** en la vida religiosa. Porque sea el que sea el grado al que haya llegado el ser humano, aún puede subir en estas elevaciones celestes, que son infinitas.

Hay que proteger a las jóvenes alumnas del peligro de buscar en esto su sola satisfacción y de complacerse en ella, la criatura ocuparía el lugar de Dios y el ídolo sería abominable.

No se pretenderá, por lo demás, en la corta duración del noviciado, llevar a las alumnas a un grado muy elevado de esta primera empresa; bastará con que adquieran claramente el método y que se aperciban de su amplitud; eso constituirá la carrera de su **[104]** vida monástica, primero en las horas consagradas a este ejercicio durante toda su vida, y además cuando hayan obtenido mantenerse habitualmente en la presencia de Dios en medio de sus trabajos.

Puesto que la explicación de las obras como fin del Instituto se ha remitido a otra parte de este mismo *Instituto*, no hay necesidad alguna de extenderse sobre más obras que las internas a la comunidad.

Todas las obras comunes se sitúan no solo en el orden de la caridad recíproca entre las Hermanas y miembros de la comunidad, sino además para **[105]** favorecer los grandes esfuerzos de la caridad con el mundo, cuya dirección llevan los jefes, obras que pueden tener efecto solo si se desprenden de las necesidades inmediatas.

El cuadro de obras con las personas del exterior, si la Maestra de novicias cree deber indicarlo, recordará sucintamente que en nombre del Instituto se procuran retiros a las personas vinculadas a la piedad, refugios para las primeras comuniones atrasadas; que se emprenden trabajos a la mano con las familias indigentes, con los enfermos y **[106]** con los inválidos, que se distribuyen ayudas en las salas o a domicilio, que se reciben y dirigen las

Congregaciones marianas, etc., etc., y que las obras son tan numerosas que la vida más laboriosa podría fácilmente colmarse con las obras del Instituto.

Sería prematuro enseñar a las novicias a entrenar a otras, cuando deben solo prepararse para el futuro; solo con este objeto, en vistas de la caridad de Jesucristo, hay que animarlas a practicar y perfeccionar los talentos que pueden ser un día la fuente de estas obras.

La instrucción, que es uno de los tres fines del Instituto, debe desarrollarse algo más que **[107]** las obras, sin serlo tanto como la parte que trata de la oración mental.

Este ejercicio, destinado a los cuidados de la Madre de oración, [puede confiarse a la Maestra de novicias; pero en ese caso, la Madre de oración]⁵⁵ deberá asistir, siendo la intención que las alumnas reciban la manifestación de los fines del Instituto en circunstancias que impresionen toda su atención.

Tras este ejercicio, la Maestra de novicias las dirigirá por los caminos de la oración, como se ha dicho más arriba.

Los trabajos habituales y los que se harán en las pruebas bajos los diversos jefes temporales serán las obras que deberán llevar a cabo con espíritu de caridad.

[108] Pero es al estudio de la doctrina y de las costumbres cristianas a lo que las novicias deben aplicarse especialmente, por ser el fondo principal de la instrucción que deben transmitir y propagar.

A este efecto, cada una de las novicias deberá aprender de memoria las lecciones de la doctrina cristiana, en el catecismo de la diócesis. Dará cuenta del estudio de la semana, cada domingo a las dos del mediodía.

Para la explicación se tomarán cada día a Belarmino, Granada, el P. Émond, Auger, etc., los catecismos de Montpellier, de Angers, etc.⁵⁶.

En cuanto a las costumbres cristianas, se leerá un pasaje del P. **[109]** de Fleury o de algún historiador de la primitiva Iglesia⁵⁷.

El método habitual de explicar la doctrina y las costumbres consistirá en leer la lección o el pasaje, que debe ser siempre suficientemente corto, y añadir el desarrollo que la Maestra haya aprendido ella misma o que tomará de un buen libro, del ejemplo de algunos santos o de la autoridad de algún personaje notable en la Iglesia.

En todos los ejercicios concernientes a las novicias en general, la Maestra seguirá los planes trazados por la Madre Superiora, tras haber consultado esta con el Consejo general.

[110] Sea el plan que sea el que se siga, será prudente a fin de aliviar la mente de las alumnas, entremezclar las exhortaciones, las conferencias y las lecturas; orientarlas alternativamente al *Instituto*, a las reglas comunes, a las virtudes claustrales y suspender todos estos ejercicios cuando las novicias tengan que asistir a las instrucciones que se hagan en la iglesia.

El examen cada tres o seis meses, a continuación de los retiros, sobre el espíritu y el estado de cada novicia, da lugar a otros tantos informes o notas que se fecharán y que recogerán el crecimiento o la variación del espíritu monástico en el sujeto examinado.

[111] Las excepciones a las reglas del silencio y las disposiciones relativas al locutorio deben concederse en el marco de las reglas comunes del apartado del locutorio, que no se han derogado.

Los castigos por comunicación prohibida y su recaída son graves, puesto que hay falta a la regla y a la obediencia, sin embargo hay que considerar la ligereza o la capacidad del sujeto y no exasperarlo por una falta cuya gravedad no hubiera percibido.

Mejor es prevenir el mal con la vigilancia que tener que castigarlo.

⁵⁵ El texto entre paréntesis es del sr. David Monier, p. [9] de su manuscrito, en el margen.

⁵⁶ Ver en este mismo documento las pp. [51-52].

⁵⁷ Ver más arriba, el *Gran Instituto* (documento n. 6) a. 154, que da referencias más precisas.

[112] El último examen constituye la prueba definitiva de los exámenes precedentes, de los que se han debido guardar notas escritas, y la comparación hará ver la solidez del espíritu y la constancia en el propósito de consagrarse, o bien se verá en ellos el trabajo de las tentaciones vencidas, o el espíritu de ligereza que debe mantener a los jefes en gran reserva sobre la admisión.

Los defectos que hacen a un sujeto inadmisibles son las cualidades opuestas a las necesarias para la admisión (artículo 19 a 26), las que implican la exclusión (artículos 27 a 31)⁵⁸ y, por último, algunos defectos naturales casi incorregibles, si el noviciado no los ha reducido, tales como los espíritus ligeros e inconstantes, el carácter orgulloso y arrogante, el humor [113] sombrío y melancólico y un natural raro y difícil.

E. FORMACIÓN EN LAS VIRTUDES RELIGIOSAS

12. DIRECCIÓN SOBRE EL INSTITUTO DE LAS HIJAS DE MARÍA

El Instituto de las Hijas de María de 1815 (documento n. 2) desarrollaba dos novedades que iban a marcar fuertemente las dos fundaciones religiosas del P. Chaminade: en un aspecto estructural, los tres Oficios de celo, de instrucción y de trabajo, y en el aspecto más espiritual, en el ámbito del Oficio de celo, el método de las virtudes morales juzgadas indispensables para todos los miembros de las dos nuevas Órdenes religiosas⁵⁹.

El sr. Juan Lalanne, en sus Ejercicios espirituales de 1818 (documento n. 23) y el sr. David Monier en la Dirección sobre el Instituto de Hijas de María van a desarrollar este método original, que implica las «virtudes de preparación y de consumación» con todo un «trabajo de purificación» entre las dos.

Animado y guiado por el P. Chaminade, el sr. David Monier emprendió esta redacción ocupándose de ella en varios momentos entre 1816 y 1819. Esta Dirección debía facilitar a la Madre de celo y a la Maestra de novicias la iniciación progresiva de todos los miembros del Instituto en la práctica de las virtudes consideradas fundamentales. Datamos, pues, el documento en 1819, fecha del final de la redacción en su estado actual.

Este largo texto se encuentra, total o parcialmente, en muchos cuadernos de Hermanos, prueba de su extensión a los miembros de la Compañía de María. El texto completo que aquí se reproduce, con correcciones del P. Chaminade impresas en VERSALITAS, está clasificado en AGMAR 18.3.1, pp. [1-42]. Las páginas [1-24] son de escritura desconocida y las páginas [27-42] son escritura del sr. Collineau, estando en blanco las páginas [25-26]. Existen otros dos textos completos: AGMAR 18.25.1, pp. [57-58 y 84-92] y AGMAR 19.11.1, páginas [44-100]. Varios textos parciales: AGMAR 18.9.1, páginas [1-26]; 18.12.1, páginas [124]; 19.3.1, páginas [1-22]; 19.5.1, páginas [65-74]; 19.22.1, páginas [19-42 y [8-19] y 20.39.1, páginas [1-29].

⁵⁸ Estas cifras remiten a los artículos 19-26 y 27-31 del *Gran Instituto*, en su forma de cuadernos (3ª parte, capítulo segundo, en AGMAR 38.4.4) o en la edición definitiva citada más arriba, documento n. 6, artículos 219-226 y 227-231.

⁵⁹ Este método se encuentra indicado esquemáticamente en el *Instituto de las Hijas de María* de 1815, documento n. 2, artículos 6-9, reproducidos en el *Pequeño Instituto*, documento n. 4, artículos 6-9 también.

[1] Las virtudes que se han definido a lo largo de las Constituciones pueden concurrir a enriquecer las almas que quieran meditarlas y hacer de ellas un ejercicio más habitual. No es, por lo tanto, lo que caracteriza especialmente a las Hijas de María.

Lo que caracteriza a los miembros de cualquier Orden es la forma que adoptan habitualmente de un método que se les hace común. Es el espíritu que tienen de una enseñanza uniforme, cuyos principios, progresos y el estado más completo guardan como un aire de familia en cada sujeto en ellos enseñado. Es de observar que las naciones mismas adoptan también ese aire, que las provincias, en tanto que se les ha dejado tener costumbres particulares, se HAN distinguido también por él; se podría alargar esta observación mucho más, pero sería inútil para las miras de este escrito.

El objeto es buscar en qué dirección se dará el aire y el carácter de familia que se cree que hay que procurar a las Hijas de María.

El *Instituto* de esta Orden⁶⁰ propone el estudio y el ejercicio de las virtudes en tres tiempos sucesivos y como en tres series:

Primer tiempo, primera serie: virtudes de preparación.

Segundo tiempo, segunda serie: virtudes o trabajo de purificación.

Tercer tiempo o tercera serie: virtudes de consumación.

Tratemos de indicar rápidamente la dirección que hay que guardar en esta triple tarea.

VIRTUDES DE PREPARACIÓN

Para la preparación a la vida religiosa, las Hijas de María deben estudiar el silencio, el recogimiento, la obediencia y EL SOPORTAR las mortificaciones; es necesaria una palabra sobre cada uno de estos objetos.

1º DEL SILENCIO

El silencio que hay que estudiar no es solo el de la palabra o los tonos de voz. Cuando la boca no habla pero el signo [2] indica el sentimiento del alma, usted no guarda el silencio de ninguna manera.

Incluso si el silencio de la palabra y de los signos se hubiera conseguido, no siempre hay silencio de la mente, del corazón y de la imaginación. No decimos nada en ese momento hacia fuera: ni con sonidos ni por medio de alguna emoción aparente, sino que un murmullo inexplicable se eleva en nosotros, unos razonamientos buenos o malos, las pasiones o el prestigio de las ilusiones imaginarias se asemejan a un pueblo tumultuoso, en una ciudad cuyas puertas están todavía bien custodiadas. ¿Se ha restablecido la calma? Los descontentos no han cesado de hablar, los nuevos proyectos no acaban de estallar pero se hacen cálculos sobre ellos. Por parte de quien domina, se alza la intolerancia y el despotismo, de la parte abatida se respira la rebeldía o la discordia. No se establece jamás en un solo individuo el silencio perfecto de la naturaleza si no es a base de grandes esfuerzos. La gracia, sin duda, ayudará a ello, pero la gracia no actúa allí donde encuentra una voluntad que no le es sumisa, enteramente abandonada a ella.

Es posible que el silencio nunca pueda establecerse perfectamente en algunos individuos, por lo que el estudio del silencio tiene por objeto establecerlo en tanto sea posible y conocer en qué se triunfa y en qué la resistencia supera nuestras fuerzas.

⁶⁰ Se trata del *Instituto de las Hijas de María* o *Gran Instituto* (documento n. 6) artículos 48-84. Hay que señalar que entre el texto del *Instituto* y el de la *Dirección*, el «trabajo de purificación» ha cambiado de sitio. El *Instituto* lo ponía después de las virtudes de consumación e incluía la oración mental (artículo 76-84), mientras que la *Dirección* lo sitúa entre las virtudes de preparación y las de consumación.

Establecidos estos puntos de vista, seguimos con el silencio de la palabra, el de los sentidos, el de la mente, el del corazón y el de la imaginación.

SILENCIO DE LA PALABRA. Es el menos difícil de todos; sin embargo, hay personas que lo consiguen mal, que encuentran su ejercicio muy penoso; que no se pliegan a la carga inmediata de una volubilidad, de una petulancia de palabras que, según ellas, les compensa de haber momentáneamente reprimido el gusto de hablar. Fastidio, pena y compensación de las que es esencial deshacerse una vez por todas.

Conseguir mal mantener en silencio la palabra es asemejarse al que no puede impedirse hacer ciertos movimientos de cabeza por el hábito que tiene, o que, sin fuerzas, por debilidad no pudiera impedirse temblar. Vicio contraído o vicio natural, siempre hay algo que humilla a la especie humana y que vuelve peligrosa a cualquier mente, a veces incluso insoportable en la sociedad cotidiana. El gorjeo de los pájaros es menos irreflexivo y menos fatigoso que la verborrea [3] confusa de los que no saben guardar nada el silencio de la palabra, la verborrea de una sola persona es como el chillido sin sentido de la cigarra.

No obstante, si se llega a contener la lengua pero se está apenado y triste, eso es índice del gusto opuesto del que uno se sentía satisfecho y de la manera de juzgar que teníamos antes; tenemos, en la práctica, la fuerza de vencer esa tendencia, pero experimentamos desagrado por haberla vencido. Lamentamos la victoria conseguida en tan poca cosas. ¿Quién cambiará nuestro corazón apegado a esa puerilidad? ¿Quién orientará nuestro juicio extraviado por una vanidad tal?

Guardar el silencio de la palabra y no sentir pena alguna por haberlo guardado, estas son las dos primeras condiciones deseadas.

Pero ¿qué decir de la impaciencia de hablar, cuando ha pasado el cuarto de hora de silencio? ¿Qué decir de la intemperancia de palabra que parece proporcionarse por el fastidio experimentado?

No se debe esperar de ningún modo en este caso que el silencio pueda convertirse en algo provechoso. La disposición al vicio de hablar excesivamente puede fortificarse con el remedio que aquí se presenta: es como un dique que no seca las aguas que retiene, sino que las eleva y les da con ello una fuerza que no habrían tenido nunca por sí mismas. Mejor sería que una tal lengua estuvieran hablando siempre.

La preparación religiosa destinada a discernir los sujetos aptos para el Instituto de aquellos que no lo son, señala en el último puesto a las personas que no consiguen mantener su palabra en silencio; y a aquellas que no la contienen en el momento ordenado sino para tomarse una revancha peligrosa en los momentos en que quedan libres.

El sujeto que se siente apenado solamente por el silencio de la palabra, puede aprender que el silencio es dulce al alma que goza de una cierta paz; puede juzgar sobre el silencio desde otros puntos de vista que los que al principio le han sorprendido, y su gusto por él puede llegar a ser bueno. Puede aprender a distinguir lo que es bueno de las apariencias que lo han seducido.

SILENCIO DE LOS SIGNOS. Se le atribuye a los que tienen un alma fuerte; cuanta más energía interior tienen, más dueños son de no manifestar sus movimientos y sus resoluciones sino cuando lo juzgan conveniente. [4] Este don en el orden de las cosas humanas se considera como el atributo de una política prudente.

Aplicarse al silencio de nuestros signos en la vida religiosa no tiene nada que ver con las miras humanas. A los signos de nuestros movimientos reprobables se les ordena callar, para que el escándalo no agrave las faltas interiores; los signos de las emociones laudables se ocultan y contienen por humildad.

La temperancia en todo es la primera disposición de la vida religiosa. Casi no hay más frecuentes y más graves ocasiones de pasar a la falta de moderación que a través de las vías tan fáciles de los signos externos; se diría que la pasión del bien o del mal, limitada en principio

a la capacidad del alma, crece y se hace inagotable si el alma encuentra en el exterior un canal por donde se escape su sobreabundancia: la cólera contenida se apagará, la concupiscencia sin ejercicio se secará, el aguijón de la voluptuosidad, no manifestada fuera del sujeto que la reprime, se embotará. A toda pasión en el interior que no da señales externas, le pasará como a la chispa de fuego sobre una piedra: no quemará, pero dejarla brotar y no se podrá medir el incendio que causará.

Aplicarse al silencio de los signos no es, pues, poca cosa en el orden de la perfección religiosa.

Sin duda que, cuando las pasiones queden calmadas, no darán ningún signo externo; pero es cuando se agitan, cuando quieren estallar, cuando es preciso ordenarles silencio a los sentidos y prohibirles prestarse a una señal externa. En este caso la reacción es más fuerte de lo que se piensa: la pasión contenida en el exterior se vuelve entonces como un tirano que no tiene ya satélites para cumplir su voluntad.

El silencio de los signos se aplica a cosas pequeñas y se hace notar enseguida en las más fuertes. No hay sujeto que no sea capaz de él hasta cierto punto y la aplicación a ello desarrollará medios de los que no se dudará.

Y de lo que es exterior, pasemos a lo que es interior.

SILENCIO DE LA MENTE. Cuando la palabra y los demás signos que la remplazan con más o menos ventajas, quedan dominados, a nuestra mente le gusta hablar sola. Incluso con la ayuda de la imaginación, puede crearse interlocutores. La imaginación tiene un lugar; pero no hablemos aquí más que del lenguaje y del juego de la mente.

La mente nos recuerda todo lo que ya sabemos, forma planes y los combina; disfruta a su manera y parece tener, igual que el corazón, algunas pasiones que le son propias.

Con estos medios se construyen sueños a lo largo de toda la vida; [5] se consume la propia actividad en cualquier otra cosa que la propuesta para el lugar y el tiempo en que uno se encuentra. Es una excursión continua fuera del objeto que uno se ha propuesto o bien fuera del que se tiene el deber de abrazar.

Crear que se le impondrá silencio a esa mente sin haberse ejercitado en ello, es una error deplorable.

Para entrenarse en el silencio de la mente hay que dedicar ciertos momentos en los que se quitará del pensamiento todo lo que procede de memoria, de combinación, de estima o de aprecio.

Ciencias humanas, hechos políticos, sistemas religiosos, anécdotas, historias, producciones literarias, noticias antiguas o del día, etc., todo eso me es inútil cuando se trata solamente de ponerme en presencia de mi Dios. Si el conjunto de esas cosas que he aprendido, me sigue asaltando y no me deja nunca a solas, dependo de ellas, soy su esclavo; es una condición bien miserable tener el fastidio de seguir ocupándome de ellas sin poder ocuparme de mí.

Si la memoria me proporciona pocas cosas o no las he captado, caigo en otro defecto: el de hacer planes, combinarlos para rehacerlos y recombinarlos sin fin.

Trazo mi conducta, la de mis compañeros y la de mis Superiores. Desordeno y vuelvo a ordenar el gobierno de las reglas, paso a lo material de los establecimientos. De estos establecimientos, corro a las familias y a los individuos, y nada en el orden religioso, civil, moral o físico escapa a mis reformas y a numerosas modificaciones; ¡qué de esfuerzos, qué de tiempo empleado en no hacer nada!

Aquel a quien no atormenta esta mente de quimeras, contempla en sus ideas a todos los demás, los juzga, los calibra y los estima, sin autoridad conocida y sin utilidad alguna.

Es demasiado verdad que la mente continuamente activa tiene dificultades para callarse. Sin embargo, es bueno mandárselo en tiempos reglados, [6] conseguirlo primero sobre el tema que habla más fuerte; luego y poco a poco sobre otro. Algunos conseguirán, por unos momentos, un silencio absoluto. No será en modo alguno para llegar a ser impasible; que

no se inquieten por esto. Será para guiar sus facultades de un modo más provechoso hacia aquel a quien deben conocer, amar y adorar.

SILENCIO DE LAS PASIONES. Cuando se ha hablado del silencio a imponer a los signos, se ha dejado comprender lo que son las pasiones que los suscitan. Unas tienen una violencia irresistible, otras una delicadeza inexpressable y juntas son de una variedad infinita. Pues bien, por eso mismo es preciso apreciar la fuerza, la plasticidad, la diversidad y toda la amplitud de las pasiones.

Ufanarse de imponerles silencio a todas a la vez y en poco tiempo es un deseo quimérico. No digo que la gracia, a la que siempre hay que invocar en esta empresa, no PUEDA obrar un milagro; pero no debo ocuparme de los casos en que ocurriría un milagro; solo hay que hablar en el orden común y más ordinario de la Providencia.

El silencio que hay que obtener sobre las pasiones, con la invocación de la gracia, no será más imposible que cualquier otro si se ataca desde el principio y convenientemente la principal pasión. Esto solo se puede explicar con ejemplos.

El orgullo es la pasión más habitual. Supongamos un sujeto en el que el orgullo sea la pasión dominante y esto no es raro. Cuando se aplique a imponer silencio a las pasiones, querrá o deberá querer imponérselo al orgullo; podrá verlo en todos los lugares en que el orgullo se muestre abiertamente.

Digo que podrá verlo y, sin embargo, ocurre todos los días que un ser humano moldeado por el orgullo llegará a contar que ha soportado tal o cual cosa con la mayor humildad y se lo creerá. Este escollo es frecuente, y es bueno evitarlo desde el principio.

En el Instituto se lo evitará infaliblemente si la Maestra [7] de la que se depende, la Buena Madre, uno de los directores o el Superior están atentos a él, porque dirán que el más seguro de hecho será el que diga: estoy conmovido, no podía contener los movimientos de mi corazón sino a duras penas. Dios quiere guardarme de pecar, etc. Es decir, aquel que está seguro que lo que ha triunfado es su humildad.

Así pues, supongamos que el corazón orgulloso haya aprendido después a juzgarse con este tono de desconfianza en todas las ocasiones en que el orgullo podía mostrarse abiertamente. Es la primera orden de silencio dada al orgullo.

El sujeto que así persigue al orgullo, debe saber, en segundo lugar, que esa pasión, por ser dominante en él, debe insinuarse en las buenas y en las malas acciones, que sus tejidos o sus filamentos se encontrarán por todas partes.

Supongo, y sucede a menudo, que el corazón orgulloso es atacado por las tentaciones de la pasión más envilecedora. Se creará fuerte por este lado, precisamente por la altura en la que se encuentra en su orgullo, desde donde ve el envilecimiento de esta otra pasión. Dirá que el demonio no conseguirá gran cosa, porque le he prometido a Dios no envilecerme hasta tal punto.

El demonio conseguirá todo; porque un corazón, en esa disposición, no impone silencio a su orgullo. El envilecimiento de la pasión secundaria que le ataca, no debería haber sido recordado ni apercibido por él, por verdadero que sea ese envilecimiento. Se defiende de la trampa de su enemigo apegándose a un hilo de orgullo, que era lo que este pretendía. Cuánto mejor que hubiera dicho: el ser humano abandonado a sí mismo es capaz de todo mal; e, invocando a Jesús y a María, les hubiera pedido que lo librasen.

He aquí cómo el silencio manda sobre el orgullo, siguiéndolo, [8] aunque mezclado con otras pasiones. No le deja un momento de respiro. Si se me dijera que he hecho una acción pero se abstuvieran de hablar de ella para no herir mi modestia, no respondería nada ni haría ningún signo, sino que, dirigiéndome a Dios, le diría: ¡cómo se engañan los seres humanos!; vos sabéis que, ante vos, no sé concebir sino mi nada; no he podido hasta el presente domar mi orgullo. Dios mío, dadme la humildad que no tengo.

Cada pasión, cuando fuera atacada, sería igualmente contenida, mutilada y reducida al silencio en todos los refugios en que se escondiera, como la serpiente que se persigue entre las viejas ruinas y la maleza que se confunden e impiden percibirla bien.

SILENCIO DE LA IMAGINACIÓN. Para la salvación, la imaginación es quizás tan peligrosa como las pasiones. Es la que presta a estas últimas sus falsos colores, su justificación o sus excusas. Da al bien la apariencia del mal y al mal la apariencia del bien. La imaginación crea quimeras, les entrega nuestros sentidos. La razón, dominada por la imaginación y por los sentidos, se queda anulada e impotente. Antaño, estableció la idolatría en el mundo y la adornó de todos sus prestigios; hoy pone de moda y sostiene los errores y los más extraños prejuicios. Las sectas, las herejías y los cismas le deben su nacimiento, no le gusta más que la novedad, se ofende de lo que es eterno y duradero, y prefiere producir ilusiones y fantasmas que permanecer inactiva.

No quiero creer nada de lo que los seres humanos han imaginado, de lo que imagino yo mismo. Solo creo lo que Dios ha dicho y revelado, lo que la Iglesia me ha enseñado. Todo lo que produzca la imaginación no es nada ante la gloria de mi Dios, que me será conocida un día.

Cuando los ejercicios del silencio hayan sido seguidos con celo y constancia, no se debe esperar que los progresos entre todas las Hijas de María serán iguales, ni que ni una de ellas llegue al completo silencio de las palabras, de los signos, de la mente, del corazón y de la imaginación. Pero todas habrán impuesto silencio a lo que tenían de más peligroso, o bien las que no lo hayan logrado, habrán faltado a la finalidad de este esfuerzo; en cuyo caso habría que hacerlas recomenzar o reconocerlas con pocas disposiciones [9] para el Instituto.

Vamos a decir una palabra sobre la segunda de las virtudes de preparación, que es el recogimiento.

2º DEL RECOGIMIENTO

He dicho en alguna parte, al examinar la necesidad de ejercitarse en el silencio y de llevar a él cada una de nuestras facultades, que el alma podía compararse a un juego de órganos, cuyos tubos no deben resonar sino a voluntad y en el ámbito de un concierto. Por la aplicación al silencio se habrá reconocido qué tubos hablan sin un orden preciso y cuáles otros son sólidos y bien ordenados.

En el sentido más amplio, recogerse sería no oír, no escuchar ya las voces indiscretas que se alzan en nosotros, contra nuestra voluntad y sin nuestro permiso. Pero cuando el ejercicio del silencio no es perfecto hasta este punto, cuando algunas facultades hablan a menudo y a nuestro pesar, el recogimiento se hace difícil, casi siempre incompleto, y nunca dura mucho.

Como este estado, sobre todo al comienzo de la vida religiosa, es el más habitual, es necesario aplicarse al recogimiento. Se trata de saber cómo se absorberá en las facultades que se emplea voluntariamente, y cómo se hará callar las otras. Se trata de recoger lo que se tiene de fuerzas y medios libres, para reducir la facultad menos domada.

1º Humillarse, rezar, manifestar su confianza en los socorros de Dios, hacer un firme propósito de vencerse en la facultad que resiste al medio de la gracia que se pide, tales son los primeros medios y las primeras fuerzas que se deben recoger en uno mismo.

2º A continuación se trata de examinar la emoción, el grito del alma que no se puede hacer callar.

Igualmente se exagera la afección que se recibe, los efectos que se deben esperar; apego y aversión, amor y odio, medios de alcanzar o de alejar, todo está fuera de medida y de proporción.

Se debe suponer que la cosa es así, desconfiar de ello vivamente e invocar la razón para verificarlo.

Cuando se llega a reconocer que el alma exaltada está fuera de lo verdadero, no hay que detener la búsqueda en este primer paso; se [10] vuelve sobre ello, se quita una segunda parte a la exageración y, avanzando así paso a paso, al final uno se queda asombrado de no haber caído en todo esto más que en una ilusión.

Se ha ganado mucho si se ha llegado a reconocer que una facultad de nuestra alma estaba sometida a la ilusión y a la exageración; es un motivo de desconfianza personal y una garantía para lo que sigue en torno a los hábitos.

3º El tumulto de los pensamientos y de los afectos internos cederá normalmente ante la recitación en voz alta y con una gravedad adecuada de oraciones afectivas. Es una manera de vaciarse de sus propios pensamientos ocuparse con una atención suficiente de los que nos han sido sugeridos. Esta substitución produce un efecto proporcional a la medida en que los pensamientos expresados en las oraciones recitadas son más expresivos, más afectuosos y más al alcance de nuestra concepción.

Lejos, pues, de que haya que descuidar los recitados orales tan sabiamente establecidos, hay que, al contrario, aplicarse a ellos, y acostumbrar la mente a prestar atención suficiente al sentido de las palabras. Y si no se comprenden las palabras, es preciso que el amor de Dios, la fe en las verdades cristianas y la esperanza de la salvación suplan al sentido no conocido; lo que a menudo puede suplir el pensamiento del autor, al que no se comprende en ese momento.

Pero para el que oye las palabras, ¡qué no harán sobre él los cánticos tan bellos del Rey profeta, y los de los distintos libros de la Escritura que componen los oficios de la Iglesia! ¡Qué no harán algunas oraciones propuestas por las lumbreras del mundo cristiano que se renuevan cada siglo!

Conclusión. En la mayor turbación y en el tumulto entero de nuestras facultades, SE PUEDE REZAR oralmente, prestando en ello toda la atención posible al discurso pronunciado, para entenderlo lo mejor posible: oraciones breves, mantenidas, rápidas, elevaciones del corazón incluso frecuentes y repetidas, aunque el corazón no responda; la palabra debe usar de todo cuando el alma se aturde y no sabe ya lo que tiene que hacer.

Una sola facultad del alma que esté desarreglada puede obstaculizar el ejercicio de todas las demás. Así la preocupación viva de la mente, la efervescencia de una pasión o el prestigio que se apodera [11] de la imaginación, pueden cada una por su parte apoderarse del alma entera; y siempre es oportuna en ese caso la oración oral con cierto grado de atención al sentido de las palabras.

Hay quien piensa que rezar oralmente no es recogerse; tiene razón cuando, para salir de un largo recogimiento, se emplean diversas oraciones vocales a fin de hacer descansar al alma y de avivar en ella diversos movimientos; no tienen razón cuando se recoge de hecho para rezar y uno se apegas según su poder al espíritu de la oración.

4º Cuando la exaltación de una de las facultades del alma o su desvío del orden y de la subordinación solo son de un grado mediocre, o se recoge por medio de un esfuerzo que nos lleva a olvidar [el objeto que afecta directamente, o a hacer predominar otros pensamientos. Así, un fuerte trabajo del espíritu hace olvidar]⁶¹ la mayor pesadumbre; un trabajo que requiere incluso del cuerpo nos distrae poderosamente de toda pasión del corazón; un afecto del corazón exaltado nos distrae de un plan cuya dirección o ejecución afectarían nuestros órganos. Hay trabajos que atemperan las oleadas de la imaginación; en una palabra, el ejercicio de una facultad nos distrae del ejercicio abusivo y exaltado de otras.

Es principalmente a causa del descanso que las facultades se dan unas a otras por lo que se exige en el Instituto que los sujetos estén sometidos y se ejerciten en todo tipo de empleos.

En los empleos hay que examinar el modo en que uno se recoge según su necesidad.

⁶¹ Este texto entre corchetes no existe en nuestro manuscrito. Está tomado de AGMAR 18.25.1, p. [66].

La Superiora tendrá más a menudo la mente centrada en las diversas necesidades de sus Hijas. La absorberán las necesidades exteriores e interiores, las negociaciones que hacen relación a lo temporal.

Es preciso que en momentos determinados de la jornada, y a veces, en ciertos días de la semana, olvide todo lo que la ocupa habitualmente y que, sin apartar su mente de estas necesidades, se entregue al amor de Dios, a confirmarse en la fe y a alimentar las esperanzas del cielo.

La Madre de celo, por el contrario, tendrá su corazón alimentado, inflamado por los actos perpetuos de los que da con mayor frecuencia ejemplo a sus Hermanas. [Es preciso que a horas designadas, sea llamada al ejercicio de la mente, a temas de razonamiento, de los que considera un deber ocuparse entonces de modo exclusivo]⁶².

La Madre de instrucción necesita dejar sus trabajos para entrar en ejercicios que formen el corazón.

La Madre de trabajo no se distinguirá de las personas más activas en el mundo si no dedica momentos habituales **[12]** a la dirección de su mente y a la perfección de las virtudes.

Todo el resto del convento se conforma más o menos sobre estos cuatro modelos o, en todos los casos, cada una trabaja por conformarse a ellos.

Es necesario que cada Hermana aprenda a recoger alternativamente su alma en el orden de las diversas facultades y que en cada cosa se aplique y afecte a ello alternativamente sin distracción.

Esta última palabra implica que estar recogido y estar distraído son dos cosas opuestas. La aplicación que se le dará al recogimiento procurará un conocimiento más amplio de él.

3º DE LA OBEDIENCIA

La falta de guía produce en nuestra conducta dos inconvenientes mayores: uno proviene de que no tomamos nunca o casi nunca un camino paralelo y análogo al de las personas con las que debemos ir; el otro, de que decidimos sobre nuestra conducta solo con las impresiones naturales que hacen que nos inclinemos al vicio que nos es propio, de suerte que en común y en particular se corre el riesgo de que quien permanece sin director ande mal.

Pero ¿de qué serviría haber reconocido la necesidad de ser dirigido, si no se añade a ello una completa obediencia?

Por otra parte, los límites de la perfección se desplazarán muy lejos con la ayuda de un Instituto en el que la obediencia ordenada en sus causas, en sus medios y en su organización puede llegar a ser continua y completa.

Así pues, cuando cada sujeto conozca las facultades de su alma o las haya dado a conocer en los ejercicios del silencio y del recogimiento, la obediencia en la que se ha entrenado se le hará de una necesidad absoluta. Sus Superiores someterán a prueba a este sujeto y dictaminarán cómo debe llevarse a cabo su paso por los empleos desde el menos elevado al mayor, cómo renovarse, variar o mantenerse.

[13] Es en esas transiciones donde se descubrirá qué puesto y qué trabajo rompe mejor su voluntad, y hace callar las partes del alma que la sola atención, durante la aplicación al silencio, no ha podido vencer y que las demás facultades recogidas no han podido contener.

Una vez conocido el sujeto, como lo supongo, y estando sometido a la voluntad de un jefe hábil, no tardará en perder sus falsos repliegues, en olvidar sus hábitos vinculados al mal. Se sabrá pronto cómo hay que defenderse de las preocupaciones de la mente, de las pasiones en las que se pone el corazón y de los prestigios con los que se alimenta su imaginación.

El Jefe competente en su oficio encontrará el remedio a cada carácter. Casi siempre se encuentra en la tendencia opuesta que se le puede dar a los hábitos. No se dice que sea

⁶² Texto añadido tomado de AGMAR 18.25.1., p. [67].

necesario oponer siempre los contrarios, hay que usar de los temperamentos con prudencia. Si a veces hace falta la vivacidad, que la contrariedad sea entonces de corta duración y suavizada pronto con consuelos.

Para obrar un efecto tan grande, la obediencia debe ser completa; no lo será si no ha sido formado con pruebas proporcionadas a la resistencia; el carácter más adormecido no debe ser dejado siempre tranquilo, por el hecho mismo de que la virtud no radica más que en el hábito.

No importa nada que, cuando se ejercita al principio a los sujetos para formarlos en la obediencia, lo que se les pida y el trabajo que se les imponga tengan o no tengan como objeto contrariar directamente un vicio conocido o sospechado, sino que en un tal ejercicio variado se perciban pronto las repugnancias y las inclinaciones respectivas. No hay que dejar de aprovechar este descubrimiento para doblegar al sujeto del lado en que su progreso en la obediencia pida que se le doblegue. Si el sujeto es de una razón bastante fuerte, se le puede descubrir su mal y hacer servir su propia razón y la firmeza de sus buenos propósitos para consentir las pruebas y contribuir a su propia reforma.

De la obediencia, hay que pasar a soportar las mortificaciones.

[14]

4º SOPORTAR LAS MORTIFICACIONES

En el punto en que se halla este plan de conducta, es fácil comprender que soportar las mortificaciones es una disposición favorable para vencer lo que los otros ejercicios no habrían podido someter. La contrariedad, el disgusto del espíritu, el cansancio e incluso algunos dolores del cuerpo son a veces necesarios PARA domar el espíritu y los sentidos. Todo esto es lo que queda comprendido bajo el nombre de mortificación.

Si se supiera bien cuánta paciencia nos adquieren el hábito y soportar las mortificaciones y cuánto ayudan insensiblemente a nuestro valor, no habría un solo amigo de la perfección humana que no se ejercitara en ella, que no se alegrara de entregarse a las mortificaciones.

El soportar las mortificaciones no es siempre el amor, pero es por él que se llega a este. La vida humana con mucha frecuencia está compuesta solo de contrariedades del espíritu y dolores de los sentidos; si el mal no ha llegado hasta hoy, puede llegar mañana; la mayor parte de nuestra actividad transcurre en luchar penosamente contra lo que nos rodea; hoy superiores, mañana sometidos, accidentes graves nos proporcionan frecuentes dolores y el final de la vida no es casi siempre sino una cadena de debilidades que arrastramos penosamente hasta la tumba.

Quizá el menos desgraciado es quien se muestra más fuerte y animoso; al menos, este es el más capaz de añadir voluntariamente a su vida los consuelos del bien que espera. Su corazón, sin dejarse vencer por sus propios males, puede dulcificar los males de otro.

Quien no sabe soportar las mortificaciones de todo tipo, se halla en el mismo estado que si hubiera perdido el amor de los seres humanos y el amor de Dios, la fe en las cosas prometidas y la esperanza dada de que el bien seguirá proporcionalmente a los males sufridos.

El ser humano es como un corcel al que el bocado advierte y la espuela excita. El dominio que se extiende por la voluntad es el bocado que nos dirige habitualmente; las mortificaciones son los golpes de espuela que determinan a una naturaleza indolente a actuar o que canalizan un movimiento fogoso.

No prestar la propia voluntad a la obediencia ni acostumbrarse a soportar las mortificaciones es querer no corregir [15] su naturaleza, es pretender también que el cuerpo social soporte la voluntad particular y que la virtud del centro no atine en su centro, por la sensibilidad desplazada de uno de los que se ha asociado solamente para que esta virtud del centro sea mantenida entre todos.

Si las virtudes de las que se acaba de hablar no siempre se han considerado aquí en su relación con la imitación de Jesucristo, no es porque esta imitación no sea la primera intención

de las almas que tienden a la perfección. Pero se han podido, sin lesionar los deberes que tienen todos los cristianos y especialmente los corazones más religiosos de imitar la vida de sumisión y de mortificación de Jesucristo, buscar los medios de tener la paz del alma y el recogimiento que nos enseña a someternos e ir hacia nuestro fin, y ha sido útil mostrar cómo se prepara el alma y cómo se vuelve apta a poder hacerse escrutar o a escrutarse ella misma.

Este estado resulta de la aplicación del silencio de nuestras facultades, del recogimiento de nuestras fuerzas comparadas interiormente con nuestras miserias, del estado de obediencia en que se pone nuestra voluntad, y de la disposición para soportar las mortificaciones.

A estas virtudes se las llama de preparación, porque nos ponen en situación de conocernos y de dejarnos conocer, primera condición esencial para entrar en la carrera monástica. Hay que pasar a continuación a la purificación del alma, de la que se irá a las virtudes de consumación.

Detengámonos un momento en la purificación.

DE LA PURIFICACIÓN DEL ALMA

La purificación consiste en atacar, en destruir en el interior de nuestra alma las cosas que tienden a enraizar el mal y las que son un obstáculo en el progreso de las virtudes.

Las cosas más generales que nos llevan al mal y que retardan nuestras virtudes son:

- de nosotros mismos: nuestras debilidades, nuestras tendencias naturales, nuestras inseguridades;
- del exterior: las contrariedades del mundo, las sugerencias y las tentaciones del enemigo de nuestra salvación.

Estas son las verdaderas causas de nuestras caídas y de nuestras recaídas, pero, puesto que no conocemos estas causas de antemano, porque no concebimos como deberíamos su malicia, [16] permanecemos casi toda nuestra vida como éramos en la época de nuestra reforma: débiles, terrenales, inseguros en muchas cosas, sin saber vencer ni la debilidad, ni las inclinaciones, ni las contrariedades ni las tentaciones; en una palabra, sin saber purificarnos de día en día.

Tres consideraciones deben dirigirnos principalmente en el propósito de purificar el alma y de hacerla avanzar: la malicia de las causas que nos estancan en nuestros hábitos; debilidades, inclinaciones, inseguridades que enervan nuestros esfuerzos; y contrariedades, sugerencias y tentaciones que nos arrastran.

1º MALICIA DE LAS CAUSAS

Como no se vive en el pecado mortal y como incluso se combate el pecado venial en muchas cosas, se cree fácilmente que el estado del alma es satisfactorio; uno se felicita por las gracias de Dios; se disfruta una paz que era desconocida en el estado de pecado, pero de hecho no se da un paso en el camino de la perfección.

A veces este estado tiene más malicia en sus principios que la que tendrían ciertos desvíos o ciertos desórdenes llamativos. Es suficientemente conocido que quien no avanza nada en las vías de la sabiduría, recula por eso mismo: el hábito del bien se torna en tibieza; sigue el relajamiento; y aunque no se llegara estar así siempre, sigue siendo muy mala la pérdida del tiempo que se nos había dado para avanzar.

En el camino de la salvación, hay que mirar siempre al fin al que hay que llegar y no el punto del que se ha partido. Cuanto más se retrasa uno en avanzar hacia el fin, más se está reculando. Es el único cálculo que hay que hacer.

Una de las grandes tentaciones que nos plantea el tentador, cuando lo hemos vencido en el pecado, es la de llevarnos a la inercia y mimarnos secretamente para que permanezcamos en ese estado.

Quiere que conservemos el hombre viejo, que no atacemos la vieja levadura; que sigamos siendo hijos de Adán, en lugar de llegar a ser hijos de la regeneración obrada por Jesucristo y en Jesucristo.

[17] Donde descubro toda la malicia del estado de inercia una vez vencido el pecado es en que descuidamos elevarnos a las cosas celestes, hasta merecer ser dignos hijos de Dios; tomamos como nuestra única delectación no ser pecadores públicos en la tierra.

Jesucristo ha lanzado una terrible maldición sobre el estado de tibieza y no hay casi ninguna más destacada entre las que conocemos como venidas de la boca de este divino Salvador: *¡Ojalá fuerais de hielo en vez de ser tibios! Os lo digo, sed de fuego o de hielo pero no tibios; pero como no puedo soportar vuestra tibieza, estoy a punto de vomitaros de mi boca* [cf. Ap 3,15-16].

No añadiremos nada al carácter de malicia que Jesucristo ha señalado en este estado del alma humana, estado que proviene solamente de una falta suficiente de purificación.

Sigamos con los medios de esta deseable purificación.

2º DEBILIDADES, INCLINACIONES, INSEGURIDADES

Debilidad de la virtud, inclinaciones al mal e inseguridades en la conducta, tales son, en cuanto a lo interior, las fuentes principales de las turbaciones que le sobrevienen al alma durante o después de sus actos. Más abajo se verán las causas exteriores que llevan también a turbaciones.

Limitándose aquí a las que el interior suscita en sí mismo, se trata menos de desarrollarlas detalladamente que de indicar los remedios generales que pueden hacerlas cesar o prevenirlas.

DEBILIDAD DE LA VIRTUD. No hay virtud grande sino la que viene de Dios y permanece apoyada solo en Dios. Las virtudes que reconocen otro origen y que se fundan en otra base, no tardan en experimentar su propia debilidad. La turbación que se alza en torno a ellas y en medio de la cual pretenden actuar, es una advertencia y una causa de desconfianza, con la que al autor de nuestra alma nos ha querido precaver.

Por lo tanto, sea cual sea la virtud que pongamos en práctica, desde el momento en que haya turbación el remedio es volver a Dios, de quien, solo, procede todo bien. Anonadémonos para dejar actuar a Dios, cuyos débiles instrumentos somos. Cuando el Señor sea, por nuestro consentimiento, el motor, el único motor de nuestras buenas acciones, no habrá ya turbación que temer por parte de nuestra debilidad en la virtud.

[18] La virtud débil bajo la mano de Dios no excederá nunca su medida; permanecerá como virtud y él la VIVIFICARÁ según su voluntad, pero la virtud débil de la que el ser humano se enorgulleciera y de la que se quiere ufanar, se asemeja a una pompa de jabón que dura apenas un momento y que está más cerca de aniquilarse cuanto mas se la hincha.

La más fuerte virtud a juicio del mundo, no está exenta de ese mismo accidente; es una costra de tierra, una montaña si se quiere; levantada por un volcán, pronto se le producirá en medio una sima o se hundirá un día y no ofrecerá sino un abismo.

Es por medio de esta distinción entre virtudes fundadas en Dios y virtudes con las que se infla en vano el espíritu humano como se explica ese doble fenómeno igualmente asombroso en sus dos aspectos: por una lado, los espíritus que se dicen espíritus fuertes, llamados a veces grandes almas, que no han sembrado su carrera sino de faltas y crímenes; por otro, los espíritus llamados simples en el mundo, que ha llenado la tierra entera con sus ejemplos, con sus buenas obras y con sus instituciones, mucho mayores aún a los ojos de Dios que a las miradas de los seres humanos, que no perciben de ellos más que un exterior grosero.

Así pues, que nadie se engañe sobre la fuerza o la debilidad de las virtudes. No hay virtud débil cuando viene de Dios y se remite a Dios; no hay virtud fuerte cuando viene del ser humano y se remite al ser humano.

La virtud afectada por este último vicio produce la turbación en la acción o después de ella; la virtud que vuelve a su fuente que es Dios, permanece sin turbación, porque está segura de su valor y se ejercita sin esfuerzos.

INCLINACIONES AL MAL. Para que sea sin debilidad y sin turbación, en la virtud hay que ocuparse solo de Dios; y principalmente hay que ocuparse del ser humano y de su abajamiento, para detenerlo en su tendencia al mal.

El ser humano que no está sostenido por Dios en el ejercicio de la virtud, está sobre un terreno que falla y se hunde; necesita una mano que lo levante y lo sostenga.

El ser humano, en la pendiente del mal, puede ser detenido con esfuerzo, pero, para que la pendiente cese de hecho, es preciso que la tierra se aplane; que se suprima **[19]** esa pendiente que arrastra a quien quiere marchar por ella.

Pero ¿por qué se ha formado esa pendiente en nosotros?

Lo ha hecho por las falsas cualidades y por las falsas virtudes que creemos tener. Es siempre por la exageración de nuestros medios por lo que nos encontramos arrastrados al abismo. Como se dice, el pecado viene al principio por el exceso de cada virtud.

A fin de hacerse puro y digno de alcanzar la perfección de las virtudes, comencemos, pues, por ser sobrios en las mismas virtudes que nos son más habituales, por miedo a que nuestra tonta plenitud no nos ponga en el camino de la embriaguez.

¿Se quieren algunos ejemplos de esta fragilidad, de esta debilidad con la que nos tropezamos en lo que lleva al mal como con una pendiente muy inclinada? Helos aquí:

- Somos ingeniosos: ¿cuál será la conversación en que no se encuentre la pendiente de nuestra vanidad, el rasgo más o menos afilado contra el prójimo y esa petulancia indiscreta que a menudo ha comprometido asuntos importantes y el secreto de otro? Esta cualidad del espíritu abre casi a diario brechas en la humildad y en la caridad. Mata nuestra sencillez y nuestra sensatez; no puede soportar ese mérito de la sencillez y de la sensatez en los demás.

- Somos serviciales: pero ¿qué estima de nosotros mismos y qué alarde al exterior por los servicios que hemos prestado? Si no se nos hace la misma exageración que nosotros, los que no la hacen son estúpidos o ingratos. Y eso no es todo. El mundo entero no puede a su vez negarnos los servicios que juzgamos sernos útiles o necesarios. Nuestra moneda es la más bella y vale su peso en oro, y la que se nos da o devuelve, es falsa y sin valor.

Estos dos rasgos nos dan a conocer la verdadera posición en que se muestran las cualidades de la mente y las virtudes del corazón; el empleo de nuestros talentos exteriores y de nuestros talentos adquiridos sigue el mismo desarrollo.

No hay nada, ni siquiera la piedad ferviente, que no se haga ilusiones y que no se incline de una manera peligrosa si no se le presta una continua atención.

El remedio que podemos emplear para todo esto es allanar las alturas del corazón y de la mente. Reprimamos en nosotros todo lo que se eleva. Sencillo de mente, humilde de corazón, más pobre con nuestros talentos frívolos e inútiles que si tuviéramos de todo; esta es nuestra posición pura ante Dios. En toda otra, nos pareceremos a los que se suspenden en el aire con la ayuda de un gran balancín, su caída se produce siempre en el momento de la llegada.

Trabajemos, por lo tanto, por evitar esa posición, en la que esa tendencia a nuestra **[20]** pérdida se renueva y se prosigue sin [cesar]; la exageración de nuestras cualidades, de nuestros buenos oficios, de nuestros débiles talentos y de nuestras virtudes frágiles, nuestra confianza insensata en estas cosas, he ahí lo que constituye nuestro peligro.

Hemos dicho que toda confianza en Dios nos libraré de nuestra debilidad; acabamos de mostrar que toda desconfianza en nosotros mismos aniquilará nuestras inclinaciones

naturales o prevendrá contra sus peligros. Queda por decir una palabra sobre nuestras inseguridades.

INSEGURIDADES EN LA CONDUCTA. Parece que, con toda confianza en Dios y toda desconfianza en nosotros mismos, nunca deberíamos estar inseguros de la conducta que seguir.

Pero hay que confesar que las luces de la razón tal como podemos gozar de ellas, es decir, débil y acompañada por la concupiscencia, esa razón tal como es, puede dudar cuando no está impulsada e iluminada por la gracia.

Pero en la vida de perfección que se abraza en el Instituto, no hay que temer ya de nuestras inseguridades. El consejo está siempre a mano para aclararnos, Superior, Director, Madre preparada en todas las necesidades; solo hay que quererlo, para conocer lo que se debe hacer. Toda inseguridad no es otra que la que no se querría vencer sometiéndose a una pronta decisión.

Debilidad de la virtud, inclinación al mal e inseguridades de conducta, todo esto quedará destruido con la confianza solo en Dios, con la desconfianza constante de lo que viene de nuestra naturaleza y con el consejo que el Instituto nos proporciona y nos ofrece en todos los aspectos.

En este estado, si el alma no tiene las virtudes de un ángel, al menos deja de tener los defectos humanos.

Pero es necesario hacer frente a los obstáculos que el tentador alza contra nosotros y que nos atrasan en la pureza de la conciencia y del corazón.

3º CONTRARIEDADES, SUGESTIONES, TENTACIONES

Las que tienen en todo su confianza en la fuerza de Dios, que conocen la impotencia tan grande de las virtudes humanas y que han sabido, por las inseguridades, proporcionarse un consejo prudente, no están expuestas **[21]** a tantos peligros reales como las que han utilizado todo esto de otra manera, pero no se puede decir que su vida vaya a transcurrir sin combatir.

Cuanto más fuerte y sencilla es la virtud por dentro, más violentamente atacada es desde fuera. La Providencia permite que nuevas victorias les merezcan a sus elegidos nuevas coronas.

Las almas cuyo interior está mal guardado, experimentarán, como las que se mantienen alerta, asaltos, pero el enemigo, sabedor de que la virtud es mayor, puede [intentar] asaltos más rudos.

La virtud puede ser constantemente contrariada, mil sugerencias encontrarán la ocasión de hacerse oír y las tentaciones se harán seductoras o violentas.

¿Cómo preservar, cómo librar al alma de ellas? Es de lo que es necesario decir algunas palabras.

CONTRARIEDADES. Hay muchos tipos de contrariedades en este mundo; muchas de ellas son largas y muy duras. Cada uno ha tenido en la vida las suyas o cada uno las tendrá.

Solo se ofrece un único remedio contra un mal tan variado y, sin embargo, tan universal: es la larga paciencia. Jesucristo ha dado de ello el primer ejemplo; los verdaderos cristianos han seguido en todos los siglos en este punto las lecciones de su divino Maestro. ¿Qué le queda por hacer al alma que ha puesto toda su fuerza en Dios y que ya no encuentra, en nada, la suficiencia de nuestra débil pero orgullosa naturaleza? Le queda además sacar toda su paciencia del seno de Dios, no fundar sino en él esta virtud como solo funda en él todas las demás.

No hay contrariedad que no acabe por ceder al final; en todo caso, no hay ninguna que no se haga salvadora con tal medio para aquel que es probado.

SUGESTIONES. Cuando la naturaleza se cansa a veces de sufrir o parece querer rebelarse, enseguida no hay sugerencias que no se sientan elevar en uno mismo o que no nos sean dirigidas desde el exterior por gentes desconsideradas o por falsos amigos.

[22] El alma se libra de las sugerencias de este tipo con el firme propósito, cien veces renovado, de mantenerse en los buenos principios que se nos han enseñado. Como lo hemos dicho más arriba, la sombra de semejantes sugerencias se disipa fácilmente para el sujeto ya dispuesto a encontrar su fuerza solo en Dios y nunca en sí mismo o en los seres humanos.

Quedan las tentaciones que tienen más violencia.

TENTACIONES. En un corazón habitualmente bien dispuesto, las tentaciones se eliminan invocando a Dios y con el ejercicio de acciones opuestas al tema de las tentaciones sufridas.

No se habla aquí de las tentaciones cuyo remedio está en la huida; este será el primer expediente a emplear.

Pero cuando la tentación está en el deseo y en el pensamiento, es preciso, para librarse de ese estado, hacer que se sucedan las elevaciones del alma a Dios, a fin de que él nos libere; y luego la emisión formal de actos opuestos a la tentación.

Aquí acotamos a esto lo que teníamos que decir de más indispensable sobre la purificación.

Conocer la malicia que hay en esa indiferencia en la que uno se instala, en la que se aletarga, cuando por primera vez se ha conseguido un semiestado de perfección; temer encontrar en ese descanso el reposo de la muerte, es el primer punto sobre el que hay que saber trabajarse sin cesar.

Poner remedio a la debilidad de todas nuestras virtudes, con nuestra confianza, en cada cosa, en la sola fuerza de Dios, escapar de nuestras inclinaciones al mal, creyéndonos incapaces por naturaleza de todo bien; liberarse de las inseguridades por medio del recurso a Dios y a los santos consejos que nos ha deparado en la gracia, he aquí cómo se perfecciona y purifica el interior.

Vencer las contrariedades por medio de una larga paciencia, las sugerencias con el retorno a los buenos propósitos que se han formulado a menudo y las tentaciones de las que no se puede huir con los actos contrarios al objeto de la tentación, es el medio de descartar las ocasiones del mal [23] que vienen del exterior.

El alma temerosa de descuidar su salvación en cualquier estado al que haya llegado, aquella que pone remedio a la debilidad de sus virtudes, a su inclinación al mal, a sus inseguridades, la que soporta las contrariedades, la que aleja las sugerencias y sabe transformar en su provecho las tentaciones, ese alma tiene una pureza que la hace agradable a Dios, o la alcanzará pronto.

Tanto más pronto la alcanzará cuanto mejor haya estudiado las virtudes de preparación, el silencio y sus diversas facetas, el recogimiento de todo lo que tiene de bueno, la obediencia en la conducta que tiene que mantener para vencerse y soportar las mortificaciones que culminan la victoria.

Es totalmente necesario que el alma que desea la perfección que Dios manda a sus elegidos, no deba detenerse ni en las virtudes de preparación ni en los medios de purificación; por bien preparada y purificada que esté, se ha librado solo de todo o de una gran parte de sus vicios naturales o debidos al hábito, pero está solamente en la primera barrera de la llamada vía perfección.

Tras la preparación y la purificación bien realizadas, debe ocuparse de las virtudes de consumación.

Habíamos indicado estas virtudes de consumación como una tercera serie en el tiempo y en el orden de nuestro trabajo. En el *Instituto* se ha dicho que en el rango de las virtudes de

consumación deben situarse la humildad, la modestia, la abnegación de sí mismo, y la completa renuncia al mundo (artículo 8)⁶³.

Una vez conseguidas estas cuatro condiciones, nos entregaremos sin reserva al amor de Dios.

Pero para hacer entender todo lo que las virtudes de consumación tienen de celeste, no está mal seguir preparándose y purificándose.

Por ello, remitimos mostrar la dirección de las virtudes de consumación a otro momento; cuanto mejor hayan gustado los corazones las virtudes de preparación y de purificación, mejor también [24] las preparará la influencia de las virtudes de consumación.

Que todas unan sus oraciones para que pronto Dios nos atraiga a este trabajo y nos inspire hablar de él en su Espíritu Santo.

NOTA. Las virtudes cuya dirección se remite a una tercera parte de esta obra, no deben considerarse como inútiles hasta ese momento. Todo el mundo sabe que la humildad, la modestia, la abnegación y la renuncia a las cosas del mundo son disposiciones comunes a todos los verdaderos cristianos. Se ha podido entrever que estas mismas virtudes contribuyen a las de preparación y purificación. Por lo demás, en el orden establecido por Dios, se viven a la vez; solo que hay circunstancias en que unas de ellas adquieren más fuerza y más relieve. Las virtudes que procuran la consumación de todas las demás tendrán su desarrollo tras una preparación y una purificación adecuadas.

A la espera de la Dirección de las virtudes de consumación, cada alumna del Instituto debe, pues, ser humilde y modesta lo mejor que sepa; puede haber algunas de ellas que vivan estas virtudes ya muy cerca de su perfección; pero si comienzan por prepararse y purificarse, las llevarán MUCHO MÁS LEJOS.

Las páginas [25 y 26] están en blanco. A partir de aquí, el texto del manuscrito es el transcrito por Juan Bautista Collineau.

[27]

SEGUNDA PARTE⁶⁴ DE LA CONSUMACIÓN

Me he felicitado varias veces de no haberles dado las reglas de la consumación religiosa al mismo tiempo que las de la preparación y la purificación. Dios, que dirige nuestros corazones y nuestra mente según su voluntad, sabe poner, cuando le place, límites a nuestros pensamientos; es a estos designios únicamente a lo que atribuyo los obstáculos que, en el pasado, me impidieron examinar las virtudes de consumación.

Desde entonces he reflexionado que el corazón y la mente del ser humano son ambiciosos. Estos dos agentes, tomen una ruta buena o mala, se lanzan rápidamente hacia el

⁶³ El sr. David Monier remite al *Pequeño Instituto* (ver documento n. 4, a. 8):

⁶⁴ Al comienzo de la nota anterior, página [24], el sr. Monier prometía el futuro desarrollo de las «virtudes de consumación» y lo designaba con razón como «una tercera parte de esta obra», comenzada en 1815. Aquí su autor la considera como una «Segunda parte». Pero a la vista de la interrupción impuesta por las circunstancias al redactor, no pudo retomar este trabajo hasta finales de 1818. En efecto, en enero de 1819, el P. Chaminade le preguntaba a su secretario: «¿Está su alma suficientemente desprendida, suficientemente libre como para trabajar en las Virtudes de consumación? Si cree que podrá trabajar mejor en mi casa mañana, puede usted contar con que mi puerta estará abierta desde la mañana temprano» (CHAMINADE, *Cartas I*, o. c., n. 112, p. 302).

fin que desean alcanzar, y es casi siempre su desconsiderada precipitación la que les hace fallar ese fin. Hubieran llegado infaliblemente a él si hubieran tenido la prudencia de avanzar mesuradamente; es uno de los motivos que han hecho decir que es necesario ser sabio con temperancia.

Una vez conocidas las reglas de la consumación, varios discípulos satisfechos de haber captado su número y su progreso, y otros más deseosos quizás de disfrutar de ellas que de saber si son aptos, descuidaron la preparación y la purificación. Estarán por eso mismo en gran peligro de no triunfar nunca; varios estarán tanto más alejados de ellas cuanto más crean ciegamente poseerlas ya. Más dichosos serán los que tengan en cuenta esta máxima del profeta: *El temor de no ser agradable al Señor es el principio de la sabiduría* [Sal 110,10]⁶⁵.

Máxima que es preciso recordar habitualmente y en el sentido en el que acaba de recordarse: *El temor de no ser agradable al Señor es el principio de la Sabiduría*.

Es este temor el que nos atará al trabajo de la preparación y de la consumación, haciéndonos considerar la empresa de la consumación entera de las virtudes como el punto más alto de vocación que nos pueda ser concedido, como la obra en la que todas las gracias de la Providencia se nos harán más indispensables.

Para formarnos una especie de imagen tanto de lo que debe ser la consumación de las virtudes cristianas como de la excelencia de la preparación que exige, y también de la necesidad de la purificación que debe precederla, basta solo con recordar que consistió en esto el sumario al que el Hombre-Dios, al final de sus trabajos en la tierra, redujo su vida entera: *Todo está consumado. Consummatum est* [Jn 19,30]. Este Dios Salvador había llevado todas las verdaderas virtudes a ese punto de excelencia que las hacía dignas de agradar a Dios su Padre y de hacerlas participar de las virtudes del Dios de Abrahán y del Dios de Jacob.

Como miembros de Jesucristo, por los dones **[28]** del Espíritu Santo que se ha dignado enviar a la tierra, podemos, con la firme resolución de seguir sus inspiraciones, renovar cada uno nuestra unión con Dios y estar dispuestos a pronunciar, al final de nuestra vida, esa misma palabra: *todo está consumado; consummatum est*; es decir, todo lo que Dios nos había dado DE DIVINO para ascender hasta su trono, y de terrestre para serle ofrecido en holocausto, ha tenido su destino fiel; *todo está consumado, consummatum est*.

Esta es la idea más general de consumación a la que están llamadas las Hijas de María. Veamos por medio de qué virtudes y con qué dirección se puede caminar a ella.

Tras haberse hecho una idea justa de la consumación, es necesario observar tres tipos de reglas, si no se quiere errar el propio fin:

- Asegurarse de su vocación.
 - Verificar si se está preparado y purificado.
 - Entrar por las vías de la consumación.

§ 1º: Asegurarse de su vocación

No hay duda alguna de que la vocación a una vida perfecta es la más alta vocación a la que puede ser llamado el ser humano. En consecuencia, de todas las vocaciones es de la que uno debe asegurarse mejor, cuando comienza a introducirse en ella.

De antemano, se reflexiona sobre ese tiempo si se estará bastante preparado y bastante purificado para entrar en esa vía de perfección; por lo mismo uno se compromete a seguir preparándose y purificándose con más cuidado y actividad.

Con el consejo de su director, se combina este propósito, se sopesa con él la voz interior que nos llama y se explican todos sus matices; uno se asegura de que no hay ilusión; y aunque la gracia sea la fuerza que nos sostendrá en la empresa, se consideran no obstante las propias fuerzas naturales y se ve lo que les falta para poder persistir con probabilidad hasta llegar a triunfar.

⁶⁵ *Initium sapientiae timor Domini* [Sal 110,10].

Nunca es la falsa confianza en nuestras fuerzas ni la expectativa de una cierta delectación lo que deben decidirnos, sino que nuestra falta de fuerzas y la visión de las repugnancias deben hacernos pedir mayores gracias, que contrapesen incluso sobradamente las ventajas deseables de naturaleza y de inclinación que nos faltan.

La intercesión de la Virgen y de su esposo, la de los santos ángeles y la de nuestros Patronos estarán a favor nuestro, si las pedimos con pureza de intención.

A continuación, son nuestros guías nuestros Superiores en el orden de la salvación. Es muy raro que se exprese verdaderamente la vocación a la vida perfecta si no procede del impulso del director, y que no haya una humilde desconfianza por parte del sujeto llamado. Si faltan estos dos signos, la vocación puede calificarse de dudosa, a menos que Dios no la ordene visiblemente por medio de causas en las que su gloria se manifiesta y cuya ejecución casi inmediata justifica la empresa.

[29] Es preciso estar muy en guardia para no confundir las reglas de una vocación ordinaria y en la que el fiel pueda realizar su salvación, de las reglas de vocación a la vida perfecta en la que debe llevarse a cabo la salvación de muchos otros en Israel; la vocación ordinaria casi siempre se dará sin repugnancia para el que es llamado; su director tendrá más obstáculos que él para consentir; es de la vocación extraordinaria a la vida perfecta de lo que indicamos únicamente sus signos, cuando deseamos el impulso del director y la desconfianza del llamado.

Sirvámolos de un ejemplo augusto: la Santísima Virgen fue provocada a convertirse en Madre de Dios; y fue como esclava del Señor como le dijo al ángel que se hiciera su voluntad. Esta alta vocación fue señalada de una manera divina, solo fue aceptada con el sentimiento que tuvo la criatura de no poder nada por sí misma, y también con una sumisión de confianza en aquel que es todopoderoso.

Una frecuentación ardiente de los sacramentos debe acompañar estos momentos decisivos, mayor exactitud en todos los ejercicios, la conversación más habitual con el Bienamado en todos los momentos de la jornada, la calma en todos los movimientos del alma, la alegría de tener que obedecer, los actos que demuestran que cierta levadura ya no actúa, que el hombre viejo está fuertemente encadenado en el fondo del alma y como si ya no estuviera en ella; estas disposiciones y todas las demás del mismo tipo son favorables a la decisión.

Si el director decide disposiciones, a pesar de la repugnancia del llamado, este debe ceder al impulso; su sumisión será a menudo el acto definitivo que precede a la resplandeciente luz del Espíritu Santo. Y otras veces esta sumisión será uno de los más saludables medios para el progreso que va a comenzar.

Cuando la vocación está asegurada, hay que verificar si el sujeto no opone algún obstáculo por su parte; es el motivo para verificar rápidamente la preparación y la purificación ya obradas o intentadas.

§ 2º: Verificar si se está preparado y purificado

Por tener dos objetos, la verificación que aquí se propone estará también dividida en dos artículos.

ARTÍCULO 1º: REVISIÓN DE LA PREPARACIÓN

En el capítulo principal sobre las *virtudes de preparación* se ha intentado hacer comprender que consistían en cuatro cosas:

1º Imponer silencio a los órganos y a las facultades del alma o, en todo caso, conocer las facultades que no obedecen al silencio ordenado.

2º Recoger las facultades más poderosas y bien ordenadas, para someter las facultades cuya voz estalla contra todo orden.

3º Emplear para el mismo efecto nuestra obediencia a los que nos [30] dirigen y cuyo consejo hay que tener en cuenta para reducir nuestras facultades.

4º Emplear en ello las mortificaciones, de las que hay que amar el soportarlas, como el último y más fuerte medio que nos queda para vencernos a nosotros mismos.

Aunque no lo hemos dicho, se habrá comprendido lo suficiente por la experiencia que esta victoria nunca está conseguida completamente. Es una lucha que renace siempre. No se encuentra uno en la misma posición porque, si se han hecho progresos, se ha adquirido más fuerza y saber hacer, si se puede hablar así; o bien el enemigo que resistía se habrá debilitado. Si, por el contrario, se ha sido lo suficientemente débil como para retroceder, el mal ha crecido, el vicio se ha hecho mayor y son necesarios mayores esfuerzos para recuperar el terreno perdido y para remplazar el que se ha dejado de ganar.

Además se ha podido, sin negligencia ni malicia voluntaria, ser arrastrado por la ilusión; esto sería una prueba que Dios habría permitido y que la tendrá en cuenta si le hemos sido fieles.

De todas estas posiciones en las que nos sitúa el trabajo de la preparación, hay que concluir que ni nosotros ni nuestros directores juzgarán de su bondad sino por una revisión del primer estado en que estuvimos, del estado por el que hemos pasado y de aquel en el que nos encontramos.

Esto hay que saberlo bien antes de pasar a las virtudes de consumación.

La Superiora y los diversos Jefes bajo ella habrán debido guardar una nota secreta de los principales rasgos que habrían caracterizado el trabajo de preparación. Si esos rasgos están bien recogidos, a menudo bastará con un vistazo, para asegurarse dónde está el punto débil y qué temores cabe abrigar.

Se dice que a menudo eso será suficiente, porque sería un error tomar siempre esta medida como norma, sobre todo si la preparación no ha tenido todo el tiempo que habría podido para garantizar la madurez. Además, hay espíritus que se dan a conocer tan tarde o tan lentamente que es necesaria la experiencia de los más avanzados en el conocimiento del corazón humano más que las observaciones. Desgraciadamente el hábito vuelve a las observaciones rutinarias, triviales y, en consecuencia, insignificantes.

De cualquier modo que se examine el trabajo de preparación, sea con el resumen que aporte el mismo sujeto, sea por las notas habitualmente guardadas en un registro secreto, sea por la experiencia y el juicio de los más hábiles en esta materia, es necesario que el examen dé como resultado tres puntos de vista principales:

- ¿De dónde ha partido el sujeto, cuando ha entrado en el espíritu de religión y de piedad?
- ¿Qué obstáculos más señalados ha experimentado tanto en su interior como de fuera? ¿Ha salido del ambiente de esos obstáculos?
- ¿A qué estado ha llegado?

Este examen, hecho sin prevención humana, con la mirada puesta en Dios y en su gloria, dará a comprender suficientemente si todas las facultades están en paz o si las facultades tumultuosas han disminuido.

Quien tiene subyugada a una pasión por el consejo y la fuerza del alma, por la obediencia y la fidelidad a un buen guía o por soportar habitualmente la mortificación como remedio, [31] puede llegar a ser un santo mayor que aquel cuya alma ha sido favorecida con una paz constante en este mundo. Es una verdad fundada en la razón, pero cuya experiencia se ha manifestado con bastante frecuencia como para que sea inútil insistir en dar una prueba de ella.

No se trata de que un alma que por la gracia permanece siempre en paz, no pueda ser favorecida de manera que produzca grandes maravillas para la edificación del mundo; sino de que Dios dispensa los dones y las pruebas según su voluntad y hace brillar en uno y otro caso, cuando quiere, su poder y su misericordia.

Entre esta diversidad de espíritus, hay que comprometer en la alta perfección o en el camino que a ella conduce a todos los que, llegados a conocer sus facultades y sus

movimientos internos, no experimentan ni muestran ya desordenado ninguno de ellos, o a quienes, estando en el caso de experimentarlos y dejándolos asomar a veces, tienen el hábito y la aplicación suficientes para vencerlos.

Fuera de estos dos casos, querer llevar sujetos a la consumación de las virtudes es una empresa ilusoria. Es a prepararse a lo que deben aplicarse. Los ejercicios sobre las virtudes de consumación se volverían infaliblemente algo que acrecentaría su vicio. Solo sacarían provecho de ello el amor propio y el orgullo, que imperceptiblemente se mezclan en todas nuestras acciones. Es preciso evitar este escollo.

Supongamos, pues, un alma habitualmente en calma y que, cuando está en una situación de salir de ella, tiene los medios de dominarse por sí misma, por la obediencia a la dirección de otro o por el empleo de las mortificaciones que ha llegado a soportar fácilmente; tal alma ha recibido la preparación a las virtudes.

Pero antes de hacerla pasar a las virtudes de consumación, se trata de no confiar en la preparación dada; por mucho cuidado que en ello se haya puesto, hay que ir más allá: hay que probar, hay que revisar y hay que verificar la fuerza de la preparación ya recibida. Se presumiría que es buena para permanecer en el estado en que está el sujeto, pero puede no ser suficiente para hacer pasar a ese mismo sujeto al estado más elevado, al que tiende a la consumación.

Para esta prueba, el sujeto será sometido momentáneamente a una obediencia inesperada o que contraríe su humor, si ello es posible; entonces la obediencia en la que se creía fuerte podrá quizá manifestarse como débil y habrá lugar para dudar de que esté presto a entrar en la vía difícil de la consumación.

Para tener una prueba completa, se pasará de la prueba de la sumisión fuerte e inesperada a la prueba de una mortificación igualmente inusitada y se verá con ello si soportar las mortificaciones es algo realmente adquirido.

Se puede observar entonces si, hasta ese momento de revisión de las pruebas, el empleo de la obediencia y de soportar las mortificaciones había tenido por objeto ayudar a someter las emociones de algunas facultades del alma mal domadas, y si en la prueba de la que se acaba de hablar se trata de obedecer sin motivo y de soportar las mortificaciones sin utilidad aparente; lo uno y lo otro de una manera independiente de nuestra razón y nuestra opinión; es amar entonces la obediencia por la obediencia y las mortificaciones por las mortificaciones.

[32] Debe percibirse la diferencia de los dos casos sucesivamente presentados. En el primer caso, se preparaba, se entrenaba el alma, se aprendía a conocerla y a saber dominarla; en el segundo caso, se entra en la vía de la perfección, se intenta algo más que vencerse o dominarse, se hace un primer ensayo para abandonar la propia naturaleza y elevarse a un estado más perfecto.

La obediencia de Abrahán, que lleva a un lugar alto a su hijo para ofrecerlo allí en holocausto, y las mortificaciones de Job, que desprovisto de todos sus bienes se convierte en el oprobio de todo quien le rodea, son los ejemplos en los que hay que aprender no solo a caminar, sino a sostenerse con valor, con calma y con constancia.

Esta idea hace temblar a la naturaleza humana, porque esa naturaleza no es sino debilidad y nada. Se la ha preparado con esfuerzo, se ha creído ennoblecerla y elevarla hasta el infinito, y he aquí que, ante las virtudes de consumación y desde una perspectiva terrena, ante un miserable asalto de obediencia y de mortificación, se para y se apresta a dar marcha atrás.

Hay que convenir en ello y hay que estar íntimamente penetrado de ello: no es de la naturaleza humana y de sus fuerzas de donde deben esperarse las verdaderas virtudes, las que llevan a la consumación; es de la gracia, únicamente de la gracia santificante; basta con que la naturaleza se anonade y se deje arrastrar sin resistencia, como el hijo de Abrahán siguió a su padre, al que solo el Espíritu de Dios guiaba al lugar del sacrificio ordenado.

Dichosa el alma que, entrando así en las virtudes de consumación, respira, por así decirlo, un aire nuevo, que siente ya toda la diferencia de su estado de preparación, en el que

ella dominaba la naturaleza, de este de consumación, en el que olvidará la naturaleza humana, para revestirse, si se puede hablar de este modo, de una naturaleza divina. Su único impedimento es el temor a no ser digna de ello.

Una vez revisada y verificada la preparación, hay que ocuparse también de revisar y verificar la purificación.

ARTÍCULO 2º: REVISIÓN DE LA PURIFICACIÓN

La preparación se apodera, por así decirlo, del alma y ataca todos sus grandes defectos; la purificación busca las raíces funestas del mal y las pequeñas semillas de virtud, para extirpar las unas y tratar de favorecer las otras.

Cuando hay que pasar a las virtudes de consumación, se ha visto cuán necesario era verificar antes el estado de preparación.

En ese mismo caso, no es algo de menor importancia verificar el estado de purificación.

Aquí solo se recuerda por necesidad lo que sea dicho para la revisión de la preparación, y que debe aplicarse a la revisión de la purificación.

El trabajo de purificación se examinará con el resumen que pueda hacer el sujeto, con las notas conservadas en un registro secreto y con la experiencia y el juicio de los más hábiles en esta materia.

En la revisión de la purificación, igual que en la de la preparación, es necesario que el examen arroje como resultado tres puntos principales:

[33] - ¿De dónde partió el sujeto cuando entró en el espíritu de religión y de piedad?

- ¿Qué obstáculos ha experimentado en su interior o de fuera, y si ha salido de ellos?

- ¿A qué estado ha llegado?

Si la revisión de la purificación es en su desarrollo, como acaba de verse, la misma que la revisión de la preparación, es diferente en su materia y exige en eso una explicación propia.

Se ha visto que la purificación versa:

- sobre la indolencia en el estado al que se ha llegado y la malicia de las causas de esa indolencia;

- sobre nuestras debilidades, nuestras inclinaciones y nuestras inseguridades;

- sobre las contrariedades, las sugerencias y las tentaciones que nos sobrevienen.

El sujeto constantemente reacio y constreñido en esta purificación o en una de las partes de las que se compone, no está aún llamado a las virtudes que se despliegan sin esclavitud ni ligaduras. La consumación de las virtudes no le está abierta.

La admisión equivocada al estudio de las virtudes de consumación sería para tal sujeto la fuente de una ilusión mortal.

No se entra en la alta perfección con la indolencia sobre el estado en que ya se está; no se entra con la insensibilidad sobre la malicia que encierra sea indolencia.

No se pretende la consumación de las virtudes cuando no se sabe suplir la propia debilidad con la fuerza de Dios; prevenir o destruir sus inclinaciones por medio del abajamiento de la naturaleza de donde provienen todas; abandonar, si fuera necesario, toda inseguridad, abandonándonos a los consejos de los que nos han sido dados por Dios para guiarnos en la tierra.

Solo se es cristiano a medias y se está lejos de la consumación cuando no se sabe oponer a las contrariedades una paciencia duradera, a las sugerencias malignas y sutiles el firme propósito del bien y a las tentaciones de todo tipo los actos que les son contrarios.

Cuando se bebe de la fuente de la gracia, cuando se está rodeado de ayudas de todo tipo y no se rompen los miserables lazos de los que se acaba de hablar, aspirar de otro modo que de muy lejos y como con impotencia a las virtudes de consumación es desconocer la perfección, es ignorar su importancia, es querer sentarse a la mesa del esposo sin el vestido nupcial, es ocupar en esa misma mesa el puesto elevado, del que será necesario bajarse lleno de confusión.

Pero supongamos aquí sobre la purificación que se trata de revisar, que se han cumplido las condiciones como lo hemos hecho en la revisión de la preparación; supongamos en un alma cada día más temerosa de no agradar a Dios y más deseosa de hacerse digna de ello, cuyos actos todos reposan en la fuerza del Todopoderoso, cuya naturaleza y sus inclinaciones se abajan y se anonadan insensiblemente, que remite todas sus inseguridades a la autoridad que Dios ha dejado en la tierra para resolverlas, que guarda la dulzura y la paciencia si es contrariada, que recuerda sus buenos propósitos si le sobrevienen sugerencias opuestas, que a las tentaciones del orgullo opone actos inmediatos de humildad, a las tentaciones de desconfianza la fe en las promesas, al desánimo la esperanza de todo lo que hay en el cielo, a cada pasión la invocación de Dios y la virtud que sufre el ataque... la purificación es perfecta.

[34] Pero, antes de meterse por el camino que es el de la consumación, hay que detenerse un momento, probar, revisar y verificar, igual que se ha hecho con la preparación.

¿Quién será digno de entrar en el tabernáculo?, grita David. *Será*, continúa el profeta, *quien esté sin mancha y esté revestido de justicia...* [cf. Sal 14,1-2].

¿Qué condición para ir a la consumación de las virtudes?

Es la de ser inocente en la naturaleza y a continuación revestirse de la justicia como de una traje, cuyo despojamiento, si es que se produce alguna vez, comportará la vergüenza de la desnudez y cuya desgarradura supondría el mayor motivo de aflicción.

Para probar y verificar la purificación, no bastará con pedirle al sujeto en qué consiste cada artículo de la purificación, lo que, sin embargo, debería saber de una manera fácil e imperturbable.

No bastará con la aplicación de las reglas que el sujeto haya podido cumplir durante el trabajo de purificación, con los actos de su conducta.

Es preciso encontrar además temas de prueba análogos a la purificación y no importa si en un sentido semejante o diferente a las pruebas indicadas más arriba sobre el tema de las virtudes de preparación.

Daremos solo tres ejemplos:

El primer objeto de la purificación es desprenderse del estado de indolencia en el grado de virtud en el que se está, y sustituir el temor siempre renaciente de no agradar a Dios tanto como se desea, por el empleo de lo que su bondad nos ha dado.

Para la prueba, se seguirá la conducta del sujeto en el cambio de ocupación que se le habrá dado con miras a probar su obediencia y su soportar las mortificaciones, o con cualquier otra mira.

Una de las dos ocupaciones será más acorde con sus gustos o su saber, la otra lo será menos.

Hay que observarlo por igual en una y otra.

Asumir sin temor las ocupaciones acordes a su gusto o a su saber, si está bien purificado, será dar muestras de un talento adquirido o de su satisfacción natural, una actividad y una satisfacción que procederían mejor de la obediencia y de la sumisión a lo que se le ha ordenado.

Si el sujeto pasa a los trabajos que menos sabe hacer y que son menos de su gusto, su temor de disgustar a Dios disminuirá en proporción a que el mal resultado en el trabajo podría darle más motivos de humillarse.

Si, por el contrario, el temor de desagradar las miras de Dios disminuye en razón del mejor resultado en las cosas externas, si el mal resultado causa un malestar que no se explica, si suscita una confusión que está producida por el temor del orgullo secreto o de menos estima ante los seres humanos, la purificación no está muy avanzada.

Pero la prueba se ha hecho. Hay que instruir y volver a trabajar el tema; excitar el deseo de no desagradar únicamente a Dios y el temor a no triunfar en ello.

El segundo tipo de cosas sometidas a la purificación comprende nuestras debilidades, nuestras inclinaciones y nuestras inseguridades. Ya se ha visto su explicación.

Para probar el estado de purificación no hay que dudar en proponerle al sujeto que examine las cosas en las que su virtud ha [35] sido a veces más débil; aquellas en las que sus inclinaciones se han mostrado fuertes o aquellas en las que algún apego mal deshecho le deja en la inseguridad y suspende su acción.

La mayor o menor rapidez en volver a las reglas dadas y también la firmeza con la que esas reglas se abracen, da la medida con la que se apreciará el grado de purificación.

El tercer tipo de cosas que son objeto de purificación, se renueva él mismo de modo bastante natural: son las contrariedades, las sugerencias y las tentaciones.

Para probar en este aspecto a un sujeto, basta con abandonarlo a sí mismo un tiempo y asegurarse de cuáles son sus decisiones cuando tiene que tomarlas por sí mismo y espontáneamente.

Si las reglas no le eran conocidas o si no se trata de probar su grado de purificación, no se debería intentar ni aparentar abandonarlo: porque es el apoyo mutuo lo que garantiza la santidad de los cristianos y particularmente la de una orden monástica.

Cuando en la mayoría de los casos que acaban de indicarse el sujeto cuyo grado de purificación se examina no se separa de la regla de justicia y de conducta que se le ha enseñado más que de lo que se separaría de su vestido, se podrá repetir entonces con el profeta: *¿Quién será digno de entrar en el tabernáculo?* [Sal 14,1-2]. Pero será para alabar a Dios y bendecir sus misericordias.

Para que la purificación así verificada se considere suficiente, es preciso que en el sujeto la aplicación de las reglas enseñadas no sufra ninguna resistencia de la voluntad, que no dejen de ser usadas por una especie de olvido, sino que la inexactitud en la aplicación de algunos aspectos proceda solo de algún defecto de carácter que puede considerarse corregible con el tiempo, como sería la ligereza de la edad, la alegría, la vivacidad o bien cierta lentitud habitual, la tristeza de las circunstancias, etc. Otra cosa sería el humor, el capricho, el carácter vano, perezoso, inclinado a la frivolidad, amante de las novedades, inconstante o toda disposición habitual que constituye una pasión simple pero peligrosa.

La purificación es satisfactoria cuando sus reglas se conocen bien y su práctica es habitual en todos los casos de los que se ha hablado.

La doble verificación de la preparación y de la purificación se asemeja a la que se hará de los fundamentos mal puestos en un terreno y sobre el cual, sin embargo, se va a decidir alzar un gran edificio; una vez sondeados, reconocidos y valorados esos fundamentos, hay que actuar.

Ya se está seguro de la vocación al estado perfecto, el alma está preparada, está purificada de lo que conduciría al mal, de lo que perjudicaría el bien. Se trata de trazarle reglas para ir más lejos y hasta donde pueda alcanzar. Es el objeto del tercer apartado anunciado en la división de esta parte.

[36]

§ 3º: ENTRAR POR LAS VÍAS DE LA CONSUMACIÓN

Cada virtud puede llevarse a ese grado de perfección en la que se la llamará virtud consumada. Pero no basta con llevar a ese grado una sola virtud para que quien la ejercita esté consumado en la virtud. Para llegar hasta ahí es necesario llevar en un mismo movimiento varias virtudes principales, situarse en un estado tal que todas las virtudes a la vez se resientan de ese progreso, y que no sea una sola, al final, la que pueda ser ejercitada fácilmente de una manera análoga a las más perfectas y más habituales.

Las virtudes por medio de las cuales es útil comprometerse en este trabajo se llaman virtudes de consumación.

En el Instituto, las primeras de las virtudes que hay que llevar a la consumación son las que pueden obrar en nosotros el sacrificio entero del hombre viejo; las otras sirven a la ofrenda pura que el hombre nuevo debe llevar hasta los pies de su Dios.

Estas dos consideraciones van a dar lugar a reglas distintas, que serán el objeto de dos artículos.

ARTÍCULO 1º

Manera de consumir el sacrificio del hombre viejo

Las virtudes más necesarias para este objeto son las indicadas en el Instituto en número de cuatro, como teniendo que ser incluidas en las virtudes de consumación.

Se llaman: humildad, modestia, abnegación de sí y renuncia al mundo.

Es a estas cuatro virtudes a las que hay que darles el movimiento que se debe desde la perspectiva de la aniquilación del hombre viejo y obrar la perfección consumada. Las virtudes que son sus consecuencias o sus acompañantes, se podrán indicar después.

1º De la humildad

La humildad cristiana es el reconocimiento de nuestra nada en todas las cosas. Como es fácil de notar, aquí la definición comprende la regla; pero se equivocaría mucho quien creyera que la aplicación, para que llegue a ser una virtud consumada, es sencilla y fácil.

El sentimiento de nuestra nada en todas las cosas es más de razón que de práctica. Se está de acuerdo en que debe ser así; se pone uno a quererlo, pero el hombre viejo se opone a su aniquilamiento. Se adormece a veces, pero es para revivir allí donde sería esencial que su nada fuera más completa.

Se han hecho, por lo tanto, algunos actos más o menos cercanos a la humildad, pero no se es humilde sustancialmente; se avanza con esfuerzos hacia la humildad cristiana, pero como náufragos que nadan hacia la orilla; en cada ocasión que uno considera que ha llegado, se ve alejado por las olas que regulan y nos vuelven atrás.

El sentimiento de nuestra nada que constituye la humildad cristiana, queda detenido por nosotros mismos o por una causa que viene del exterior.

[37] Por nosotros mismos, es decir, con una complacencia secreta en nuestras cualidades, o en los gérmenes de virtudes o en las disposiciones que creemos que son un mérito y una propiedad, porque olvidamos de quién nos viene o porque olvidamos la fragilidad que puede causarnos su pérdida en cada momento.

Para el anonadamiento que la humildad cristiana procura en todas las cosas, hay que tener siempre presentes tanto la causa de donde todo viene como la causa que sostiene todo: para que jamás nada en el hábito de nuestras virtudes ocupe el lugar de esta causa y se mezcle con ellas.

Cualidades, virtudes y disposiciones al bien todo viene de Dios, todo se conserva por él. Al recibir todas estas cosas de Dios y conservarlas por él, nuestro sentimiento, si las deseamos, si las hemos obtenido y si las recordamos, debe ser el de la alabanza a Dios y el de nuestra humildad, el del agradecimiento junto al de nuestra propia y completa impotencia.

Es como una espiga que, por un momento, no se rompe y todavía no se ha convertido en juguete de los vientos ni en materia del fuego, y las tempestades giran sobre ella, los días y las noches se suceden para hacerla crecer o para refrescarla, sirve de imperceptible conducto a los granos que deben coronarla, cubierta de oro en su superficie, fuerte y esbelta con gracia a pesar de su fragilidad; ¿qué será de ella si un soplo la marchita ante de su madurez o la brisa antes de la formación total del tributo que pronto debe presentar como ofrenda?

Así el alma en los designios de Dios es como el órgano de los más ricos productos en el orden moral; pero tan impotente para crearse como lo sería la espiga; está encerrada en lo que ha recibido y no tiene otro mérito propio que el de cumplir fielmente y siempre su destino con santo temor, coronándose de frutos que no glorificarán con justicia sino al único autor de todas las cosas.

Si esta nos parece haber sido la regla desde la creación y antes de la caída del ser humano, cuánto más debe ser sentida su verdad en el orden de la redención obrada por Jesucristo.

Este Dios hecho hombre ha traído a la tierra la lección y el ejemplo de la humildad cristiana. Ha enseñado que volverse sobre sí mismo para atribuirse cualquier tipo de mérito, era una abominación, un latrocinio de lo que le es debido exclusivamente a Dios su Padre y una impiedad que coloca al ser humano en el lugar en el que solo Dios debe reinar.

La naturaleza humana fue degradada de tal modo por el orgullo de nuestro primer padre y los caminos del ser humano hacia la santidad y la justicia estaban de tal modo corrompidos, que fue necesaria la efusión de la gracia para que esta naturaleza no continuara haciéndose un ídolo a sí misma, lo que es la idolatría más extendida que se haya establecido sobre la tierra.

Pero aquel que tiene la gracia y la revelación de Jesucristo, quien está regenerado por la sangre de este divino Salvador, quien quiere dejar de ser el hombre viejo, ¿qué debe añadir a esa lección de humildad que las palabras y los ejemplos de nuestro Cristo nos han dado, si no es hacerla práctica en cada instante de su vida; no atribuirse nada, porque todo es para Dios [38] y viene de Dios, destruir en su alma los recovecos más alejados, las ideas más ligeras que nos ponen allí donde debe estar el autor del bien y nos permiten experimentar una complacencia, complacencia e idolatría aunque sea transitoria, ligera y casi imperceptible?

El sentimiento de la humildad cristiana y de la nada del ser humano no es detenido solamente por la imbecilidad de nuestra naturaleza, lo es también por causas que vienen del exterior.

Todo el lenguaje de los seres humanos y el trato entero de su vida en toda sociedad ¿no consisten en atribuirse o negarse recíprocamente el mérito de sus cualidades o de sus respectivas acciones?

Ese lenguaje corruptor es, en cierto modo, como el aire que se respira; no se podría purgar de lo que tiene de funesto y de más mortal.

Si algunos, en pequeño número, llegan en él a una cierta contención y cierta decencia, ¡cuántos otros llevan su manera de hablar hasta la adulación!

Bajo este terrible y fatal aspecto, el trato social es como un horno ardiente del que será necesario un milagro para que podamos escapar sanos y salvos.

Si están ustedes convencidas de la nada del ser humano y de que la gracia en la soledad las haya penetrado en la soledad, imbuidas, por así decirlo, de la humildad cristiana, ¡ah!, cierren sus oídos a los acentos sutiles de la idolatría. Consideren deplorable idolatría todo elogio que no esté dirigido a Dios y solo a Dios; recen por los que están en el error; rechacen la opinión que se les quiere hacer compartir; digan desde el fondo de su corazón, digan también de boca, si tienen un cierto derecho a hablar, digan con el acento de la convicción: Dios es todo y nosotros no somos nada. La alabanza es un mal camino si no se dirige solo a Dios. Es más que suficiente para el ser humano estar justificado ante la justicia del Señor, en el sentido de estar libre de censura y de que la misericordia cubra sus pecados.

En el Instituto y sobre todo entre los sujetos que sean admitidos a trabajar en la consumación en la virtud, es necesario aplicarse a corregir y a cambiar todo lenguaje que, por poco que sea, tenga que ver con la adulación.

Hay que considerar como una peste esas alabanzas que se llamas delicadas en el mundo, y cuyo sutil giro constituye el más vivo veneno. Hay que responder con un volverse a la alabanza de solo Dios.

Quien las oye sin ese volverse a Dios, falta a la tarea de la consumación.

Quien se permite esta tentativa no debe reprochárselo menos y hacer de ello objeto de acusación, por poco que haya tenido la voluntad o el gusto de hacerlo. Si no ha sido más que el órgano de Satán, debe humillarse y considerar si la ligereza y la inconsecuencia de las que se ha servido el tentador no son en ella una causa culpable de la que debe corregirse.

La consumación de la virtud, hay que estar muy alerta de ello, no encierra en una misma su tesoro y no se camina a la consumación si no se ayuda poderosamente y tanto como la gracia impulse a ello a la virtud de los demás.

El sentimiento de nuestra nada en todo, en toda acción, sin complacencia secreta en nuestras cualidades, en los gérmenes de virtudes o en las disposiciones al bien que experimentamos, he ahí lo que, ejercitado constantemente, constituirá nuestra humildad cristiana.

Remitir todo a Dios creador y conservador, a Jesucristo, su único Hijo, autor de la gracia, y al Espíritu Santo, que nos ha sido enviado.

[39] Mirar como abominación e idolatría la sorda atribución a nosotros mismos de cualquier cosa de entre los dones y las virtudes, no recibir esa adulación sin rechazarla inmediatamente, no dejarla acercarse, encontrarse impotente para atribuirle a la criatura, [aborrecer] el intercambio que pudiera establecerse con las compañeras de nuestros ejercicios, así es como se constituye la humildad llevada a la consumación.

2º De la modestia

La modestia es la manera de aceptar y mantener las buenas cualidades que no se creen haber merecido⁶⁶.

La modestia, en los signos externos a los que se da este nombre, puede ser con frecuencia la expresión de la humildad, que acaba de explicarse, sea porque la nada sentida correctamente de nuestra cualidades interiores descarte nuestras propias pretensiones y nos haga rechazar el elogio, sea porque la nada conocida de algunas buenas cualidades externas del cuerpo nos las esconda a nosotros mismos y las ponga al abrigo de todas las miradas bajo las libreas del pudor.

Esta modestia exterior, venga de la humildad o de una disposición natural o adquirida, es una cualidad estimada en el mundo por jueces delicados, pero preciosa de otro modo en las vírgenes consagradas al Señor.

Esta cualidad, manifestada al exterior y cuyo efecto es poderoso, no es, sin embargo, lo que hay que llevar aquí a la consumación. Nuestro poder es bastante limitado en lo que se refiere a nuestros hábitos exteriores, si es que la edad los ha confirmado.

Aquí se trata de un sentimiento habitual de modestia, que se convierte en virtud excelente y profunda del alma y que se puede perfeccionar. Sin duda que la virtud de la modestia ayuda a la humildad y al pudor casto; pero, prestándose con la misma utilidad a todas las demás virtudes, [se parece] a un barniz que recubre, sin dañarla, la vegetación y las flores y las protege sin alterarlas.

El sentimiento activo y delicado del alma al que se llama modestia, recibirá la perfección de su vivacidad, de su delicadeza y de la defensa que oponga a atentar contra la medida de la que se sirve condenar o tolerar.

Vivacidad para conmoveerse, delicadeza para sentir, prontitud para defenderse y excelencia de la medida que conforma [su regla].

VIVACIDAD PARA CONMOVERSE. La modestia está destinada a guardar a las demás virtudes de los ataques del amor propio, que las mancha, las pervierte y todo lo más no les deja sino un falso brillo. Garante y centinela de la santidad de nuestras virtudes, situada junto al enemigo activo y sutil que las ataca, no puede dejarse adormecer sin que todo, a cada instante, esté en peligro.

En alterarse incluso ante una alarma falsa radica la seguridad de una plaza asediada. Conmoveerse con lo rapidez de la luz que estalla y atraviesa todo lo que alcanza, es la primera la más preciosa cualidad de la modestia.

⁶⁶ Esta frase no está en el manuscrito que se transcribe. Está en AGMAR 18.15.1, p. [88].

Se dice que el amor propio es demasiado susceptible; se cree herido tanto por un amago como por un ataque que le ofende.

La modestia, que en nosotros es lo opuesto al amor propio, debe, si es posible, no ser inferior en vigilancia. Sería preciso que el resorte que une las distintas facultades de nuestra alma, no permitiera de ningún modo al amor propio removerse sin que la modestia reaccionara de antemano, como el movimiento de un reloj hace que el martillo se alce antes de que la campana pueda sonar.

La lentitud de la modestia en reaccionar deja que el amor propio se adueñe del terreno. La humildad vendrá lentamente y con reflexión para [40] reparar una parte del mal; la modestia, afectada a propósito, lo prevendrá por completo.

La vivacidad de la modestia para reaccionar es una de sus perfecciones.

DELICADEZA PARA SENTIR QUIÉN LE ATACA. Es otra preciosa cualidad de la modestia.

La delicadeza para sentir los ataques en los que la modestia queda comprometida, no consiste en asumir de repente como personal una alusión, una alegoría o un ejemplo en el que no se pensaba en nosotros y que nuestro tonto amor propio nos aplica sin motivo. Al contrario, esto es una falta de modestia, de la cual somos muy a menudo los últimos en darnos cuenta.

La delicadeza consistiría en este caso en no creer y no dudar, si es posible, que la alusión, la alegoría, el ejemplo o cualquier otro anticipo de adulación pueda atañernos.

La delicadeza radica en sentir en nosotros las cualidades opuestas como menores o nulas y que nos mantienen ajenos al ejemplo.

La delicadeza es no pasar a una semicomplacencia, sino sentir el peligro, el adormecimiento y, si se puede hablar así, el veneno.

PRONTITUD EN DEFENDERSE. Igual que la modestia herida se da a conocer por el sonrojo de la cara, igual sería preciso que se manifestara por la desautorización que el alma diera de la acción que ha suscitado ese movimiento.

MEDIDA QUE CONFORMA SU REGLA. El carácter de esta medida es el de aplicarse siempre a preferir la estima de nuestros beneficios más bajos, los que los demás no querrían. No es modesto quien se cree más o igual a lo que lo estiman los demás.

Si la modestia humanamente considerada debe conmocionarse, sentir, defenderse y proporcionar su medida con rapidez y justeza, ¿qué hay que decir del sentimiento de modestia en el cristiano? ¿Qué hay que pensar de las Hijas de María?

La modestia reinará en el corazón y sobre la frente, en los sentimientos del alma y en los hábitos del cuerpo; estará siempre en una vigilancia perpetua.

En modo alguno se trata para la modestia de las vírgenes del Instituto de considerar sus virtudes o sus cualidades. La humildad cristiana las anonada ante Dios.

Se trata de saber con qué sentimiento se recibirán las gracias cuya abundancia no viene de nuestro mérito, sino cuyo favor resplandece a veces en el seno del convento.

Soy la esclava del Señor; que se cumplan sus designios [Lc 1,38], este es el modelo en el que deben ustedes permanecer para imitar a su divina Protectora.

Ahí está y ahí estará siempre la lección de modestia: deben ustedes concurrir a las obras de Dios como siervas; son los designios de él y no los suyos los que se llevarán a cabo; si resplandecen en ustedes o son su instrumento, ¿no son ustedes la espiga que el concurso de las maravillas obradas por Dios y sin que el ojo pueda seguir su mano debe cargar de más riquezas y de más coronas que lo que sabría soportar?

El sentimiento y la práctica de la modestia en este estado serán llevados a la consumación a la que esta virtud puede llegar.

3º De la abnegación de sí mismo

Cuando la humildad cristiana y la santa modestia han recibido sus reglas o formado sus hábitos, queda dirigir nuestros apetitos y nuestras voluntades; es para este propósito para lo que la abnegación se hace necesaria.

[41] *Quien quiera ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo y me siga (Mt 16,24).*

Una persona verdaderamente religiosa debe renunciar a su sabiduría, a su mente, a su voluntad, a las comodidades, al lujo, a la delicadeza, a sus propósitos, a sus deseos, a sus curiosidades y a toda preferencia. La abnegación de sí mismo implica todo el sistema de mortificaciones; la vida mortificada consiste en negarse perpetuamente. Si en la preparación a la vida que deben seguir las Hijas del Instituto, han sido instruidas y comprometidas en soportar las mortificaciones, no es para que deban permanecer en eso, sino para avanzar hacia la perfección. Su virtud no se consumará sino con el cumplimiento de los designios completos de Jesucristo, su divino Esposo. Les hace falta no ya soportar sino amar las mortificaciones. Ese amor se adquiere negándose a sí mismo. Se niega a sí mismo, renegando del apego al propio cuerpo y del apego a su propia voluntad.

SOBRE EL APEGO AL PROPIO CUERPO. No se está en el convento para tener más comodidades de las que se tendrían en el mundo. Se ha abrazado la cruz de Jesucristo. Desprenderse de ella por mil complacencias indiscretamente pedidas a los Jefes, es renunciar a la cruz de Jesucristo y no negarse a sí mismo.

En lo concerniente al cuerpo, la abnegación consiste en no preocuparse de él ni de las comodidades que solicita. Toda delicadeza en beber, comer y los usos cotidianos debe ser crucificada. Las pequeñas incomodidades se ofrecen solamente a Dios y reconociendo que son poca cosa. Las enfermedades que necesitan ayuda, se reciben con resignación. No se deben negar ni disfrazar los síntomas. Se anuncian por sí mismas y se cuentan fielmente el comienzo, los progresos, las variaciones y las principales circunstancias.

Pero ¿es llevar la cruz de Jesucristo pedir por el insomnio la dispensa de levantarse y de los ejercicios de la mañana; por un dolor soportable, negarse a los trabajos de su oficio; temer una enfermedad por venir, hacerse cuidar como si se estuviera enferma y otras cosas semejantes? ¿Es eso estar muerta a una misma? ¿No es mostrar todo su apego a la vida y una sensibilidad extrema a los males más ligeros que la acompañan?

Hija de María, despréndase de esa sujeción demasiado grande a su cuerpo, sueñe con las cosas espirituales y renuncie de entrada a la parte más abyecta de su existencia.

SOBRE EL APEGO A LA VOLUNTAD. La abnegación de usted misma debe ser más completa, porque la cosa es posible. Su voluntad no tiene necesidades a las que sea necesario obedecer a pesar de uno mismo. Puede y debe ser inmolada por completo.

Querer lo que Dios quiere, ponerse a las órdenes de los Superiores a los que se les ha prometido obediencia, eso es lo que el corazón y los movimientos externos deben confirmar. ¿Qué puede querer darle Dios que le sea perjudicial? Es su Padre, es el moderador de todo.

Al contrario, ¿qué puede usted pedirle que no deba ser con toda seguridad e infaliblemente para su mayor bien?

[42] ¿Le pedirá usted penas? La perderán si no tiene usted la fuerza de soportarlas. ¿Le pedirá consuelos y alegrías interiores? Podrán no servir a su salvación, si usted necesita pruebas que la fortalezcan. Se halla usted por la debilidad de su naturaleza en el caso de llamar bien a lo que está mal y de llamar mal a lo que está bien. El sacrificio de su voluntad solo dejará la voluntad de Dios que es su Padre⁶⁷.



⁶⁷ Los manuscritos de los que disponeos terminan aquí. El texto de esta *Dirección* quedó, pues, inacabado.

13. TRES CONFERENCIAS A LAS HIJAS DE MARÍA

Del 1 al 7 de septiembre de 1820⁶⁸, el P. Chaminade hacía su visita regular al convento de las Hermanas de Agen. Disponemos de notas tomadas entonces de tres conferencias dadas por el Fundador sobre la perfección propuesta por el Instituto y sobre los medios de llegar a ella. Este texto se conserva en AGFMI 2A2.5. Es un documento de 45 páginas (16 x 20 cm.), todas escritas. Se hizo una copia, clasificada como AGMAR 39.1.2 en un fascículo de 32 páginas (17,5 x 22,5 cm.), de las que están escritas 25. La paginación usada aquí es la de AGMAR.

Según este manuscrito, el plan de las tres conferencias es:

- pp. [1-7], primera conferencia, «Sobre la perfección».
- pp. [7-17], segunda conferencia, «Nadie será coronado si no ha combatido verdaderamente».
- pp. [18-25], tercera conferencia, «Tened valor en el combate, si queréis tener la corona de vida».

Según el texto de los Archivos de las Hijas de María (AGFMI 2A2.5), la presentación es más detallada:

- Primera conferencia: «Sobre la perfección». Texto: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» [Mt 5,48].
- Segunda conferencia: «Sobre la corona prometida a los que combaten». Texto: «Nadie será coronado si no ha combatido verdaderamente» [2 Tim 2,5].
- Tercera conferencia: «Sobre el modo en que hay que combatir». Texto: «Tened valor en el combate, si queréis tener la corona de vida» [Ap 2,10].

[PRIMERA CONFERENCIA]

[1] Para la mayor gloria de Dios, salvación del prójimo, abnegación de sí mismo y obediencia.

Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto [Mt 5,48].

Este fue el texto que tomó nuestro buen Padre para la primera conferencia que nos dio sobre la perfección. Jesucristo dirigió estas palabras en su Evangelio a todos los cristianos, pero hizo de ellas un precepto para todas las personas religiosas, de manera que estamos obligados a tender a esa perfección deseable de nuestro Padre celestial; no llegaremos jamás a alcanzarla, pero debemos trabajar sin descanso y hacer de ella nuestra **[2]** ocupación principal: para animarnos a este trabajo, hay que considerar lo que es esta perfección a la que estamos llamados, y cuáles son los medios que debemos emplear para alcanzarla.

La perfección consiste en despojarse del hombre viejo y revestirse del nuevo. Pero ¿qué es el hombre viejo? Es esa naturaleza corrompida que nuestro padre Adán nos ha dejado como herencia. Hay, pues, que hacer morir esa naturaleza, despojarnos por completo de ella para que el nuevo Adán se forme en nosotros. ¿Qué es el hombre nuevo? Es Jesucristo. El hombre viejo era terrestre, puesto que está formado de tierra; el hombre nuevo es celeste, puesto que viene del cielo; el primero solo busca las cosas que pueden satisfacerlo, el segundo pone su placer en privarse de ellas; el primero busca la estima de las criaturas, el segundo no quiere más que su desprecio; por último, el primero se apega a todo lo que pasa, se arrastra continuamente por tierra, el segundo, por el contrario, desprecia lo que es de la tierra, se eleva sin cesar a la eternidad que es su patria, y a Dios que es su Padre celeste.

⁶⁸ Ver TRENQUELLÉON, *Cartas II*, o. c., n. 406, a santa Emilia de Rodat, 22 de septiembre de 1820.

Despeguémonos, pues, de esta tierra miserable, miremos las cosas de arriba, no nos arrastremos como esclavos.

Pero ¿qué medios tenemos para llevar a cabo esa muerte y adquirir esa hermosa perfección? Los que nos ofrece el Instituto; y si pretendiéramos buscarlos en otro sitio, estaríamos en la ilusión, nos fatigaríamos en vano, parecería como si hiciéramos mucho camino, pero todo este trabajo no conduciría a nada, porque [3] no la haríamos en orden.

¿Cuál es, por lo tanto, ese orden que debemos seguir? El siguiente: primero, ejercitarnos en las virtudes de preparación que son el silencio, por el cual llegamos a hacer callar en nosotros todas las voces indiscretas que nos impiden escuchar a nuestro Dios, que hace también que seamos dueñas de nosotras mismas y de las pasiones que combaten contra nosotras.

El recogimiento, no ese recogimiento que hace que se esté absorto en Dios sino el recogimiento de nuestro Instituto, que consiste en recoger, en reunir los esfuerzos que se han hecho en la práctica de las virtudes que se nos han propuesto; en ver en dónde se está, qué es lo fuerte y lo débil; la práctica de esta virtud hace que se conozca uno mismo, da medios para remediar los males del alma porque, si yo veo que soy débil en un punto y fuerte en otro, dirijo mi fuerza del lado de mi debilidad y pongo remedio al mal que habría hecho grandes progresos sin ese conocimiento que el recogimiento nos ha dado.

La tercera virtud de preparación es la obediencia, por la cual nos entregamos a las manos de nuestros Superiores, a fin de que nos ayuden a vencer nuestra naturaleza y nos ordenen los remedios que no tenemos el valor de usar por nosotros mismos.

Soportar las mortificaciones es el cuarto; hay que ser valeroso para practicarlos y tener un gran deseo del propio anonadamiento; una religiosa que esté animada de estos sentimientos le pide a sus Superiores no ahorrárselas, consiente en ser mortificada, humillada y contradicha en [4] todos los sentidos; con tal de que la naturaleza muera y la gracia triunfe, poco le importa.

A estas cuatro virtudes se las llama virtudes de preparación, porque en efecto no hacen más que preparar un alma a revestirse de ese hermoso vestido de justicia que es la perfección. Una vez que el alma está así preparada, solamente ha hecho una pequeña porción del trabajo, es necesario que recomience con nuevo ardor o que pase por un segundo periodo, que es la purificación.

La purificación consiste en un trabajo asiduo que se ha hecho sobre sí mismo, en exámenes meticulosos para descubrir las raíces del mal y los caracteres, porque en la preparación no se ha hecho sino cortar las ramas, pero en la purificación se buscan las más pequeñas raíces para extirparlas y destruirlas.

Para hacérselo comprender mejor, el buen Padre nos puso la comparación de la raíz de nuestros vicios con la grama; esa mala planta, dijo, se pega tan fuertemente a la tierra que, si se tiene la desgracia de dejar una pequeña rama de ella, se reproduce inmediatamente y el campo en el que se la ha dejado está, ocho días después, cubierto por esa hierba y en mayor cantidad que antes.

Ocurre lo mismo con nuestros vicios. Si lo único que hacemos es cortarlos o si, incluso cuando arrancamos las raíces, dejamos algunas escondidas en la tierra de nuestro corazón, no hemos hecho nada. Por eso hay que examinar con cuidado en la purificación no solo las faltas sino también las causas que las hacen cometer y aplicarse a [5] destruirlas; se necesita un gran valor y buena voluntad, pero la visión de esta montaña en la que encontraremos a Dios debe animarnos mucho a ese trabajo.

Tras el trabajo de purificación hay que comenzar la obra, o por mejor decir, el sacrificio; hasta ahora lo único que se ha hecho ha sido atar la víctima sobre la pira; se la tiene bien atada, pero hay que darle el golpe de muerte; la humildad, la casta abnegación de sí mismo, la renuncia a las cosas de este mundo y la pobreza son las cuatro virtudes llamadas, en nuestro Instituto, de consumación, que aniquilan totalmente al hombre viejo y revisten al alma que las posee de justicia, volviéndola apta para formar en ella al hombre nuevo que es

Jesucristo; entonces un alma, llegada a este punto, no vive sino de la fe, de la esperanza y del amor.

¡Hermosa vida, verdaderamente dichosa! ¡Ah, quién nos diera imitarla y poder, nosotras, Hijas de María, caminar tras las huellas de nuestra Madre, vivir y morir de amor! Este debe ser todo nuestro deseo y la finalidad de nuestras oraciones, pero mucho más el de nuestras acciones. Reanimemos nuestro valor, reavivemos nuestra fe ante la vista de esta deseable perfección a la que nuestro Dios nos llama. Por la mañana, al despertarnos, lejos de dejarnos llevar por nuestra cobardía natural, digámonos: Alma mía, considera el trabajo que tienes que hacer hoy. Dios te llama a la perfección, quiere, por medio de su unión íntima contigo, hacerte partícipe de su Divinidad. **[6]** ¡Qué honor! ¡Qué gloria! Dios mío, me apresuro y estoy decidida a emplear bien esta nueva jornada que me dais.

Nuestro buen Padre nos hizo recordar la huida de Elías al desierto⁶⁹; llegado a un lugar, abrumado del sueño y de la fatiga del viaje, se quedó dormido. Un ángel vino a despertarle, diciéndole estas palabras: *Levántate y come, porque tienes todavía un largo camino por hacer* [1 Re 19,7]. Se levanta, come y se vuelve a dormir; pero el ángel vuelve a despertarlo y le dice por segunda vez: Levántate y come. Y, después de haber acabado lo que quedaba de pan, se sintió tan fortalecido por ese celeste alimento que caminó cuarenta días, al cabo de los cuales llegó al monte Horeb en donde vio a Dios. Este solo momento le compensó de todas sus fatigas y sus penas. Esa montaña era la figura de la perfección.

Nuestro buen Padre nos dijo que las virtudes de preparación y el trabajo de purificación son la mitad del pan de Elías; que debemos comerlo y no quedarnos en eso, sino acabarlo todo, es decir, adquirir las virtudes de consumación, para llegar a esa montaña deseable en la que veremos a Dios. Nos hace comprender la dulzura que experimenta un alma que goza solo un momento de su Dios; ese rato tan corto es tan amable que compensa de todas las penas que se puedan haber sufrido. Cuenta que san Francisco Javier no habría creído hacer demasiado por tener uno de esos dichosos momentos que quedan impresos de por vida. Es ese santo reposo, ese sueño o más bien ese éxtasis cuya dulzura disfrutaba Adán, **[7]** cuando Dios le sacó una de sus costillas para formar la primera mujer y que era figura del sueño de Jesús sobre el árbol de la Cruz, cuando le abrieron el costado, de donde salió su esposa sagrada, es decir, la Iglesia.

SEGUNDA CONFERENCIA

Nadie será coronado si no ha combatido con valentía [cf 2 Tim 2,5].

¿Cuál es esa coronada de la que se nos habla y que solo está prometida a los que combaten? ¡Qué hermosa y digna de envidia! ¡Y cómo la esperanza de llevarla un día sobre nuestras cabezas es capaz de animarnos al trabajo que hay que hacer para adquirirla! Podemos juzgar de su resplandor y de su belleza por la mano del obrero que la construye, porque una cosa es bella y digna de precio proporcionalmente a la habilidad de quien la ha hecho.

Pero lo que hay que hacer notar aquí es que Dios, que la ha formado, no trabaja sino en la medida en que nosotros le proporcionamos las flores y las perlas. Es, pues, interés nuestro estar activa para reunir esas piedras preciosas que deben servir para embellecer esa corona inmortal que nuestro divino Esposo, que es el rey de cielo, pondrá en nuestras cabezas.

Pero ¿cuáles son esas flores, esas perlas y esas piedras preciosas si no es la fuerza **[8]** que mostremos para superar la naturaleza, la paciencia en soportar las contradicciones, la constancia que pongamos en desarraigar nuestras malas inclinaciones y, por último, el trabajo asiduo para hacer morir el hombre viejo?

⁶⁹ Se puede leer en una carta a la Srta. de Lamourous un resumen, autógrafo del P. Chaminade, de la enseñanza de la que se habla en estos dos párrafos: ver CHAMINADE, *Cartas I*, o. c., n. 9, 27 de mayo de 1796, p. 58.

Todos estos detalles espantan a nuestra naturaleza cobarde; pero levantemos los ojos, consideremos la corona suspendida sobre nuestras cabezas y digámonos a nosotras mismas: ¡Qué!, ¿querría por una satisfacción de un momento, por contentar mi naturaleza, perder esa corona o, al menos, disminuir su resplandor y privarme, por mi pereza, de tantos grados de gloria como de actos de virtud que dejaría de practicar y de ocasiones que perdería para vencerme? Reanimemos, pues, nuestro valor y correspondamos a los designios, llenos de bondad, de la misericordia que Dios tiene sobre nosotros.

Lo que nos debe llenar de amor y agradecimiento a Dios, es el placer que siente al formar nuestra corona; parece deleitarse trabajándola, por la cantidad de tiempo que emplea; no es que no sea lo suficientemente poderoso como para hacerla instantáneamente; no necesita sino decir una palabra para crear este vasto universo y hacerlo reproducirse a cada instante; así pues, un solo acto de su voluntad bastaría, pero no encuentra esto suficiente y quiere emplear en ello todo el tiempo de nuestra vida. ¡Oh bondad, oh amor de nuestro Dios! ¿Quién no se conmovió de un tal exceso y no tomará la resolución de pagarlo a su vez con una gran fidelidad?

Pero ¿cuál es el trabajo que hay que realizar para merecer **[9]** esa corona y cuáles son los enemigos que tenemos que combatir? El trabajo es la purificación de la que se ha hablado en la conferencia anterior, los enemigos son muy fuertes y muy numerosos, necesitamos, por lo tanto, una gracia totalmente especial de Dios y, al mismo tiempo, un noble coraje para vencerlos y presentarnos al combate con audacia, no contando con nuestras propias fuerzas sino apoyados en el poder de Dios, bajo cuya protección y enseña combatimos.

Entre todos los enemigos que nos combaten, se cuentan seis principalmente a los que los demás se remiten: hay tres interiores y tres exteriores. Los tres primeros, que constituyen el objeto de esta conferencia, se llaman nuestras debilidades, nuestras malas inclinaciones y nuestras inseguridades; tienen normalmente su residencia en nuestro corazón, por lo que es muy difícil salir victorioso sobre ellos, y de ordinario somos propensos a hacernos ilusiones sobre ellos y a disimularlos, mientras que deberíamos poner todo nuestro cuidado en conocerlos bien para deshacernos de ellos.

¿Cuáles son las armas que opondremos a nuestros adversarios? Nuestro respetable Padre nos las dio o nos las indicó. Pero antes de oponerles su contrario, hay que conocerlos bien; y eso es precisamente el trabajo. Primero nuestras debilidades, que son grandes; y después del pecado de Adán son tales, que no podemos nada para **[10]** la salvación si Dios no nos asiste particularmente; también vemos que a pesar de todos nuestros buenos deseos y las resoluciones que tomamos continuamente, caemos; se dice que el justo peca siete veces al día, lo que prueba la gran debilidad del ser humano. ¡Cuántas pesadas caídas vemos en los mayores santos!; testigo san Pedro, el jefe de la Iglesia, que había pregonado que seguiría a su Maestro hasta la muerte y la voz de una simple criada le lleva a hacer una negación horrorosa contra su Salvador, negación que le cuesta tantas lágrimas. He aquí a lo que estamos reducidos: ¿qué será de nosotros con un enemigo tan terrible?

El remedio que debemos aportar a nuestra debilidad es una gran confianza en Dios, que es todopoderoso y que no tiene mayor deseo que asistirnos; por nosotros mismos, no podemos sino caer y caer, pero apoyados en la Divinidad ¿quién es el que podrá hacernos daños? Animémonos, pues, a una completa confianza, tenemos muchos motivos para ello: la bondad de nuestro Dios, su poder y la experiencia que hemos hecho de su protección, incluso en los tiempos en deberíamos esperarla menos, todo conduce a esa tierna confianza. Él quiere de verdad, para llevarnos hasta ella, llamarse nuestro Padre y el más tierno de los Padres. Nada le desagrade tanto como la desconfianza en su bondad; incluso digo que nada le ofende tanto; y, al contrario, sus misericordias y sus gracias llueven abundantemente sobre **[11]** un alma que arroja en su seno todas sus penas. ¡Qué dulce es tener como amigo y consolador a este Dios de amor! Quien pone su confianza en Dios no perecerá jamás.

Para animarnos a la práctica de esta virtud, nuestro buen Padre decía que, si se le da a uno algo difícil por hacer, alguna dificultad que encuentre al practicar [las virtudes] o al

deshacerse de sus defectos, no diga que no puede, porque Dios es todopoderoso y está dispuesto a concederle todas las gracias que le sean necesarias.

Y añadía que todas las veces que nos da una carga o nos ordena algo, pone siempre su gracia junto al mandamiento. ¿Cree usted que Dios no conoce su debilidad y que no sabe que es usted incapaz de ejecutar lo que desea de usted? No sin duda, no es eso; pero ¿por qué le ordena cosas que sabe que usted no puede cumplir? Porque es poderoso y tiene la intención de ayudarle, con tal de que usted implore su socorro con plena confianza. Tenga, pues, esa confianza; reflexione a menudo sobre los motivos que deben reavivarla en su corazón; pídale a Dios, él no le negará una gracia que tiene tantas ganas de concederle.

El segundo enemigo que nos hace la guerra, o por mejor decir, los segundos son nuestras malas inclinaciones. ¡Ay! Basta con entrar en nosotros mismos y examinar nuestro corazón, [12] ¿y qué veremos? Cuántas malas inclinaciones, inclinaciones perversas, tendencia a todo lo que nos puede llevar al mal, de tal modo que, si queremos practicar la virtud y caminar en el bien, es preciso hacer el mismo trabajo que hacen los marineros cuando remontan el río: el trabajo es penoso puesto que van contra la corriente del agua que ordinariamente arrastra todo lo que encuentra; igualmente, cuando queremos marchar por el camino recto, es preciso que nos armemos contra nuestras inclinaciones que, como un río rápido, nos arrastrarían al precipicio si no tenemos cuidado.

El sr. Chaminade nos contaba a este propósito una cosa que hace temblar y que deja ver muy bien que, cuando uno se deja llevar de sus inclinaciones en las cosas pequeñas, se corre un gran riesgo de caer también en las grandes. He conocido, decía, a un sacerdote e incluso me he confesado con él. Cuando le vi por primera vez, al principio no me edificó; no obstante cumplía bien sus deberes, pero había en él no sé qué que hacía presentir su pérdida; no me detuve en estos pensamientos y los oculté a mi espíritu; no me equivocaba; desgraciadamente, este sacerdote en la Revolución ha sido uno de los mayores malvados; se encontraba presa de sus inclinaciones cuando llegó la Revolución. Se sintió deslizar poco a poco y al final el torrente lo arrastró; se perdió por completo y se volvió tanto peor cuanto antes era bueno [13] y de un aspecto santo, porque es lo que se ve normalmente, que cuanto más precioso es un licor, más se corrompe.

¿Qué debemos oponer a estas malas inclinaciones y cuáles son los remedios más idóneos para corregirlas? La vigilancia y la desconfianza en nosotros mismos. El sr. Chaminade nos decía para hacernos comprender los peligros que se corren cuando no se está vigilante y no se desconfía de uno mismo: ¿qué pensarían ustedes de una persona al borde del río y que, viendo un remolino de agua que muestra que ese lugar es muy peligroso (porque de ordinario son simas), quisiera acercarse a él para observarlo? ¿Qué ocurriría? Que al menor giro de la cabeza, caería en la sima y quedaría tragado por ella. ¿No pensaríamos que una tal persona había sido un inconsecuente y que se quería bien poco, al exponerse de esa modo para darse gusto?

Estamos rodeados de simas, marchamos por un terreno resbaladizo que sin cesar nos arrastra hacia el abismo y caminamos sin miedo, nos dejamos llevar de las pequeñas cosas, nos concedemos hoy una satisfacción de la naturaleza, mañana ella exigirá otra y así poco a poco resbalamos sin darnos cuenta; es decir, si nos encontramos en nuestras [14] malas inclinaciones en el momento de una tentación violenta, seremos arrastrados y nos perderemos infaliblemente. Suprimamos, por lo tanto, y allanemos todo lo que nos lleva al mal; que el camino por el que andamos sea llano⁷⁰. A este efecto, desconfiemos de nosotros mismos, no estemos tan seguros de que vamos a triunfar sobre nuestros enemigos.

En sus oraciones y sus resoluciones, decía también el buen Padre, ustedes no prestan atención a que no desconfían de sí mismas. Por ejemplo, después de la comunión, está una toda fervorosa, promete a Nuestro Señor corregir un defecto; le parecerá que nada será capaz

⁷⁰ La palabra francesa es *plainière*, término francés antiguo que indica una superficie plana.

de hacerla cambiar de resolución; pero ocurrirá muy a menudo que a la primera ocasión olvidará todos los hermosos sentimientos que la animaban.

¡Pues bien!, no es extraño, ya que usted no ha pensado que, además de la gracia habitual que anima al alma, hay una gracia actual que nos lleva a veces a grandes sentimientos, entonces se promete a Dios que se tiene la intención de ser fiel; pero ¿qué pasa? Que habiendo cesado la gracia actual, se queda uno abandonado a su debilidad y no se hace ya nada, de donde viene que almas que se elevan como águilas y emprenden grandes cosas, caen de un golpe [15] y abandonan desanimadas sus buenos propósitos. Y esto porque han tomado por sus propias fuerzas la gracia actual.

No se sorprendan si, cuando sienten un santo movimiento y el deseo de ejecutar una buena acción, no pueden ponerla enseguida en práctica: recuerden que además de la gracia que les ha inspirado esa buena obra, no podrá realizarla sin otra gracia particular que Dios quiere que se la pidan, y no olviden que ocurre con frecuencia que Dios da el deseo, inspira hacer algo bueno en un momento, mientras que quiere que lo ejecutemos en otro. Así, por ejemplo, inspira a una persona abandonar el mundo para consagrarse a su servicio, pero no le dará la gracia de fuerza para romper sus lazos; es preciso, pues, que esta persona que ha tenido esa inspiración, espere con paciencia⁷¹ el momento de la gracia que pide con sumisión y humildad, sabiendo que no es capaz de nada; pero si, por el contrario, quiere inmediatamente la gracia e ir más lejos de lo que ella puede llevarla, quedará llena de turbación, porque no podrá llegar al fin que se había propuesto; se atormentará y se pondrá en peligro de quedar privada en el tiempo que Dios había [16] señalado de esa gracia con la que todo le habría sido favorable, y sin la cual, a pesar de todos sus esfuerzos, no puede nada.

En consecuencia, cuando sienta que la gracia la empuja, sea fiel en corresponder a sus movimientos, pero con una gran desconfianza de sí misma. Pida a Dios que le dé la gracia de cumplir lo que le inspira, y crea que, a pesar de sus buenos deseos y su buena voluntad, no hará nada si el Señor no le da la fuerza y el valor y si usted no se lo pide con una gran desconfianza en sí misma.

El sr. Chaminade nos decía que, en cualquier grado de perfección al que hubiera llegado un alma, se perdería infaliblemente si no tenía esta desconfianza; iba incluso más lejos, porque decía que, si santa Teresa o san Francisco Javier descendieran en ese momento a la tierra para servir a Dios, se perderían con toda su perfección si no desconfiaban de sí mismos y no tuviesen la firme creencia de que no podrían nada sin la gracia de Dios.

¡Dios mío, dadnos, pues, esta virtud que nos es tan necesaria, sin la cual no haremos nada bueno y con la cual llegaremos a una gran santidad, porque vos os complacéis en difundir vuestras gracias sobre aquellos que, no creyéndose [17] capaces de nada, ponen toda su confianza en vos! Porque quien espera en el Señor, no queda confundido.

Después de las debilidades y las malas inclinaciones, vienen las inseguridades que mucho nos impiden avanzar y nos retrasan en esta hermosa ruta de la perfección. Pero ¿de dónde vienen estas inseguridades? Del orgullo, que no quiere abajarse hasta buscar un guía o al menos, si ya lo tiene, cree que ve mejor que él. Quien quiere ser su propio guía, va mal o se arriesga a ir mal, dice nuestro santo Reglamento. Sin duda, nos decía nuestro respetable Padre, si quiero ir yo solo a una casa que no conozco, me será necesario mucho tiempo para llegar a ella, porque en lugar de ir directamente, tomaré un camino desviado y, cuando crea haber llegado, me encontraré quizás más lejos de esa casa a la que me proponía ir que antes de partir: habré caminado mucho y me habré cansado para nada; lo que me ocurrirá si, en lugar de ir solo, tomo un guía, será que entonces no necesitaré ya buscar el camino yo, ni preguntar a uno y a otro por dónde hay que pasar, seguiré tranquilamente al guía y llegaré sin esfuerzo alguno. Del mismo modo, cesarán nuestras inseguridades en la vía de la perfección si sabemos someternos a la obediencia y se dóciles a la voz de nuestros Superiores.

⁷¹ El texto dice con «impaciencia».

[18]

TERCERA CONFERENCIA

Tened valor en el combate, si queréis poseer la corona de vida [Ap 2,10].

Corred de tal manera que podáis ganar el premio. ¿Qué hacen los que están metidos en la pelea? Corren todos, pero solo uno se lleva el premio [1 Cor 9,24] y todas ustedes pueden ganarlo con tal de que corran y tengan ánimo para combatir a los enemigos que nos hacen la guerra. Pero ¿de qué manera hay que pelear esta guerra? Siguiendo las vías del Instituto y siguiendo el método que él indica; tener todas el mismo espíritu; en el combate, ayudarnos y sostenernos para abatir a los enemigos, porque las que pretendan vencer asumiendo medios diferentes a los propuestos por el Instituto, aunque fueran más perfectas aún, no llegarían y no alcanzarían esa bella corona preparada para las que sean fieles.

Los enemigos externos de los que nos habló nuestro buen Padre son: las contrariedades, las sugerencias, [19] y las tentaciones; aunque no sean tan vigorosos como los primeros de los que he hablado, porque no tienen su residencia en el corazón, son no obstante muy poderosos y nos causan con frecuencia heridas mortales, si no tenemos cuidado.

En primer lugar, las contrariedades son enemigos que hacen frecuentemente fracasar la virtud y la hacen más fuerte cuando se sabe aplicar a ellas el remedio que nos propone el Instituto. ¿Cuál es ese remedio? La larga paciencia.

Pero ¿a qué se llama contrariedades? Las hay de todos los tipos; llegan todos los días y sobre todo en todos los momentos. Dichosas las personas que saben ganar mérito sacándoles provecho con la resignación y la paciencia y, en ese caso, lejos de perjudicar, son muy saludables, puesto que sirven para destruir el hombre viejo y revestirnos del nuevo que es Jesucristo: así se puede comprender que puede llamarse contrariedad todo lo que hace morir a la naturaleza. Así las enfermedades, las mortificaciones, las cruces y las penas de todo tipo que nos llegan sirven para desprendernos del mundo y de nosotros mismos, y hacen que nos volvamos a Dios: trabajo que no podremos hacer, pruebas que no [20] sabemos soportar sin contrariar nuestros gustos y nuestras sensualidades y que, por la misma razón de contrariarnos, hacen que seamos agradables a Dios, que prefiere el sacrificio de nosotros mismos a todos los holocaustos que se le pudieran ofrecer.

El sr. Chaminade nos decía a propósito de esto que había conocido a una persona; nos dio su nombre (era un vicario general de Burdeos, por lo que puedo recordar) que le dijo un día que fue a verlo por estar enfermo: la agradezco a Dios lo que le haya complacido enviarme esta enfermedad; me ha servido para hacerme conocer que todo es nada, que no hay nada verdaderamente grande y apreciable que lo que es eterno. Y añadía: me encuentro distinto desde que Dios me ha probado con esta enfermedad. Sin embargo, llevaba una vida muy regular; pero es que las pruebas purifican y hacen a uno más santo.

Es en la aflicción donde se aprende a conocerse y se abren los ojos a la verdad, para ver que todo lo que nos rodea no es nada. Por medio de las contrariedades se aprende a vencerse y a asegurarse de que la virtud que podría tenerse es sólida o ilusoria. Dios nos muestra suficientemente la necesidad de las contradicciones y de las [21] pruebas, al ponernos ante los ojos como modelo a su divino Hijo crucificado y al decirnos que *ha sido necesario que Cristo sufriera para entrar así en su gloria [Lc 24,26]*. Por lo tanto, si queremos entrar en la gloria tras nuestro Esposo, hay que sufrir a ejemplo suyo y sufrir valerosa y generosamente todo lo que a él le plazca, sin elección y sin condiciones. Si nuestros corazones están en esas disposiciones, muy lejos de temer los combates los amaremos.

Pero si no tenemos aún esos generosos sentimientos y nuestra naturaleza se revuelve solo con la palabra contrariedad o sufrimientos, ¿qué hay que hacer? Animar a la paciencia, considerar los beneficios que se encuentran en la cruz que se lleva con estas disposiciones; primero, la cruz nos hace expiar nuestros pecados, nos hace practicar la virtud y nos hace incluso hallar la felicidad.

Todas estas consideraciones podrán ayudarnos mucho; pero la visión de Jesucristo sufriente y humillado nos enseñará más que todo lo demás, y la paciencia invencible que tuvo

nos dará valor para ser pacientes. La larga paciencia es, pues, el remedio más saludable que podamos emplear para soportar hasta **[22]** el fin todo lo que contraría nuestra naturaleza y nos alegraremos en la muerte de haber tenido los medios para adquirir la corona de la vida; entonces, nos encontraremos abundantemente recompensados; porque, si pudiéramos tener una queja cuando la poseamos, sería la de no haber sufrido lo suficiente; que este pensamiento, por lo tanto, nos aliente; no nos dejemos vencer por nuestra cobardía, sino más bien venzámosla y, si el trabajo nos da miedo, que la recompensa nos anime.

Las sugerencias son también enemigos que pueden hacernos mucho mal. Nuestro buen Padre decía que parecería que no debemos temerlas, porque estamos separadas del mundo y no las vemos sino a través de una reja, que por otra parte las precauciones que nuestro santo Reglamento⁷² nos prescribe respecto al mundo nos ponen al abrigo (si somos fieles en observarlas) de las trampas que quisiera tendernos con sus sugerencias; pero además supongo que terminó hablándonos de los placeres, los adornos y las satisfacciones que las personas del mundo pretenden gustar; el error sería algo grosero, demasiado grosero para nosotras, como para dejarnos capturar por él; reconoceríamos pronto la ilusión de esta sugerencia, la rechazaríamos con fuerza y tendríamos razón para ello. **[23]** Por lo tanto, no son tanto las sugerencias de las personas del mundo las que debemos temer, aunque no hay que descuidar los medios que pueden precavernos contra su veneno.

Pero nuestro santo Fundador nos decía que podríamos dejar apoderarnos más fácilmente por las sugerencias que podrían inspirarnos personas relajadas; por ejemplo, si una persona venía a decirnos: Usted es una escrupulosa por ser tan rigurosa con el silencio; la regla prohíbe hablar, pero se puede, sin faltar a ella, decir una palabras por aquí y por allá. Otra vez, en el recreo, so pretexto de que la regla prescribe la alegría e incluso el reír, se me sugiere que no hago mal por reír a carcajadas, que puedo darme tal alivio, abstenerme de ese ejercicio, dispensarme de esa regla por una vez, en fin, qué sé yo, mil pequeñas cosas que no parecen nada, que llevan a la relajación, que impresionan y persuaden a un corazón débil y poco generoso.

¿Qué habría que hacer si nos ocurriera una cosa parecida y si se nos sugirieran máximas de relajamiento? Recurrir a la regla, proponerse observarla y reiterar con frecuencia esa resolución como el medio más seguro de no decaer de los primeros sentimientos. Evitar cuidadosamente⁷³ **[24]** y de modo habitual encontrarse con las personas que nos harían partícipes de sus malas disposiciones, estar, al contrario, con las más regulares y aprovechar sus buenos ejemplos. Nuestro buen Padre nos citó estos ejemplos solo para precavernos contra lo que pudiera llegar más tarde; porque sucederá tal vez que no siempre todas serán regulares y amarán la regla; es entonces cuando habrá que redoblar la vigilancia, para no caer en la trampa, lo que causaría rapidísimamente la muerte de la regla. Dios quiera preservarnos siempre de una desgracia tal, que sería la mayor que podría ocurrirnos.

Las tentaciones, que son el tercer enemigo exterior, deben combatirse la mayoría de las veces con el desprecio; como las tentaciones vienen del demonio, que es el padre de la mentira y del orgullo, nada lo confunde más y lo hace huir como el desprecio que se le hace a él y a sus malas inspiraciones; debemos también, cuando somos tentados, recurrir a Dios, que es toda nuestra fuerza, y la tentación se disipa en un alma que ama a Dios y que pone en él toda su confianza invocando su santo Nombre. Jesucristo nos da el ejemplo de la oración en la tentación. El demonio se acerca a él en el desierto para tentarlo. **[25]** ¿Qué le responde Jesucristo? Palabras sacadas de la Sagrada Escritura; y solo con esas armas lo pone en fuga. Imitemos a este divino Modelo y todos nuestros enemigos desaparecerán.

⁷² Parece muy probable que el Fundador aluda al tercer objeto del Instituto, tal como se presenta en el *Gran Instituto*, documento n. 6, artículos 29-37.

⁷³ El original francés usa la expresión antigua *se donner de garde*.